Pola
Oloixarac

Galería de celebridades argentinas

libros del
Zorzal

Table of Contents

Cover Page

Galería de celebridades argentinas

01-Tapa

02-Portada

03-Legales

04-Indice

Interior

Pola Oloixarac

Galería de celebridades argentinas

Diseño de colección: Enric Jardí Soler

Diseño de portada: Osvaldo Gallese

Ilustración de portada: Andrés Álvez

Referencias: "Cristina, escritora", El País, 14/6/19; "Kicillof, el líder sexy que raptó la educación", La Nación, 13/6/21; "Lady Flor en el balcón", Perfil, 24/4/20; "Santiago Cafiero, galán tóxico de sangre azul", La Nación, 18/10/20; "Victoria Donda, el hada del feminismo estatal", La Nación, 10/1/21; "Juan Grabois, 'Rebelde Way' de la clase ociosa", La Nación, 1/11/20; "Alberto Fernández: el telonero empujado a salir a escena", Clarín, 26/10/19; "Alberto 'Golosa Paz' o la decadencia del goce peronista", La Nación, 5/9/21; "Ginés González García: chamán de la cuarentena más larga del mundo", La Nación, 6/12/20; "El Estado maternal o la doble destrucción de la educación", La Nación, 11/4/21; "Giorgio tenía razón", Perfil, 26/6/20; "Correr y coger", 12/6/20; "Alberto conducción", Perfil, 1/5/20; "Los payasos y la muerte", Perfil, 21/8/20; "Tapate la boca", Perfil, 17/4/20; "Alberto cosplay y Cristina dentata", Perfil, 28/8/20; "Falopa libre", Perfil, 17/7/20; "Alberto y el PEN-e", Perfil, 19/6/20; "Horacio Rodríguez Larreta: el cyborg y el teorema de la rubia", La Nación, 16/10/2022; "Javier Milei, un bulleado para el desierto argentino", La Nación, 7/11/21; "El talentoso Sr. Trotta, trabajador esencial de la ignorancia", en La Nación, 16/11/20; "El embrujo nacional", La Nación, 19/12/22; "Dedos troskos", Perfil, 22/12/18.

© Libros del Zorzal, SL., 2023

© Pola Oloixarac

c/o Casanovas & Lynch Literary Agency S.L.

<www.delzorzal.com>

España

ISBN 978-84-19496-75-1

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Índice

Introducción | 6

El pro, una familia ensamblada | 9

Sergio Massa, tema del traidor y del héroe | 13

Bienvenida, Cris | 16

Patricia Bullrich. “Kali”, la abuela y el fusil | 19

Javier Milei: Casta y castidad | 28

Martín Lousteau, Patrick Bateman porteño | 41

Máximo, el príncipe infante | 49

Mauricio Macri, lector de Rudyard Kipling | 53

Daniel Scioli, el miembro fantasma | 58

María Eugenia Vidal, mamá de tres soles | 64

El embrujo nacional | 71

Cristina, escritora | 74

Santiago Cafiero, galán tóxico de sangre azul | 78

Axel Kicillof, el líder sexy que raptó la educación | 81

Lady Flor en el balcón | 86

Horacio Rodríguez Larreta: el cyborg y el teorema de la rubia | 88

Javier Milei, un bulleado para el desierto argentino | 93

Los dedos troskos de Juliana Awada | 98

Victoria Donda, el hada del feminismo estatal | 100

Juan Grabois, “Rebelde Way” de la clase ociosa | 105

Alberto: el telonero a escena | 109

Alberto “Golosa Paz” o la decadencia del goce peronista | 115

El último closet de Horacio Rodríguez Larreta | 119

Orgullo mal (al año siguiente) | 121

Héroes de la cuarentena | 123

Agradecimientos | 150

Introducción

En 1847, durante su exilio en Uruguay, Bartolomé Mitre publicó la primera Galería de celebridades argentinas. Biografías de los personajes más notables del Río de la Plata. Esa Galería iniciática fue el primer panteón que tuvieron nuestros héroes patrios; ahí, por ejemplo, Mitre llama a Mariano Moreno "el Miguel Ángel de la Revolución de Mayo". El libro abre con la biografía de Manuel Belgrano de Mitre, y no es sino Domingo F. Sarmiento quien escribe la de San Martín. Rivadavia corre por cuenta de Juan María Gutiérrez, Pedro Lacasa se ocupa del General Lavalle, y Tomás Guido del Almirante Brown. En el prólogo, Gutiérrez comenta: "es necesario colocarlos en dignos pedestales, a fin de que la juventud los venere". Los retratados se muestran agradecidos con Mitre, que se posiciona como el historiador más reconocido del siglo xix.

¿Por qué los primeros políticos argentinos son "celebridades"? ¿Y por qué este primer podio es una "galería", como un paseo a través de frescos florentinos? En la celebridad estaba la excelencia, y Mitre se disponía a ordenar un primer canon, a inaugurar un relato que se ofreciera al debate nacional. Para formar una nación era necesario el ejército, un himno, una revolución, pero también una biblioteca: Argentina necesitaba cantar la gloria de sus héroes, y Mitre encaró esa tarea con un criterio romántico, liberal y marcadamente anti Juan Manuel de Rosas, que por esa época controlaba Buenos Aires con el látigo sangriento de la Mazorca.

Como escritora de novelas, mi trabajo es volver de carne y hueso los personajes que imagino; pero escribir sobre política es hacer exactamente lo contrario. Los personajes ya caminan, hablan, respiran; todos podemos verlos. De hecho, quieren que los miremos, que pensemos en ellos: hacen todo para ser vistos, a tal punto que resaltan cuando se esconden. Utilizan técnicas depuradas para causar impacto y crear efectos. Buscan alojarse en nuestras mentes y desde ese acampe influir y direccionar nuestras emociones, afectos y creencias. Su despliegue es a expensas de los ciudadanos, que ven sus maniobras palaciegas desdoblarse con parsimonia, mientras las

ciudades y los campos se prenden fuego.

Muchos de estos artículos han aparecido en La Nación, y otros en Clarín, en El País de España y en Perfil, donde comencé a escribir sobre política de manera más o menos sistemática. Este libro se organiza de adelante hacia atrás. En la primera parte se encuentran mis ensayos inéditos, luego hay una serie de retratos y hacia el final, en la sección "Héroes de la cuarentena", revisito el tiempo de la Argentina pandémica, una época en la que el Estado violó derechos y libertades, y que mantuvo a niños y jóvenes sin poder acceder a las escuelas durante un año y medio.

Los políticos buscan ser los guionistas de películas donde nos seducen y se vuelven históricos, inolvidables. Cortejan la mirada, pero no soportan cuando los incorporamos a un relato que no sea el que dominan. Puedo pasar días organizando discursos, mirando archivos, hasta que finalmente encuentro la forma que se oculta. Leo los detalles de sus poses y busco ahondar en su precisión psicológica, a la manera de mis ídolos del siglo xix (Flaubert, Stendhal, Henry James, las hermanas Brontë o Jane Austen). Por eso, estos textos están movidos por el placer de la escritura, que es mi manera de someterme a Clío, la musa griega de la Historia.

Mi tragedia privada, que no puede ni debe importarle a nadie, es que mi verdadera musa sea todo lo contrario de Clío: me gusta que mis textos se mezclen con el tumulto y el fragor de las trincheras. No persigo el reconocimiento de los retratados, que a veces llaman a mis editores de La Nación, el diario que fundó el mismo Mitre, para quejarse de mis retratos exquisitos. Me encanta que esto ocurra. La escritura es como la patria, necesita bibliotecas pero encuentra su contorno en la batalla. Cuando publiqué una pequeña biografía de Santiago Cafiero recibí las invectivas –la conmoción fascinada– del ministro de Defensa y del de Trabajo; y hasta el presidente sintió la necesidad de arbitrar, en Twitter, que lo que yo hacía no era periodismo. (Ellos, sin duda, deben conocer mejor que nadie las tretas de la narración y sus disfraces). Quizás tenían razón: nunca intenté hacer más que literatura, que siempre es más real y verídica que la supuesta realidad de las crónicas periodísticas y los discursos partidarios.

Espero que disfruten. Con un beso,

El pro, una familia ensamblada

Horacio Rodríguez Larreta sufrió un imprevisto: se enamoró. A él, que programa cada instante de su vida con disciplina aeróbica, que tiene planeado cada almuerzo de los próximos tres meses, le pasó algo fuera de agenda. Se enamoró, sin vuelta atrás. Como si se hubiera conectado vía bluetooth con otro dispositivo, del que ya no se puede desconectar.

Lo hizo de una manera tan desprolija, tan excesivamente humana, que aún paga las consecuencias. Parece el argumento de una comedia romántica, sólo que hasta ahora es puro drama. Su ex, Bárbara Diez, una mujer espléndida y de alta alcurnia como él, es experta en organizar bodas inolvidables: es la wedding planner que eligen los ricos y famosos. Pero esta vez, ante este amor, no va a planificar una fiesta: se va a encargar de destruirla. Y lo va a hacer con la misma espectacularidad que pone en sus eventos. Su despecho por Horacio la hace perder el control en Instagram. Como una adolescente herida, merodea sigilosa los posteos de su ex y de su novia, y no duda en lanzarse al barro de los trolls que comentan. Si alguien insulta a Horacio o a su pareja actual, lo interpreta como una palabra de apoyo a ella; les dice GRACIAS, con mayúsculas. Desbanca a Wanda Nara en el arte del escándalo mediático: necesita maximizar el daño al ex.

Horacio presentó su primer spot de campaña: un cruce de caminos en Santa Cruz, la provincia que controlan los Kirchner desde hace treinta años. Desde allá, nos explica que la grieta no nos ayudó, que él viene a cerrarla. El árido, desértico paraje es un lugar menos hostil que el living de su excasa. Las intervenciones de Bárbara revelan una dimensión que, con el peso de la campaña, excede la complejidad del desencuentro amoroso. Señala algo de la constitución profunda del alcalde, un defecto de fábrica: Horacio tal vez sea una máquina, pero por lo visto es un aparato incapaz de ensamblar. Si es tan componedor, ¿cómo no puede ensamblar su nueva familia?

Los conflictos en la ciudad acompañan este problema. Larreta es un político en gestión: cada día es un examen en el que tiene que sacarse Diez. Buenos Aires está paralizada diariamente por piquetes y

acampes; el segundo de Horacio, Felipe Miguel, explicó que no pueden mandar a la Policía a desalojarlos porque hay mujeres y niños. Otra vez, la familia se interpone en el orden deseado por Horacio. Los piquetes son como carpas llenas de Bárbaras, donde la familia es un escudo y un arma que pide a gritos su cabeza.

Mientras los hijos de la aristocracia se destrozan entre sí, los descendientes de inmigrantes del pro gestionan sus familias ensambladas con estudiada armonía. Macri es un príncipe en estas lides: su pasado playboy cuenta un spectator's sport que el público disfruta, y para el momento en que define su perfil político, su esquema familiar ofrece un canon sólido del chic familiar moderno. Su ensamble con Juliana Awada fluye: el ex de Juliana es habitué de los asados, mientras el matriarcado de los Awada se acopla a la felicidad de Instagram. Su primo, Jorge Macri, intenta copiar su manual de estilo. Se casó por todo lo alto con la blonda periodista Belén Ludueña, en una boda poblada de estrellas; elevaba el perfil, asociándose al pequeño Hollywood local.

Jorge es el primo pobre de Mauricio. La saga de los Macri tiene algo de una versión argentina de El Padrino, de Francis Ford Coppola. Como Franco, Don Corleone es un inmigrante que quiere ganar prestigio, dejando atrás cierto tipo de negocios en los que persisten sus aliados. Quiere dejar atrás cierta fama de los negocios familiares, y el dinero es un medio para lograr otra cosa: quiere conquistar los dones simbólicos. El calabrés se casa con la paquetísima Alicia Blanco Villegas, de alta estirpe terrateniente venida a menos. Mauricio es criado entre campos y casas familiares; cuando llega a la opinión pública lo hace como príncipe, el padre es el que se encargó de la parte turbia, a él le queda el arte de saber heredar y procurar el sueño paterno, la conquista de los emblemas del país. Mauricio es como Michael Corleone, el hijo astuto que emprende la carrera política, que busca hacerse uno con la cultura donde ya no es un inmigrante, sino parte esencial del país. Primero Boca Juniors, luego la ciudad de Buenos Aires, hasta llegar a conducir la nación.

Antonio, hermano de Franco, quedó del lado de la querencia italiana. Cuando llegan a Buenos Aires, Franco tiene 17 y Antonio 13, y Franco es avasallador, según Jorge, Antonio no quería trabajar tanto, quería tener tiempo para dedicarle a la comunidad italiana. Mauricio y Jorge crecen algo distantes, no comparten los mismos círculos sociales.

Lanzado a la política, Jorge es una especie de Joe Pesci: ambicioso, todavía tiene que hacer propias sus conquistas personales.

Los descendientes italianos conducen la orquesta familiar a la perfección; no por modernos o progresistas, sino porque llevan el orden patriarcal del sur de Italia nel sangue. El criollo la tiene más difícil. Horacio Rodríguez Larreta y Leloir, en cuya prosapia convive la sangre mezclada de las familias agropecuarias argentinas (los Leloir, los Unzué, los Sáenz Valiente, etc.), no imaginó que Bárbara, una de sus pares, encarnaría una visión de la barbarie. Para él, las separaciones deben ser algo profundamente traumático: cuando tenía ocho años, su madre abandonó a su padre, un terremoto emocional para el niño Horacio.

María Cristina Díaz Alberdi se había casado muy joven con Horacio padre (se llamaba exactamente igual a él). Horacio père era un gentleman como los de 1880: activo en política (forma parte del desarrollismo de Frondizi), es un asaz coleccionista de arte y de mujeres. Como a su marido, a María Cristina también le encanta el arte, y frecuenta los círculos bohemios de Buenos Aires. En algún momento se enamora de Emilio Alfaro, un actor bon vivant que era un poco el centro de la movida de teatro porteña. María Cristina no sólo deja a Horacio, sino que se casa con su nuevo amor, con quien tiene una hija. Divorciarse ya era raro, pero hacerlo y tener hijos con un nuevo marido era una anomalía absoluta. Dicen que Horacio quedó abrumado por este episodio, que fue absolutamente formador de su personalidad. Las emociones eran algo imposible, inmanejable; la única forma de superar el pantano atroz de las relaciones humanas era volverse un maestro del cálculo, una computadora. Fue entonces, a sus ocho años, cuando decidió que sería presidente.

Ahora vuelve a enfrentar la pesadilla de la separación; Horacio es ahora su mamá, la que abandona el hogar, la que separa lo que Dios unió, como le tira Bárbara en Instagram. Intenta racionalizarlo: el mayor problema no es que el conflicto exista, sino que no pueda capitalizarlo políticamente. Horacio se ve siempre en la necesidad de estar demostrando su humanidad: por su clase, por su élan robotique, y también porque es una característica de pro. Quizás, a su pesar, consiguió la humanidad que buscaba; mientras trata de apagar el incendio de la ex y de los piquetes, Horacio es, al fin, un laburante más.

Sergio Massa, tema del traidor y del héroe

"La acción transcurre en un país oprimido y tenaz", comienza el cuento de Borges que se titula "Tema del traidor y del héroe". Narra la historia de Fergus Kilpatrick, un conspirador que murió en la víspera de la revolución que había soñado. Ordenando sus papeles, el historiador encuentra cosas extrañas: encuentra repeticiones que "imitan una secreta forma del tiempo", escenas que parecen combinar hechos pasados. El historiador acaba de dar con una fake news, una noticia fabricada: se da cuenta de que el cronista que cantó la gloria de Kirkpatrick mezcló partes de Macbeth y Julio César, de Shakespeare, dos clásicos famosísimos del complot y la traición.

Porque Kirkpatrick, el venerado, el más sutil de los conspiradores, era en realidad el traidor oculto (el que secretamente desbarataba la revolución; siempre algo pasaba y se cancelaba). Entonces, diseñan un plan: nadie sabrá que Kirkpatrick es un traidor. Lo ultimarán en la víspera de la revolución: su nombre no será mancha, servirá para la gloria del movimiento. En el teatro, una bala cruza el pecho del traidor y del héroe, que son la misma persona. El tema principal del cuento parece ser la paradoja (ser traidor y héroe a la vez), pero es la manipulación de la historia que hacen los cronistas, y los líderes, para narrar sus mitos.

Borges no imaginó que existiría un peronismo borgiano, que imitaría también una "secreta forma del tiempo". Que basta el paso del tiempo para que los traidores se conviertan en héroes. Que la historia todo lo apelmaza, y que la extrema pericia de Sergio Tomás para manejar a la prensa, y que no lo estorben, se parece a los trabajos de ese historiador, que alterna pasajes de Macbeth y Julio César para contar la gloria de Kirkpatrick, traidor y héroe. Sergio Tomás, traidor espectacular del kirchnerismo, se emplaza en ser su héroe y la prensa, solícita, lo cubre de gloria inventada.

El kirchnerismo llega exhausto al fin de su cuarto mandato, disfrazado

de facciones en pugna. Massa renueva la promesa de Alberto, el otro traidor que fue un héroe por un período breve. Para Cristina, la promoción de los conspiradores que pidieron su cabeza es una situación win-win o, como le gusta decir a ella en anglosajón, “wine-wine”. Si Massa logra maniobrar la carcasa averiada de la economía argentina, evitando una hiperinflación y un estallido social, Cristina se regodeará en haber sido quien lo invistió, la dueña del instrumento. Si a Massa, en cambio, le va mal, Cristina tendrá la felicidad de haberlo destruido, de haberlo elevado para después verlo estallar en pedazos. Su fracaso será vendido como el triunfo de la rama de izquierda del partido, donde ella todavía es reina absoluta.

La diferencia es que Sergio no soñó ninguna revolución. Sólo se ha amoldado, como las masitas de plastilina que vienen en distintos colores, a los requerimientos del poder. Desde hace tiempo, los derechos de los trabajadores y la “justicia social” ya no son los temas del peronismo; son parte de las églogas heredadas, repetidas hasta el infinito en teatros despoblados. Sergio se dedica a complacer a los sin voz: los empresarios amigos que mantienen el país cerrado a las importaciones para poder extraer el máximo tributo. La prensa canta la gloria de que las computadoras sean un 80% más caras; las cuentas se acomodan, hay “satisfacción empresarial”. Ante su incapacidad para hacer políticas sociales para transformar la realidad, sólo queda la lucha por tareas discursivas: por los derechos humanos, el feminismo, las infancias trans, etc.

El karma de Cristina es tener que cargar con sus vencidos, a los que va promoviendo a medida que el humor social ante el caos avanza y Argentina se hunde. El infierno debe ser eso, tener que convivir con los vencidos, que siguen dando vueltas. Por suerte, ella los vuelve útiles a la revolución imaginaria, que nunca tiene lugar.

Bienvenida, Cris

En su última exposición como Presidente, durante la apertura de sesiones del Congreso, Alberto le ofrece una botella de agua a Cristina, que está sentada a su lado. Ella ni lo mira. Su gesto adusto, su desagrado, ha sido una constante de los años que llevan gobernando juntos. Ya no lo disimula. No puede ni rozarlo con la vista, ni intercambiar una cordialidad mínima. Un detalle: Alberto le tiende la botella, pero ella tiene el vaso lleno de agua.

Alberto sabe lo que estos gestos producen. Sabe que su vice, toma un agua especial, sabe que se la trae un asistente (Evian, según internet) y que ella no consume los mismos alimentos que los demás, como corresponde a una reina que se sabe amenazada. El resultado es automático: Alberto hace ese gesto y todo el periodismo lee una misma escena. Lo ven sumiso y needy, ven que intenta congraciarse con su vice, que sigue buscando la aprobación de la condenada. Ven que Cristina lo maltrata cuando él sólo busca complacerla. Las redes sociales sintetizan esta seguidilla de desprecios con el sintagma Alberto conchita. Ese era el apodo que le habían puesto las mujeres de su casa a Rodolfo Barreda, el dentista de La Plata que terminó asesinándolas. Alberto busca esta escena, pero no por masoquismo: quiere que pensemos que ella maltrata. Que lo veamos hacer todo por entenderse con ella, y fracasar.

El maestro uruguayo Juan Carlos Onetti escribió un cuento espeluznante: “Bienvenido, Bob”. Lo narra un hombre, cuyo nombre no conocemos; a través de su voz, nos enteramos del odio profundo que siente por Bob. Cuando la historia comienza, Bob es un joven rubio y carismático, con ínfulas de artista, que disfruta lanzando grandes discursos sobre el mundo. El narrador sabe que Bob lo desprecia. Lo desprecia con amigos, en silencio, al paso, con la ironía leve que se deja a los que ni existen. El narrador toma nota de estos desprecios, se los guarda. Bob es el hermano de Inés, la mujer que le gusta.

Una noche, Bob le clava la estocada: le dice que él no puede casarse

con su Inés. “Usted no se va a casar con ella porque usted es viejo y ella es joven. No sé si usted tiene treinta o cuarenta años, no importa. Pero usted es un hombre hecho, es decir deshecho, como todos los hombres a su edad cuando no son extraordinarios”, le dice Bob. En efecto, cuando vuelve a ver a Inés ya no es la misma Inés, la siente distante, la posibilidad del amor ya está cancelada; Bob le dijo algo, sin duda, pero él nunca supo qué fue.

Pasan los años; un día, unos amigos nuevos se lo presentan en un bar. Ya no es Bob, ahora es Roberto. “Cuando volví a verlo, cuando iniciamos esta segunda amistad que espero no terminará ya nunca, dejé de pensar en toda forma de ataque. Quedó resuelto que no le hablaría jamás de Inés ni del pasado y que, en silencio, yo mantendría todo aquello viviente dentro de mí. (...) Mi odio se conservará cálido y nuevo mientras pueda seguir viviendo y escuchando a Roberto; nadie sabe de mi venganza, pero la vivo, gozosa y enfurecida, día a día.” Nada lo hace más feliz que mirar de cerca la miseria en que se ha convertido la vida de Roberto, la destrucción total del Bob “dueño del futuro y del mundo”. “Hablo con él, sonrío, fumo, tomo café”. Su venganza es estar lo más cerca posible, mimarlo: lo hace viajar cada vez que puede a su pasado glorioso, hace que Roberto vuelva a ser Bob aunque sea por un rato, lo eleva, para después gozar viéndolo hundirse. “No sé si nunca en el pasado he dado la bienvenida a Inés con tanta alegría y amor como diariamente le doy la bienvenida a Bob al tenebroso y maloliente mundo de los adultos. Es todavía un recién llegado y de vez en cuando sufre sus crisis de nostalgia. Lo he visto lloroso y borracho, insultándose y jurando el inminente regreso a los días de Bob. Puedo asegurar que entonces mi corazón desborda de amor y se hace sensible y cariñoso como el de una madre. En el fondo sé que no se irá nunca porque no tiene sitio donde ir.” Acompañarlo en su miseria, con su odio intacto, secreto y cercano, es una felicidad que no se compara con nada, que lo llena de ternura.

Toda esa cadena de desprecios no fue en vano; Alberto ha aprendido a disfrutarlos. Lo fortalecen. Le gusta cuando dicen que ella lo detesta. Ama que nadie pueda anticipar sus movimientos, que nadie pueda leer su hoja de ruta. Verlos equivocarse y permanecer escondido a plena luz, como si estuviera en la oscuridad, porque lo mueve otra lógica. Después de todo, ya hace unos años había prometido terminar con el kirchnerismo, así como dejó caer hablando con Roberto Navarro cuando, en teoría, no lo estaban filmando. Todo en Alberto es un libro

y su contralibro, lo que implica que siempre está siendo consecuente con alguna posición. El kirchnerismo ya lo quemó, no tiene más uso para él: entonces él no tiene más uso para el kirchnerismo. Se ata al timón y acompaña el magnífico hundimiento con la sonrisa de un componedor, de quien quiso y no pudo. Despliega su superpoder, la desconexión con la realidad, para llevarse a Cristina al fondo del mar. Tal vez lo vean como a un nuevo Duhalde, piensa, piloto de una tormenta llamada CFK. Cree que el peronismo (el verdadero, el futuro, que es el pasado) se lo agradecerá.

Patricia Bullrich. “Kali”, la abuela y el fusil

Patricia Bullrich es una descendiente directa del Mayflower criollo: entre sus antepasados se encuentra el brigadier general don Juan Martín de Pueyrredón, primer director supremo de las Provincias Unidas del Plata. Su árbol genealógico la emparenta con prácticamente todos los grandes apellidos del patriciado argentino. Su nombre completo –Patricia Bullrich Luro Pueyrredón– es una conjunción de calles que no llegan a cortarse, sino que arman un mapa amplio por donde corre su sangre patricia, que se extiende hasta Honorio Pueyrredón, los Anchorena, los Lynch, los Livingston y que la vuelve prima de todas las familias argentinas tradicionalmente vinculadas al campo, la curia, y el Ejército. Su antepasado Pueyrredón jugó un rol muy importante en la formación del Ejército de los Andes de José de San Martín. La Argentina todavía no existía como tal, se estaba gestando, pero la sangre de Patricia ya fungía vínculos amistosos con el Ejército; de hecho, lo que conocemos como Argentina es la consecuencia de esa Armada primigenia que haría posible la futura nación.

“Pato” Bullrich es una rareza: una princesa argentina que en su juventud militó en Montoneros. Como señala el Nobel V.S. Naipaul en sus ensayos argentinos, las “orgas” revolucionarias bullían de “chicos bien”, de hijos de familias “paquetas” como el “Che” Guevara Lynch y el padre Carlos Mujica. Naipaul leía la lucha armada en Argentina como una insurrección de jóvenes acomodados contra la generación tan poco cool de sus padres, una teoría que podría explicar la palpable desconexión de Montoneros, que vio en la Argentina de pleno empleo con 4% de pobres el escenario perfecto para levantar las armas. El paso de Patricia por Montoneros está documentado en Galimberti, la monumental biografía escrita por Marcelo Larraquy. La actual presidente del pro tenía 17 años cuando Julieta, su hermana mayor, salía con el mismísimo Comandante de la Columna Norte de la famosa organización guerrillera, Rodolfo Galimberti. Patricia puntualiza que, si bien militaba en la Juventud Peronista, nunca fue admitida en Montoneros; nunca pasó de “aspirante”, ni se graduó a “oficial”. Su

pareja, Marcelo Langieri, era secretario de Galimberti; él sí era oficial primero de Montoneros. Como requería la liturgia revolucionaria, Patricia poseía un nombre de guerra, Carolina Serrano, pero también le decían “Cali”, o “Kali”. Kali, o Cali, es una diosa muy poderosa en el universo sánscrito. Kali es la diosa de la guerra.

Patricia tuvo una de esas infancias poco documentadas de las niñas bien que llevan una vida gaucha en el campo familiar, un mundo en el que está bien visto andar a caballo como una amazona experta, ser decidida, intrépida y fuerte como un roble. Tener la piel dura, resistir, bancarse los raspones de la maleza y las caídas del caballo. Las virtudes camperas de la fiereza y el coraje son admiradas, y el baqueano, el gaucho que conoce el terreno, es el que sabe. Enfrentarse a la naturaleza, entender de animales y conocer los ciclos del campo son saberes que se premian en el prestigio familiar. Forman parte de la herencia que se quiere preservar: conectan con la Argentina histórica y profunda, con la querencia y la tierra.

Gracias a esta educación pampera, Patricia debe haber asumido muy temprano su manera distinta de ser mujer. “Siempre fui rea”, suele comentar sobre sí misma: le gustaba saber de armas y tirar, y desde chica salía en los grupos familiares a cazar en el campo. En un juego de puntería, poco importa si uno es hombre o mujer, la destreza hace caer las distinciones de género. Es probable que fuera la única mujer de esas precoces expediciones de caza, y que gracias a eso disfrutara de un aprecio especial entre tíos y primos, sus pares masculinos, lo que la empoderaba más todavía.

Victoria Ocampo, que se crió en un milieu similar pero cincuenta años antes, tuvo que enfrentarse a su padre que se opuso a que fuera actriz, pero para el momento en que Patricia ingresa en el mundo adulto aquella actitud misógina había quedado démodée en la aristocracia criolla. Naturalmente, “ser una señorita” a la manera tradicional formaba parte de los pocos roles disponibles, pero ese papel le tocó por su belleza a su hermana Julieta, aunque Julieta tampoco debía ser una chica “bien” tan típica si andaba en amores con Galimberti, el más intrépido de los montos. Patricia cultivó su destreza física, lo que la llevó a jugar al hockey con tal pericia que la tentaron para la Selección Nacional. Pero los años 70 eran tiempos tumultuosos y dedicarse al hockey debía percibirse como la nueva versión de quedarse en la casa bordando, algo de nenas buenas y aburridas. Las

armas y la acción estaban en otro lado, adonde la joven Bullrich quería ir.

Cuando le preguntan por su militancia, Patricia mira de reojo, responde con cautela. No parece orgullosa de ese capítulo de su vida, que le genera problemas entre sus seguidores de derecha, especialmente en el segmento de gente que sigue hablando de "la subversión". Sabe, por otro lado, que es un episodio que habla de su personalidad, de su interés temprano por la aventura, de su conocimiento intestino, aunque juvenil, del mundo de las organizaciones armadas, un capital que más adelante pondría en juego para atacar el problema del narcotráfico. Pero el rol fundamental que cumple su pasado montonero es haberle permitido nacer de nuevo. Ser montonera la autoriza a esconder su pertenencia al auténtico patriciado criollo, clase dirigente y "casta" fundadora del país. Aquí cabe hacer una distinción: el patriciado son las antiguas familias del Virreinato que hicieron patria, abrazaron la igualdad y después de 1810 se quitaron voluntariamente la partícula "de" que les daba a su apellido la distinción de nobleza. La oligarquía, en cambio, surge en 1880 a partir de la introducción de los frigoríficos, y crea el estereotipo del argentino millonario que viaja a Europa y derrocha fortunas en París. Los oligarcas vienen a ser los "nuevos ricos" para las familias patricias como la de Bullrich.

En 1974 fue presa durante 6 meses (por hacer pintadas en la Facultad de Filosofía y Letras). Unos años más tarde se exilió en Brasil, y luego en España y México. Junto con Galimberti, quedó excomulgada del grupo de Firmenich por oponerse a la Contraofensiva, el dislate que terminó por mandar a la muerte a muchos militantes convencidos, mientras Firmenich y la cúpula de la Conducción Nacional de Montoneros se repantigaban en sus cómodos sillones mexicanos. Actualmente, Vaca Narvaja colabora con la Resistencia Ancestral Mapuche, y Firmenich es asesor de la dictadura de Daniel Ortega en Nicaragua. El mundo parece un lugar simple si se observa la trayectoria de los Montoneros sobrevivientes.

Ser mujer y rea es la matriz de su construcción política. Patricia no bebotea; como cualquier político, busca seducir, pero su seducción nunca pasa por el pacto de una promesa sexual. Fue diputada de Carlos Menem, pero a diferencia de otras figuras femeninas de la era Menem, como Adelina D'Alessio de Viola (que durante una campaña

en la playa acuñó la frase inmortal: "¿Te gusta mi culo? Votalo"), la libido de Patricia siempre pasó por la confrontación. Su primer trabajo de gestión fue manejar una Superintendencia de la Penitenciaría en el gobierno de De La Rúa; más tarde será Ministra de Trabajo de ese mismo gobierno, la cara del conflicto contra Moyano y los gremios. Más cerca en el tiempo, fue Ministra de Seguridad de Mauricio Macri.

Ahí le llegó su bautismo de fuego: el caso Santiago Maldonado. Todo el aparato mediático del peronismo clamaba la desaparición del joven argentino en manos de las fuerzas militares del gobierno de Macri, al que insistían en llamar "dictadura". Patricia no dudó jamás de la palabra de Gendarmería. Tiempo después, creó algo a despecho de su tiempo, una especie de colimba voluntaria: el Servicio Cívico Voluntario en Valores, para que los jóvenes terminen el ciclo educativo obligatorio y aprendan oficios en un marco de "valores democráticos". Sólo Fogwill, el gran escritor porteño, se atrevió a rescatar públicamente los valores de la conscripción en Argentina: censar, dar instrucción, aprendizaje de un oficio y conocimiento de defensa personal. El concepto de "derecha" de Bullrich sobrepasa el credo liberal económico, porque se anima a justipreciar lo que el kirchnerismo demoniza: las fuerzas de seguridad. En la actualidad hace campaña para ser presidente: los cárdigans tejidos, bordados con flores, buscan suavizar un poco su imagen de abuela con fusil.

Patricia es una rareza, pero el modelo de mujer que representa quizá no sea tan exótico como podría parecer. No es la doña suave que busca seducir, pero tampoco es la femme fatale empeñada además en deslumbrar intelectualmente, el karma de estatus que persigue el narcisismo de Cristina Kirchner. Tita Merello puede pensarse como una precursora de esta tipología singular, la mujer arrabalera que encarna el sentido común, que dice las cosas como son y que está dispuesta a hacer "lo que hay que hacer". Es un recurso para ejercer la autoridad en un país y en una época en la que ciertos valores están mal vistos. El peronismo nos enseñó que está mal visto expresarse con refinamiento, que "ser rico" está mal, y Patricia encuentra en la dureza arrabalera un atajo que le permite estar del lado "del pueblo", aun siendo una mujer. En efecto, Patricia es una mujer que hace sentir cómodos rápidamente a los hombres: que sea masculina y abuela al mismo tiempo los exime de tener que mostrarse como machos. Patricia desgenitaliza sin castrar: con ella los miembros y los hombres se pueden relajar. Una aptitud que los hombres agradecen, porque los

exige menos. Que sea antikirchnerista es un pleonasmo, como ser patricia y llamarse Patricia. Patricia es la anti-Cristina.

Si Patricia juega a ser la dama de hierro en el mundo recio de la autoridad es también porque es un mundo de pocas palabras. Si bien se doctoró en Ciencia Política en UNSAM –lo que la vuelve quizás la persona con más méritos académicos de la primera línea de Juntos por el Cambio– es evidente que explayarse sobre conceptos no le resulta particularmente fácil. No puede evitar hablar entre dientes, mascullar. Más que como Angela Merkel, la abuela presidente, se ve a sí misma como otro alemán: Konrad Adenauer,el canciller que reconstruyó Alemania después de la derrota del Tercer Reich. Patricia da por sentado que Argentina atravesó una guerra civil, donde las bajas se pueden adjudicar al Estado mal administrado de la pandemia, al de la falta de seguridad y la inflación desbocada.

Según los cuentos que circularon durante el gobierno felino de Macri, en las reuniones de gabinete Patricia era un elemento de shock porque usaba puteadas para comunicarse. El lenguaje soez descolocaba a los señoritos del pro, lo que seguro divertía a Macri. Algo de eso se vio en un video más reciente: Patricia diciéndole a Felipe Miguel, segundo de Larreta, “la próxima te rompo la cara”. ¿Sería capaz de cumplir su amenaza? ¿Es Patricia una Graciela Caamaño, la dama del Frente Renovador que abofeteó a Carlos Kunkel, ex oficial de Montoneros? Patricia nunca recibió entrenamiento para sosegarse, o se entrenó toda su vida para nunca sucumbir al mandato de ser una mujer esperable. Su autoridad le viene de cuna, pero no sólo: es también la escuela del peronismo hardcore, de los marcados por el combate. La fama de Patricia amante del whisky y el vino comenta también este código de alguien que buscó tempranamente ser respetada en un mundo de hombres. Un rasgo del feminismo empoderado de antes, al estilo de Beatriz Sarlo o de Tita.

Hoy “Kali” quiere ser presidente. En la mitología india, Kali es una diosa poderosa, que se descubre a sí misma. Su historia comienza cuando Durga, una deidad femenina conectada a la maternidad se enfrenta al demonio Rajtabija, que está fuera de control. Cada vez que una gota de sangre de Rajtabija toca la tierra, un avatar igual a él surge de las profundidades del suelo, por lo que cada intento de asesinarlo multiplica los Rajtabija en el mundo. Cuanta más sangre Rajtabija se derrama, más clones surgen de él en la tierra. Entonces

Kali entra en escena como una reescritura llena de ira de Durga, la diosa madre. Kali se pone en acción: al clavar su daga en un clon de Rajtabija, da un salto e intercepta en el aire la sangre derramada antes de que toque el suelo. Al bebérsela, Kali lo mata realmente, le impide que se reproduzca. Entonces Kali se dedica a matar uno por uno a los clones, nutriéndose de su sangre. Finalmente, cuando ya ha bebido el plasma de miles de demonios, la diosa Kali encuentra al Rajtajiba auténtico, al primero de la serie, y lo devora. Kali se descubre a sí misma cuando se da cuenta de que no teme beber la sangre de los clones, de que puede ser más brutal que el demonio y su ejército de dobles. Pero al beber la sangre descubre que la violencia es un diamante que brilla más que el sol, y que la fascina.

La historia de Kali sigue: se va bailando por los poblados humanos, lacerando a la gente a su paso, derramando sangre y bebiéndosela; ya nadie puede detenerla. Su marido Shiva lo ve, y se tiende a sus pies; pero Kali está tan fascinada en su furor que no se da cuenta de que está bailando sobre el cuerpo yerto de su esposo. Cuando lo nota, su lengua cae al suelo, del espanto que le produce su accionar. La historia de Kali es, grosso modo, el problema de la derecha. Queremos terminar con los demonios, encarcelar narcos y asesinos como Nayib Bukkele en El Salvador, pero retrocedemos de sólo pensar que el rigor de su espada puede descontrolarse y alcanzar también a los inocentes. Patricia está formada para enfrentarse a los demonios, pero ¿qué la detendría de avanzar también sobre el resto?

La escena de Kali, la diosa guerrera, abriéndose paso en un campo sembrado de sangre se parece a una idea de Argentina signada por el crimen, el narcotráfico y la miseria. Rajtajiba es una visión de la Provincia de Buenos Aires, y el discurso de Patricia parece en efecto cincelado para la Provincia, porque es capaz de encarnar el discurso de la violencia con la naturalidad de una abuela inflexible que empuña un rifle para defender a su familia. Tiene la dureza que enamora a los habitantes del conurbano que sufren la delincuencia. Patricia asume que estamos en una guerra, y por este motivo, sería probablemente una candidata imbatible en la Provincia de Buenos Aires. Hasta ahora, cree que su lugar está en disputar su liderazgo entre los hombres del partido, y doblegar a Horacio Rodríguez Larreta. Su primo lejano. Lo mira como a un familiar copetudo, de ciudad, torpe con el caballo.

En la literatura argentina, hay una mujer que bebe la sangre fresca de una bestia. En “Historia del guerrero y la cautiva”, Jorge Luis Borges narra el encuentro de su abuela con una india rubia, otra inglesa, en Junín. Es el año 1872: la india rubia “venía del desierto, de Tierra Adentro”. La abuela de Borges le habla en inglés; la otra habla despacio, hace quince años que no habla su lengua materna. Le cuenta que era de Yorkshire, que la habían llevado los indios y que ahora era la mujer de un capitanejo, al que le había dado dos hijos. “Detrás del relato se vislumbraba una vida feral: los toldos de cuero de caballo, las hogueras de estiércol, los festines de carne chamuscada o vísceras crudas, las sigilosas marchas al alba”. La abuela se desespera: le dice que no vuelva, le promete cobijarla a ella y a sus hijos. La india le dice que es feliz, y vuelve esa noche al desierto. Aunque deja de ir al pueblo, las dos mujeres se vuelven a ver otra vez. En un rancho de la pampa, cerca de los bañados, un hombre degüella a una oveja. La india rubia pasa a caballo, la mira a los ojos y se tira al suelo a beber la sangre caliente del animal. “No sé si lo hizo porque ya no podía obrar de otro modo, o como un desafío y un signo”, escribe Borges. En rigor, no hay una disyuntiva: en ambos casos muestra que está profundamente unida a las vísceras de la barbarie y del campo. Kali también se arrojaría al suelo a beber la sangre. Miraría al hombre de ciudad y con ese gesto le diría: yo puedo beber la sangre, vos no.

Javier Milei: Casta y castidad

La palabra casta es el vocablo estrella de los últimos años, una novedad que se debe a Javier Milei. “Casta” resuena en todos los comunicados de Avanza Libertad, el partido que fundó; “cassssta”, con la s restallando contra la t, es un arma arrojadiza, una lanza venenosa que disparan Milei y sus adeptos contra los señores y señoras del poder. “Casta” se volvió tan popular que los políticos de otras fuerzas empezaron a usarla, sin reflexionar del todo acerca de qué significa, ni qué se esconde detrás de esta idea. Ser (o no) casta se convirtió en una condición alarmante, ya que todos pueden ser acusados de serlo. A Milei, en teoría, lo define por la negativa: el que viene de afuera, el intocado por el desprestigio y el desastre, el que no forma parte de ninguna familia política.

Milei trae a su propia familia: sindica a su hermana Karina como su jefe político. Si “la Jefa” es la manera en que La Cámpora llama a Cristina, Karina es “El Jefe” porque, para Milei, el poder auténtico es inextricablemente masculino. Colocar parientes en lugares prominentes es una distinción que la casta añeja se reserva para cuando llega al poder, pero Milei lo hace desde el inicio. Declaró que la primera dama sería ella, y Karina parece cumplir con el rol: no habla jamás, pero está siempre pegada a él en los actos. En las fotos, los hermanos Milei miran pálidos y aquilinos, él con ojos de loco, ella sin expresión ni sonrisa. Parecen vástagos de la casa Targaryen que se perdieron en el tiempo y llegaron intactos a nuestros días –aunque algo ligeramente ido y desvariado en los ojos de ella recuerda más bien a Lady Lysa Arryn, la mujer que amamanta a su hijo Robin de 8 años, un joven psicológicamente inestable ungido en rey del Vale. Ella gobierna por él.

Milei está seguro de que para ganar en el Juego de Tronos de la Argentina hay que romper el sistema. “Romper todo” es una premisa extrema que también aparece en el discurso de Juan Grabois y de Cristina Kirchner, el primero a través de una reforma agraria vía perejiles (ver Grabois, Rebelde Way), y la vicepresidente exclusivamente en el ámbito judicial, que es el que la afecta. Sólo

Milei puede ir contra la casta, nos asegura: él es puro, ajeno al entramado "caído" del Estado; Milei habla incluso de "prostitución peronista" cuando se refiere a dádivas en el Estado. Es interesante que hable sin parar de casta, siendo él, a su vez, un hombre casto.

En el programa de Moria, Milei opinó que el sexo tradicional le parece "espantoso". Dice preferir el sexo tántrico, y fue determinante al aclarar que, en lo personal, él eyacula apenas una vez cada tres meses. Ante la incredulidad de las panelistas, cita (porque Milei no hace nada sin citar) un resumen escolar de lo que vendría a ser esa práctica carnal. En el set, las mujeres escuchan incrédulas, con algo de lástima y sorna; es absurdo que para hablar del sexo que en teoría le gusta, tenga que recurrir a la autoridad de un libro. Su conocimiento de todo es así, de manual y sin práctica. Milei nunca abandonó del todo el ámbito escolar: todo su discurso consiste en citar unos pocos libros, revelándose como un pensador precario y superficial. No puede razonar creativamente; y la normalidad es algo que le resulta completamente extraño.

Su relación con la experiencia humana es, en efecto, limitada. A los cincuenta y dos años, Milei vive una vida casta junto a sus cinco perros, sus "hijos de cuatro patas". No se acerca al sexo opuesto ni por la vía perruna: no tiene hembras. "Conan", su primogénito, es, junto con su hermana, "el único que no lo traicionó jamás". La familia se completa con Murray, Milton, Robert y Lucas, en honor a sus economistas favoritos. Son mastines ingleses, un tipo de perro dotado para arriar ganado. A falta de interés en formar una familia humana, Milei creó una jauría como quien reúne una pequeña biblioteca, con sus ídolos de la teoría monetaria. Jamás vivió con una mujer que no fuera su mamá o su hermana; en cada ladrido, escucha el eco de sus dioses.

Milei es una mutación trastornada del economista hot; no busca seducir, pero produce un show de hombría que no carece de morbo. Con la voz de Luis Sandrini en El profesor hippie (1969) y un peluquín que oscila entre pelito de flogger y Plata Dulce (1982), Milei no galantea, pero siempre busca intimidar a una mujer. En general lo hace gritándole, imponiendo sobre ella su "razón". Las mujeres de aspecto sexy y aguerrido, como Sol Pérez, lo sulfuran especialmente. Necesita callarlas, aplastarlas, busca la mirada del conductor y siente que su hombría existe ahí, en esa escena donde lanza pitidos, a la

manera de un niño, o imposta grave la voz de un boomer, alguien que ya era adulto en los 70s y 80s. Milei es un hijo traumado de esa época, cuando golpear y gritarle a las mujeres formaba parte del cine argentino mainstream que protagonizan Federico Luppi y Rodolfo Ranni, o que podía verse en publicidades como Piña Colada (1985), donde una mujer con un ojo en compota mira a cámara y pide: "Dame una piña". Papá Milei, Norberto, le pegaba a él y a toda la familia; la madre se encontraba totalmente sometida a su poder, y la única que lo defendía de los golpes e injusticias era su hermana mayor, Karina. Su primera experiencia sexual fue en un antiguo sauna, porque "tenía que cumplir" con el rito; de joven, se dedicó furioso al sexo, hasta que lo abandonó.

Nos cuenta que dejó atrás el tiempo en que eyaculaba con vehemencia. En el programa de Andy Kutnesoff, Milei siguió explayándose sobre sus gónadas. "Me dicen vaca mala", comentó con mirada circunspecta, creando un suspenso porque nadie entendía. Cuando volvieron del corte, Milei les dio una pista: "¿qué da la vaca? Si es mala es porque no da… ¿qué?", preguntó, mayéutico, a su audiencia. Milei quería contar en prime-time que no eyacula. Le gusta hablar de su "control" sobre las cosas, aunque lo único que sabemos de él con certeza, su trademark, es que pierde el control desaforadamente frente a cualquiera que no esté de acuerdo con él, o no logre entenderlo. Él sabe, como nosotros, que no puede gobernarse, y por eso mismo nos cuenta que es un maestro del dominio ahí donde no lo vemos, en la intimidad de sus efluvios sexuales.

Cuentan sus allegados que, hasta hace pocos años, cuando se desempeñaba como jefe de asesores de Eurnekian, Milei vivía en un departamento chico del Abasto con cuatro mastines. El olor era nauseabundo, por eso jamás invitaba a nadie. Al asumir como diputado se mudó, aunque mantuvo su desinterés por la higiene; sus trajes siempre están sucios, y los que lo conocen coinciden en que su aroma corporal deja mucho que desear. Una vez presentó una novia, a la que paseó por los canales de TV: la cantante Daniela Mori, ex-integrante del grupo "Las Primas" (formación 1985). Milei contó que ella jamás pisó su casa: era "Kosovo", los perros se habían comido hasta los sillones. Ella promovía la canción "Bomba tántrica"; cuando Georgina Barbarosa le pregunta "¿y a vos te gusta el sexo tántrico?", ella contesta "el que habla de eso es él, él sabe mejor de eso". Milei le dio unos piquitos con los brazos tiesos y estirados, tapándose el pene,

como un futbolista ante un tiro libre. A los pocos meses, declararon que el romance había terminado, pero seguían siendo amigos. Milei quería un tema musical, y el noviazgo duró lo que esa promoción.

Hace años que el sexo dejó de interesarle; en su mundo no pueden entrar mujeres. El espanto que le produce el orgasmo no es la simple fantasía de un excéntrico: describe un rasgo profundo de la psicología de un hombre que quiere ser presidente de Argentina. Esta preferencia sería menos llamativa si no fuera por el ritornello obsesivo de la casta, por parte de un casto. Naturalmente, Milei tiene derecho a autopercibirse como vaca mala, mastín inglés o cualquier otro mamífero; no se da cuenta de que hacerlo es una manera torpe y cándida de revelar quién es.

El temor a eyacular

Según Wilhem Reich, sociólogo pionero de la sexualidad, "el fascista se define por su temor a eyacular". El goce del orgasmo, donde hay una pérdida momentánea del control de la conciencia y del cuerpo, es un estado demasiado insoportable como para ser buscado. En 1977, el teórico alemán Klaus Theweleit publicó su tesis doctoral, "Fantasías masculinas"[1]. Nacido en 1942 durante el Tercer Reich, hijo él mismo de un fascista, Theweleit plantea que el fascismo no es el fruto monstruoso de una ideología siniestra, ni de un conjunto de creencias, sino más bien un tipo de conciencia fundada en estados corporales devastadores.

Theweleit compiló las cartas, novelas y discursos de los Freikorps, grupos paramilitares esparcidos por Alemania desde el siglo xviii; para ellos, la Primera Guerra Mundial no había terminado nunca. "Nosotros somos la Guerra", escribe uno de estos capitanes, riéndose de los que hablan del fin del conflicto. Theweleit encuentra que el mayor terror es a la "disolución corporal", no sólo hacia afuera (por la acción del combate) sino hacia adentro, un interior caótico que apenas puede contenerse en los límites del cuerpo. Los Freikorps no buscaban aniquilar al diferente porque así se los indicaba una ideología: buscaban aniquilar al débil porque esa determinación los volvía

hombres y se conectaba con su placer. No les interesa reproducirse; su familia verdadera es el mundo viril de la milicia. En estos escritos, la mujer es siempre un estereotipo: es la Enfermera Blanca (pura y virginal, con la que no se consuma acto alguno, que a menudo ya está muerta), o es la Prostituta Roja, una figura recurrente y terrorífica. Sexual y combatiente, la Prostituta Roja también es un soldado: es una mujer que encarna, para el fascista, la esencia del peligro comunista: la Marea Roja que lo aterroriza. El comunismo es visto como una fuerza maligna que amenaza con disolver sus límites personales y barrer con todo. A estas mujeres guerreras, el fascista no las viola; el placer está en matarlas, en desfigurarlas. Son varones que están en proceso de devenir hombres: creen que sólo terminando con la amenaza, alcanzarán la plenitud de ser verdaderos hombres[2]. El placer está en retener, en no derramar ni una gota vital, en no relajar jamás la coraza, resistir la detumescencia, para que la virilidad no sea algo que fluye, sino que sólo se endurece.

Milei declaró que clonaría a Conan, su can primogénito, en una clínica en Estados Unidos; un procedimiento que cuesta unos cincuenta mil dólares. Reproducirlo de manera natural implicaría que Conan entre en contacto con los órganos sexuales de una hembra; y Javier es un padre que busca proteger a sus hijos del mismo horror del que se protege él.

La neurodiversidad

Pero la verdadera alma gemela de Milei es probablemente Greta Thunberg, la activista por el cambio climático. Tienen una manera de mirar muy similar, muy concentrada, sin distracciones. La joven sueca saltó a la fama haciendo huelgas escolares: impávida y tenaz, bajo la lluvia o el sol, se sentaba todos los días con un cartel que rezaba Skolstrejk for Klimatet, lo que terminó por impresionar a los jóvenes, que empezaron a seguirla e imitarla, generando un movimiento estudiantil en toda Europa. Greta dice que fue su síndrome de Asperger lo que le permitió convertirse en una activista con ese nivel de foco y sinceridad.

El Asperger es un tipo particular de autismo; en los últimos años, se ha integrado a la conversación pública imbuido de un aura de prestigio, porque se lo asocia típicamente a los informáticos y a los popes de Silicon Valley, como Mark Zuckerberg. Son personas que pueden fascinarse con un tema, al que se dedican con intensidad absoluta; a su vez, carecen totalmente de roce social. Pueden ser muy buenos comunicadores, porque su pasión por el tema elegido los absorbe en cuerpo y alma; pero no pueden "leer" a una persona, los dobles sentidos, las cosas implícitas. Ambos hablan del apocalipsis. Para Greta, el fin del mundo es inminente, y estamos a las puertas de una extinción masiva; para Milei, el Estado nos devora, quiere aplastarnos, el enemigo socialista nos quiere hacer reventar y todo está por explotar.

Greta llora en el escenario de Davos, les dice a los líderes que la escuchan: "¿cómo se atreven a robarme mi juventud?" Vive el problema tan intensamente que transmite auténticamente su urgencia. "Quiero que actúen como si su casa estuviera en llamas", dice Greta. Como Greta, Milei ha sido un vocero fenomenal del catastrófica presión fiscal, con la diferencia de que la casa ya está en llamas: hay 100% de inflación, el tipo de cambio disparado, y la crisis económica viene durando tanto que ya nadie se acuerda cuando no había crisis. "Soy el león que viene a comerse los corderos", brama Milei. De chico tenía una banda que tocaba covers de Rolling Stones; ahora, Milei empuña el micrófono para denunciar el apocalipsis y ponerse como único salvador. Como todo mesías, tiene su Biblia, que interpreta como un manual de acción.

Cuando Diego Sehinkman le pregunta, a propósito de la ley de cardiopatías en bebés recién nacidos, por qué votó en contra, Milei responde "nosotros votamos en función de un ideario liberal". Parece un Kicillof de signo contrario, un iluminado con su biblia anti-Marx. Milei no entiende que su respuesta va en contra de sus propias posiciones conservadoras, como la oposición al aborto legal. Egresado de la Universidad de Belgrano, Milei no se destaca por su cerebro matemático: no puede hacer la cuenta de que al Estado le sale más caro que los bebés se enfermen y mueran (atención médica, estadías prolongadas en el hospital, cuidados paliativos, etc). Si bien es evidente que Milei no es un pensador fino, no es cierto que no tenga compasión. El problema es que el mundo sólo le sirve para representar una y otra vez el psicodrama de su venganza contra el padre-Estado

golpeador (ver Javier Milei, un bulleado para el desierto argentino), y todo lo que no tiene un papel en esa representación (como las cardiopatías infantiles) simplemente queda fuera de su conciencia.

Milei ama aferrarse a posiciones duras porque cree que es "de macho" hacerlo, porque su hombría está atada a su credo; cree que en esa rigidez anida "la derecha". Pero Milei no es un conservador: no promete orden. Por el contrario, es un abanderado del caos. No es orgánico de la derecha porque no comparte sus valores y costumbres. Por ese motivo le parece bien la venta de órganos si el donante es pobre, y considera el cuerpo humano como "un mercado más". El carioca Jair Bolsonaro, encarnación de la derecha brasileña, podía ser un payaso, pero era un payaso cuya vida se atenía a los más clásicos valores conservadores: padre de familia, militar retirado, con cuatro hijos varones de especie humana. En Milei, la ideología es la máscara que adquiere su falta de empatía hacia cualquier otra raza que no sea la perruna, o hacia cualquier otra posición que no sea compatible con las suyas. Él mismo lleva la vida de un mastín: no se peina, ladra, y engendra perros. La única realidad que conoce, a la que se adaptó y contra la que lucha, es la deformidad argentina. Milei no es el candidato de la derecha: es el candidato de la neurodivergencia. Es un hombre que, a falta de atención médica, encontró atención mediática.

Lo interesante de Milei es su aporte intelectual: es un canario en la mina. En el mundo actual, un trabajo es un teléfono, el dinero fluye vía Mercado Pago y el Estado es algo que estorba, que quiere sacarte plata o tenerte encerrado (ver Héroes de la cuarentena). A la clase trabajadora no la representan ni Moyano ni los sindicatos peronistas: el proletariado actual son los Rappi, los Ubers, los Pedidos Ya, los jóvenes programadores que ganan en dólares afuera y se acostumbran a operar con cuevas para que Alberto no les saque el 50% de lo que ganan, los youtubers que tienen en la red su fuente de dólares, los operadores de criptomonedas, las chicas y chicos en onlyfans o los que venden por Instagram. Se ven a sí mismos como emprendedores, porque saben que todo lo que ingrese en su app de Mercado Pago se lo ganaron con esfuerzo, por las suyas, y que nada fue "gracias a Perón". Perón no regala bikes ni likes.

Estos emprendedores bicicletean al Estado: usan todo tipo de diques para evitar que el flujo de su dinero roce la bancarización formal y el ojo del Estado. No se ven a sí mismos como émulos de Marcos

Galperín o de Elon Musk, ni pretenden ser unicornios, pero tienen una familiaridad total con sus productos. Las cuevas los ahogan a comisiones; quieren que vuele el cepo cuanto antes, poder cobrar en dólares directamente desde el exterior, y que bajen los impuestos ayer. No consideran que sus impuestos se traduzcan en servicios: la policía no los protege de los malhechores, y la clase política gobierna para sí misma en un silo de cristal. Hay todo un sector de la Argentina productiva que funciona, virtualmente, como un no-Estado; ¿cuál sería el punto, entonces, de continuar la farsa del Estado? Milei es la Greta Thunberg de la inflación argentina, y sus modos desaforados empatizan con el hartazgo de los trabajadores reales, invisibles al aparato de la clase política tradicional.

Es habitual, en las personas con Asperger, que el foco de interés cambie. El foco puede ser cualquier cosa (matemática, los perros, o el sexo, hasta saciarse); después lo dejan por completo, y renuevan su obsesión en otro eje. El interés actual de Milei es su campaña presidencial. Pero en el futuro, este foco puede cambiar de manera perfectamente impredecible.

Mesianismo y virilidad

La castidad y la aversión sexual del líder tiene un correlato en el armado de las listas y la vida del partido: la mujer es un elemento raro, foráneo a la construcción Milei. Hasta la incorporación de Victoria Villarruel, una abogada que defendía a militares del Proceso, era un partido prácticamente sin mujeres. Es destacable la presencia de Lilia Lemoine, una influencer experta en la construcción de disfraces de gomaeva; ella y Milei solían aparecer en programas de cable vestidos de superhéroes. Avanza Libertad es un mundo fuertemente masculino, con una estética diseñada para emular el universo oscuro del heavy metal, aunque hay algunas excepciones. “Mi cola super explotada y mi chichi al máximo. Suscribite”, invita Silvina García, candidata a legisladora.

Silvina se fotografía típicamente desnuda, con la cola en alto y en cuatro patas; una posición canina con la que seguramente señala su

lealtad al padre de Conan. Antes, Silvina era piquetera de Cristina. Existieron algunas denuncias de ex militantes, que señalaron que los puestos en la estructura de Milei se obtenían mediante dinero, o favores sexuales. En la lucha contra la casta, no todos son castos como Milei. Hay cierta coherencia aquí, porque el Estado es precisamente la institución que denigran. Si el Estado es el Mal, ¿por qué se tomarían el trabajo de encontrar gente idónea para su manejo?

Milei no tiene problemas en aliarse con kirchneristas del interior, que se calzan sus nuevos disfraces de libertarios. La Gomaeva Avanza. Entre ellos se encuentran los hijos de Bussi, el célebre represor tucumano. Antes, el armado de Milei era a fuerza de youtubers jóvenes, pero se peleó con todos y se decantó por los Bussi. Ricardo Bussi está denunciado por violación y robo de identidad; en un spot de campaña, protagoniza un western a favor de la tenencia de armas. Milei, el casto, quiere terminar con la casta de delincuentes valiéndose de una nueva casta de fascinerosos. La casta, con “a”, es corrupta, pero si viene de la mano del “casto”, se purifica.

Milei no tiene equipos porque todos sus colaboradores y aliados terminan alejándose, bloqueados o peleados a muerte como novias despechadas. Su compinche inseparable era Diego Giacomini, con quien escribió Maquinita, infleta y devaluta, su primer libro; en la actualidad, Giacomini no pasa un día en Twitter sin atacar a su ex amigo. Algo similar ocurre con Carlos Maslatón, un capocómico twitero que osó plantear una interna en el espacio libertario, y fue bloqueado por Milei. Antiguo armador, no se ahorra ataques contra la “troika” de Milei, su hermana y Carlos Kikuchi, el Carlos Zannini del libertario. A Milei le es muy difícil sostener relaciones en el tiempo con seres que no sean sus perros y su familia inmediata.

Un reputado economista liberal, que solía integrar su espacio, prefiere mantener el anonimato: “Milei se pelea con todos porque propone un culto. Adulás o sos un enemigo. No me gusta nada lo que hace Javier. Es un proyecto de culto a la personalidad, para mí incompatible con el liberalismo. No tengo chance de hablarlo porque me bloqueó de todas las redes hace tres años. Realmente espero que no sea cierto, el culto y la religión que está armando. Le he enviado proyectos, algún que otro mensaje de apoyo y también mis “sugerencias” para que el culto no lo embriague. Lo hice vía colaboradores cercanos, pero están boludizados como nunca ví a nadie en mi vida. Insisto, el culto

mesiánico es la esencia del antiliberalismo. Y lo profesan con devoción. Eso me aleja."

La otra explicación de por qué Milei no tiene equipos técnicos, colaboradores, ni armado, es porque, en rigor, no espera ganar. Ha construido una estupenda campaña de marketing escuchando las necesidades del nuevo proletariado, y busca que su agite sea un arma de negociación con otros partidos, y una colectora para los socios de la Casta que han sido fundamentales para su financiamiento. Milei ha dado muestras cabales de su canina lealtad a Eurnekian, cuando, gracias a su partido, se aprobó una nueva batería de impuestos aeronáuticos en el Congreso. Estos nuevos impuestos pasaron a llamarse "la tasa Milei": a fin de año, era más barato volar en un vuelo privado a Punta del Este que con Aerolíneas. Él había jurado que jamás votaría la suba de ningún impuesto, y no mintió: bastó con que él y su gente no aparecieran para que el kirchnerismo aprobara la ley.

Quizás Milei no tiene equipos de trabajo porque no los necesita. Los disfraces de superhéroe no eran en broma, eran un trailer; él está en camino de volverse un superhombre. Tiene una corte de chicos de veinticinco años que lo siguen hipnotizados, y al "El Jefe", que es tarotista y también trabaja con piedras energéticas, que dispone sobre el cuerpo de su hermano. Además de ser la gran estratega política, "El Jefe" se ocupa del bienestar espiritual de su hermano. Dio una única entrevista, está en youtube. Se la ve con una túnica negra, y cuando el periodista le pregunta si es cierto que Milei es "muy obediente" a ella, ella contesta que sí, "es muy aplicado, hace caso, la verdad que sí". Son frases más bien de madre orgullosa, como si hablara de un chico de primaria. Milei quiere ser Presidente él, Ministro de Economía él, y ni siquiera tiene vicepresidente, ya que la primera dama sería su hermana, aunque la idea de una fórmula Milei-Milei lo fascina muchísimo. Si Karina lo acompaña en la fórmula, tal vez el perro Conan se vea ascendido, como una Zulemita cuadrúpeda, a "Primer Can", un destino histórico que haría palidecer a Dylan.

Martín Lousteau,

Patrick Bateman porteño

No era especialmente habilidoso, pero en los partidos de fútbol del Nacional Buenos Aires Martín Lousteau era conocido por no pasar nunca la pelota. Siempre tenía que lucirse él, aunque después no la metiera; terminaba jugando solo. Era extremadamente competitivo, individualista, centrado en sí mismo; tenía lo que algunos llaman, piadosamente, una "personalidad de tenista". De hecho, jugaba al tenis y lo apodaron "Guga" por Guga Kuerten, un tenista brasilero espigado y de bucles apelmazados como los suyos. Ya de chico, su altura superaba la media, una superioridad corporal que parecía espejarse en otros ámbitos, como si Martín se sintiese físicamente avalado para estar por encima de los demás.

Lousteau proviene de una burbuja porteña muy chic, donde la afluencia económica sostenida por generaciones se pliega a la ambición intelectual. A diferencia de la clase alta típica, que produce muchachos de IQ promedio que se contentan con el manejo de campos y de fondos de inversión en Wall Street, en la familia Lousteau era importante la excelencia académica. Incluso sus abuelas habían sido profesionales; descollar era lo mínimo que se esperaba del joven Martín. En el Nacional Buenos Aires recaló en la 1ra división que empezó el año escolar después del regreso de la democracia, un aula que era un poco un mundo aparte porque, además de estar en el "colegio de los mejores", se encontraba atravesada por una tendencia irresistible a autopercibirse como optimis optimus, los mejores entre los mejores. Este esprit du corps es una parte vital del Colegio; un síndrome que también puede rastrearse en la personalidad de Axel Kicillof, quien entraría al Colegio un año después. El CNBA era un hervidero de ideas socialistas, pero Martín nunca participó en el Centro de Estudiantes ni en la Franja Morada, la poderosa agrupación radical; Axel, en cambio, ya fungía como satélite troskista.

El padre de Martín, educado en el Liceo Militar, cultivaba la amistad de anticastristas acérrimos en Miami, y quizá haya sido esta pasión

gusana la que lo acercó al mayor eje anticomunista de la época, el gobierno de la dictadura, donde se desempeñó unos años como secretario de Turismo. Aunque más tarde Martín se declararía "en las antípodas ideológicas" de su padre, su despertar a los encantos socialdemócratas fue bastante tardío: eligió estudiar economía en la Universidad de San Andrés, que tenía la orientación más ortodoxa. Se recibe con honores sin ahínco, y el túnel de excelencia lo lleva a alternar los veranos en Punta del Este con posgrados en la London School of Economics.

Le interesa la teoría de juegos y acaricia la idea de hacer un doctorado, pero necesita algo que la carrera académica no puede saciar. Todavía no sabe qué es. Lo mueve una agresividad especial, un ansia que no sabe si es talento, brillantez, o un géiser de testosterona que tiene que canalizar de alguna forma, ya sea aplastando rivales en el tenis o en conversaciones –otro deporte one-on-one hecho de voleas y raquetazos. Aunque habla inglés desde chico, no le gusta vivir en inglés, no se siente brillante en esa lengua; Londres está bien, pero nunca va a poder descollar ahí. El mundo es, en realidad, más limitado de lo que creía en un principio: es un mundo en español, Argentina o Madrid. A veces se siente un lobo entre corderos, esos subseres chetos por los que siente un desprecio profundo; no puede simplemente volver a su milieu social, no se siente parte de nada.

Deja Londres y parte como corresponsal de guerra a Afganistán y Pakistán, al calor de la caída de las Torres Gemelas. Juega a ser un escritor aventurero, a lo Hemingway o Pérez-Reverte; sus notas para El Planeta Urbano pasan desapercibidas, pero en esos viajes conoce a Daniel Gistau, un celebrado articulista español. Gistau había comprado el exacto modelo Hemingway: sus textos bullían de "una camaradería viril, antigua, aventurera y violenta, tan penetrante como el olor de un gimnasio". Martín, que nunca había sido amiguero, había encontrado al fin otro animal alfa como él, alguien a quien podía admirar.

En política tiene distintos nacimientos. Chrystian Colombo (UCR) lo lleva al Banco Provincia, pero es el gobernador peronista, Felipe Solá, quien le da su primer puesto político: Ministro de Producción, y luego Jefe de Gabinete. Felipe lo lleva a cenar al programa de Mirtha Legrand. La "Chiqui" desafía su razonamiento y Lousteau se exaspera. El error de los demás le repulsa, el desdén le sale a borbotones. Es

irascible y despectivo; todavía no ha aprendido a tunear su aggro para la cámara. Felipe lo contiene con un ademán discreto, como quien arría una potranca, pero disfruta de la ferocidad. Es su pollo sin domar.

Pronto pasa a encandilar a Cristina. A ella siempre le interesó rodearse de economistas jóvenes, con cabellos al viento y rock en la mirada; su ascenso es meteórico, y pronto asume como el Ministro de Economía más joven de la historia. Al fin empieza a pisar la zona de lo que se espera de él. Vuelve a empuñar la pluma, y diseña la resolución 125, un programa de retenciones al campo que marcó el inicio de la mayor división social de la historia moderna: "la grieta" que todavía continúa. Desde entonces, el coqueteo permanente con la guerra civil se convertiría en una forma de vida kirchnerista. La 125 fue un fiasco (rechazada por el voto no-positivo de Julio Cobos), pero fundó el estilo de mando de Cristina, que terminó con la pax nestorista. Según Guillermo Moreno, Lousteau le dijo a Cristina que tenía el consenso de los productores, y luego produjo un fallo técnico. Según Lousteau, Moreno quería algo mucho peor, y él logró contener al malvado Moreno; buscaba minimizar su rol, pero había sido su idea. Su madre muere en medio del conflicto con el campo, y Lousteau sale del gobierno a los cinco meses.

Aprovecha la ola de notoriedad (buena o mala, es indistinto) y decide penetrar de lleno en el imaginario público. Empieza así la era casanova de Martín. Anuncia su casamiento en Gente con una joven abogada, pero al poco tiempo lo fotografían como el nuevo yerno de Palito Ortega, porque sale con Rosario, la menor del clan. En las fotos, Rosario mira extrañada a cámara; Martín, en cambio, pasea con naturalidad ante los paparazzi. Se enreda con una ex Bandana y también se lo capta, in fraganti, a los besos con la nieta de Mirtha Legrand, embarazada de seis meses de un actor conocido. El escándalo prende como napalm, lo que disimula un poco que Juanita, además, es la hermana de Valeria, su novia anterior; también aparece una ejecutiva de marketing como la tercera en discordia. Es obvio que Martín tiene un agente de prensa muy activo, que debe vivir atento a los vaivenes de sus pulsiones. Pero Lousteau no es un Cacho Castaña, un picaflor amoroso que queda amigo de sus ex; ninguna tiene algo bueno para decir de él ("fue un novio más", "me dio vergüenza pensar uy, yo estuve con esa persona"). Faltan todavía unos años para que el concepto de responsabilidad afectiva inunde los espacios progresistas

que ahora Martín busca liderar.

El raid entre flashes y bombachas rinde sus frutos, y Martín consigue cubrir su perfil técnico con la fama de un hombre deseable, apuesto, como ya había hecho su par Martín Redrado vía su pulposo amorío con "Luli" Salazar. Publica un libro de economía for dummies; en la contratapa, Andy Kutnesoff afirma que Martín "no es un técnico". El libro abunda en explicaciones y ejemplos que desafían el sentido común, o lo confirman: en un capítulo, analiza por qué no es recomendable tomar decisiones en estado de excitación sexual. Combina, sin duda, sus investigaciones de teoría de juegos con su conocimiento práctico sobre el arte de errar y eyacular.

Gobernar la ciudad se vuelve su ballena blanca. Contrata un renombrado asesor, pero llega tarde a la cita en Selquet, desaliñado y con los rulos mojados; todo indica que acaba de salir del telo de la esquina. Cuando se va, el asesor comenta: "esto no va a andar. Alguien que tiene la libido en coger, no puede ser presidente". Compite contra la reelección de Horacio Rodríguez Larreta, donde pierde por pocos puntos en el ballotage gracias al kirchnerismo, que había mandado a votar por Lousteau. Ha ingresado en una etapa de sosiego amatorio, que le depara otro flujo sostenido de prensa: se casa con la exitosa comediante Carla Peterson. Cuando Macri obtiene la presidencia, lo nombra embajador en Estados Unidos.

Ser embajador argentino en la mayor potencia occidental es, quizás, un puesto a la altura de Martín, pero ayudar a las compañías argentinas en el exterior tiene un costado rutinario, burocrático, que lo aburre intensamente. La ansiedad lo carcome; mientras, Carla hace canjes en Instagram de cremas Cicatricure. Donald Trump es electo presidente; a un mes de la visita de Macri a Estados Unidos, y ante el estupor de la diplomacia americana, Lousteau renuncia y vuelve a Buenos Aires. Duró un poco más de un año en el cargo, sin mayores logros; el episodio cimenta una fama de traidor outsider, sin tribu en la "grieta", que a esta altura ya es un organismo viviente. Rompe con Cambiemos y se convierte en diputado por Evolución, una junta entre el radicalismo y el Partido Socialista.

Reconstruir el zig-zag de Lousteau por los partidos políticos es tan difícil como seguir el hilo de sus noviazgos. Se autopercibe como un enfant terrible de la política, pero su ansiedad lo hace parecer más

impulsivo que estratega, siempre en busca de satisfacción inmediata. Como comenta en una entrevista, tiene "una especie de esquizofrenia" que hace que sólo le importe lo que piensa de él "un grupo de unas 100 personas, no cuarenta millones". Una definición numérica, quizás, de casta. La amplitud de su paladar es un reflejo de su imagen, que es donde exhibe su potencial: un Frankenstein pintón que, por su formación ortodoxa, deja tranquilos a los banqueros, pero por su estilo descuidado y su pelo desprolijo, también puede dar progre. Puede hacerlo, además, porque su juego es estrictamente individual, y porque en la cultura argentina los políticos raramente pagan costos[3]. Después de todo, tiene pelo, los trajes le quedan ok, cuando habla es capaz de hacerse entender, y ha dejado claro, con creces, que no es gay. En el radicalismo encuentra la posibilidad de una unión simbiótica: un partido antiguo y completamente carente de testosterona, al que la arrogancia de Lousteau aporta dinamismo y competitividad. Tiene lo que les falta: no parece un paquidermo herbívoro, y es capaz de mirar al pro (su enemigo íntimo) con la altivez que necesitan para negociar.

En "American Psycho", Bret Easton Ellis escribió un clásico noir centrado en el ascenso de un yuppie de la élite de Manhattan. Patrick Bateman es el espécimen perfecto del privilegio: fue a los mejores colegios, es habitué de los mejores y más exclusivos clubs, sale con las rubias más selectas. Pero lo que para otra gente sería el paraíso, para Patrick es el infierno. No tiene límites, y su soledad es absoluta: "tengo todas las características de un ser humano: carne, sangre, piel, pelo; pero ni una sola emoción identificable, a excepción de mi codicia y repulsión". Le gusta compartir sus opiniones progresistas, políticamente correctas, que exasperan a sus amigos banqueros, y es maníacamente narcisista. Antes de salir se coloca una batería de cremas y productos para el pelo; al rato se encuentra con un amigo, Paul Allen, al que termina cosiendo a hachazos en su living. Patrick está, en rigor, desesperado: nada sacia su avidez, nadie ve su oscuridad, lo tiene todo pero no encuentra un límite. El personaje de Bret Easton Ellis es una parábola sombría de un tipo masculino que se come al mundo; aunque Lousteau carece del glamour del serial-killer, encontró en la política un espacio donde sí es posible clavar hachazos, sencillamente porque nadie muere. Nadie sufre las consecuencias de sus actos, nadie paga, no hay límites.

Lousteau tiene, quizás, un precursor: podría encarnar un "Chacho"

Álvarez serial. De cabellos hirsutos y preferencias socialdemócratas, “Chacho” fue parte de la Alianza hasta que renunció a la vicepresidencia de Fernando de La Rúa, al año de asumir. Declaró que renunciaba “para poder decir con libertad lo que pienso y lo que siento”, una expresión que, a pesar de su cursilería pasmosa, terminó hiriendo de muerte al gobierno y desbarrancando el caos del 2001. Cercano pero externo, orgánico sólo a sí mismo, “Chacho” fundaba el progresismo sibarita que no asume costos ni acepta rebajarse al lodo de la responsabilidad. Su denuncia fue finalmente desestimada: según wikipedia, había comenzado siguiendo una acusación de un tal Hugo Moyano.

“Chacho” se dio el lujo de elegirse a sí mismo, por sobre el país y por sobre la coalición que integraba, porque lo movía un principismo demasiado puro; por entonces, la superioridad moral del progre caviar era una tecnología melindrosa totalmente nueva en el peronismo, que terminaría por infusionar el germen señorial del kirchnerismo. Lousteau le da una vuelta más porque, en su vanidad ansiosa, no parece ser fiel a nada, ni siquiera a sí mismo. Confía en su poder de seducción sin límite y en su profundo privilegio, donde la política y la conquista narcisista son lo mismo, porque en rigor no representa nada, sólo se representa a sí mismo, enredado en el rulo que lo deja prisionero de su propia libertad.

Máximo, el príncipe infante

En el entramado de linfa peronista y clanes del poder, Máximo Fernández-Kirchner reina como el príncipe de la dinastía más feroz de la historia reciente. Máximo es un primogénito problemático: tiene todo para heredar el poder, pero no puede hacerlo suyo. En la Corona española, un infante es el hijo del monarca, un hijo que, sin embargo, no es el heredero del trono. Máximo es, en efecto, un infante marcado por una enormidad capciosa. Puede tener a su nombre las veintiséis propiedades familiares que el Estado hizo posible, puede heredar millones de dólares, sociedades y los hoteles, pero ningún visir adulador se atrevería a asegurar que es el indicado para competir por el amor de las masas. Es la democracia la que fuerza a Máximo a mantenerse infante, a no poder heredar.

No es fácil ser un príncipe Kirchner. Alto y desgarbado, joven pero poco agraciado, los genes de Néstor consiguieron atravesar el útero áspero de Cristina y plasmarse intactos; apenas el mirar turnio del padre fue retocado. Como "el Cuervo" Larroque, Máximo logró terminar el secundario, pero nunca sucumbió a las tentaciones de una formación universitaria. La Universidad pública se perdió de acoger estos cuadros, que prefirieron trabajar su madera en la Facultad de los asados infinitos, cafecitos interminables y aprietes. Como sus padres, a Máximo el mundo exterior nunca le interesó, quizás porque el mundo cercano estaba demasiado lleno de misterios inabarcables; antes de contar con 30 años, Máximo ya estaba implicado en un entramado de sociedades complejísimo y secreto, de magnitudes ocultas, que investigadores profesionales de la Justicia todavía intentan desentrañar.

Sus padres amasaron una fortuna astronómica, pero nunca pensaron en el mundo como un lugar a descubrir. Incluso cuando viajaban a Nueva York, Cristina cuenta que se quedaban en el Waldorf Astoria, pero iban a comer todas las noches a Novecento, famoso por su menú argentino. El territorio de la conquista era la Argentina: Roca a la inversa, desde el sur a copar el centro nacional. Máximo creció viendo a sus padres encerrados en pequeñas guerras sucesivas. Algo de esto

aparece en Sinceramente, la novela autobiográfica de Cristina.[4] No hay muchos recuerdos tiernos: la maternidad es otro escenario para que Cristina despliegue su yo combativo. Cada vez que Máximo tiene un problema en la escuela, ella monta un escándalo nuevo. Acusa a los maestros de odiar a su hijo por portación de apellido, por ser ellos gente muy influyente e importante (a cargo de la intendencia o de la gobernación). Cristina siempre fue Cristina, pero eso debió impresionar al joven Kirchner, que tempranamente vio sus falencias justificadas por la paranoia de su madre. Sin otras pasiones donde refugiarse más allá de sus juegos, Máximo debió habituarse a vadear entre la autocomplacencia y la incapacidad.

En Néstor, una pieza hagiográfica filmada por Paula de Luque, Máximo cuenta con candidez que a veces, cuando jugaba, su padre entraba en la habitación y rompía todo. Hay algo desgarrador en ese infante-hombre cuando lo cuenta, como si todavía le sorprendiera. "Eso hacía Néstor. Por ahí estabas ahí jugando y de repente pasaba y rompía todo y después de nuevo a arreglar todo. Y se divertía. Nosotros nos enojábamos. Creo que por ahí nos estaba enseñando algo", se esfuerza el pobre Máximo. Aunque Máximo hace lo posible por digerir la brutalidad del padre, y contribuir a su memoria épica, Kirchner se divertía destruyéndole el juego porque le daba placer hacerlo. Además, le parecía racional; la enseñanza sería: ¿para qué jugar? Hay cosas más importantes que las pasiones personales: las pasiones adultas, objetivas, del juego del poder, de doblegar a otro, de aplastar voluntades (o soldaditos). Ahí está la confusión que imprime a los Kirchner un falso talante de izquierda. Convierten la incapacidad de gozar, de disfrutar, en una ideología sacra.

La infancia de Máximo debió de ser sumamente árida. Máximo fue criado por mucamas; su acceso a la ternura materna era muy limitado. En esto se parece al príncipe Carlos de Inglaterra, que fue ungido rey a los 74 años, su primer empleo conocido. Máximo, en cambio, tuvo su primer empleo a los 38, como diputado nacional. En Santa Cruz, debió vivir una vida ascética y dura, donde el único calor humano era un pólar, como los que usa Lázaro Báez. Todos los racconti sobre Néstor indican que se trataba de un hombre maltratador, que, como hijo de inmigrantes croatas-chilenos pobres en una de las zonas más duras del mundo, jamás conoció los dones de una crianza amorosa. A diferencia de Milei, que construyó su personalidad rebelándose contra la violencia física y psicológica de su padre (una violencia de la que

acostumbró a hablar en televisión y de la que todavía sigue hablando cuando se refiere al Estado), Máximo se tuvo que adaptar al maltrato del padre hasta considerarlo natural.

Máximo nunca logró escapar; es el primogénito que todavía trabaja en la empresa familiar. No sabemos si alguna vez lo intentó o si soñó con eso. No conoció la libertad interior necesaria para dar un portazo de la casa de sus padres. Ni siquiera se fue a estudiar como había hecho Néstor, que se mudó a La Plata para seguir la carrera de abogacía, donde conoció a Cristina, que venía de Tolosa. Florencia sí se rebeló; tenía a su favor la exención de ser mujer y de ser la menor. Se fue a vivir a Nueva York a estudiar cine. Quería jugar con su imaginación y estar en otro lado; aunque culpa a la Justicia por la enfermedad que padece, es probable que haya pagado con su cuerpo esa rebeldía.

En esto, Máximo comparte algo más que un espíritu de época con los jóvenes politizados del kirchnerismo. Máximo no es tanto el fundador de La Cámpora como su esencia fundamental: una agrupación que romantiza la generación de sus padres, que no los critica, sino que se ubica sumisa en los roles que los mayores le conceden. La Cámpora es, en esencia, una agrupación de Máximos, leales absolutos de Cristina y contentos con ocupar cargos administrativos para desplegar sus gestiones mediocres. Es interesante que Axel Kicillof no pertenezca a La Cámpora. Axel cumple un rol esencial en la dinámica de Cristina: es el hijo adoptivo que sí estudió, que sí es lindo, que sí puede heredar el poder. Todos los sí de Axel son los no de Máximo. Cuando Cristina define el kirchnerismo, dice que es un nombre que puso “para bajarle el precio al peronismo”. Con Axel como un agente externo a la Cámpora, Cristina puede bajarle el precio a su hijo y mantenerlo sumiso y atado a ella.

Mauricio Macri,

lector de Rudyard Kipling

Para qué, el último libro de Mauricio Macri, comienza con un poema muy conocido de Rudyard Kipling, "If". Kipling es el autor imperial por excelencia, una figura del canon de principios del siglo xx que actualmente abochorna a los ingleses cultos. En el poema, Kipling ensalza las virtudes morales del trabajo estoico, el foco y el equilibrio mental, y tercia: "si puedes llenar el implacable minuto/ con sesenta segundos de implacable labor/Tuya es La Tierra y todo lo que hay en ella/ y –lo que es más– ¡serás Un Hombre, hijo mío!"

No sabemos si es un poema que quedó grabado en el corazón del expresidente cuando era alumno del Cardenal Newman, como la versión sajona de Platero y yo. Ser un "Hombre" es crucial en el colegio: el escudo del Newman reza en latín viriliter age, que significa "actuar virilmente". En cualquier caso, la elección de este poema de Kipling para encabezar su libro de líder político marca la distintiva dificultad del pro para conectar con la cultura de su tiempo.

Para entender a Kipling hay que mirar a Joseph Conrad. Ambos publican en los mismos años, y miran lo mismo: la realidad de la colonización. Kipling, que nació en la India colonial (su padre era oficial del ejército británico), elige narrar ese proceso desde la perspectiva del colonizador blanco; Conrad (cuya lengua de origen es el polaco) elige el inglés para escribir de lo que vio en sus viajes por el Congo en 1890, durante el reinado de Leopoldo II de Bélgica. Conrad denuncia la bestialidad del comercio de esclavos en el Atlántico, "el horror, el horror", que luego Francis Ford Coppola adaptará para Apocalypse Now. Kipling es también autor de otro poema, "La carga del hombre blanco", que comienza así, en mi traducción rauda:

Toma la carga del hombre blanco[5]

Envía lo mejor de tu raza,

Condena a tus hijos al exilio,

Para servir la necesidad de los cautivos,

Soporta bajo pesados arneses

A las gentes salvajes que se agitan

Recientemente atrapadas, taciturnas,

Medio diablos y medio niños.

El orden colonial es pintado como una comunidad de misioneros que acepta mudarse a localidades remotas "para servir la necesidad de los cautivos", estos "half devil, half child". La guerra de Estados Unidos contra España inspira el poema: Kipling quería justificar que Estados Unidos fuera el dueño colonial de Filipinas, y ya no el decadente imperio ibérico. Sibarita de los procesos coloniales, para Kipling el imperio de los blancos es superior al imperio de los latinos.

Kipling no es "una voz incómoda" cuyas "verdades" horrorizan a los campeones de la corrección política. Borges, nuestro especialista en el mundo anglosajón, siempre prefirió el humanismo anti-colonial de Conrad al mercantilismo colonial de Kipling. Kipling representa un mundo muerto; ni la Corona británica, pionera en cómo hacer dinero con esclavos, puede hoy sostener una afinidad con estas ideas. Está totalmente desconectado del presente y de sus cambios, pero sobre todo de lo que un líder democrático en América Latina puede querer. En el poema que abre el libro de Macri, Kipling promete "la Tierra y todo lo que contenga": una ofrenda imperial, un sueño de explotación. Para los lectores coetáneos de Kipling, lo que la Tierra contenía era algo bien concreto: la fuerza de trabajo de los africanos, que constituían el valor de la tierra más que la tierra en sí.

"If" representa prácticamente todas las cosas con las que Macri no quiere que lo identifiquen: un Hombre Blanco que, por gracia de su origen, virtud y capacidad, viene a civilizar a los morochos endemoniados. No es necesario pintarse el pelo de verde para observar

que “¡serás un Hombre, hijo mío!” tiene un son machista y arcaico, la ofrenda de un orden perimido. Todas las cosas que pensamos como problemas, Rudyard Kipling las pone como soluciones; asume que el Hombre es el pináculo universal de lo deseable, y que enseñorarse sobre “la Tierra y todo lo que contiene” es lo que le está destinado.

La presencia de “If” genera preguntas: ¿qué vendría a ser para Macri ese “la Tierra y todo lo que contenga”? ¿El sueño civilizador de alguien que buscó denodadamente no parecer el tipo de empresario que sólo busca explotar a los half devil-half child? ¿Es Macri la esperanza blanca de los morochos de Tierra Adentro (porque en la mente blanca, el colonizado lo necesita, necesita ser salvado), ya sin la mordaza del asesor ecuatoriano globófilo? Si Mauricio se había afeitado el bigote para eludir las asociaciones garcas del vello facial, Rudyard -que detentaba uno de los mostachos más frondosos de la Pérfida Albión-, se lo vuelve a colocar. Para qué, pregunta el libro desde la tapa.

Lo cierto es que ni Macri ni su equipo de trabajo pueden reparar en estas lecturas: los mueve una búsqueda más desesperada y profunda. El pro siempre está en procura de una estrategia de hominización: la demostración definitiva de que son hombres, Hombres con mayúsculas, movidos por virtudes elevadas y puras. Esta búsqueda tiene un primer sentido misionero, que se entronca en la formación católica del Cardenal Newman y el Colegio Champagnat (de donde es exalumno Marcos Peña), pero tiene otro más práctico y abisal: vencer el mote que el peronismo usa para denominar al rival, ser un gorila. Bestializar al enemigo es una práctica que se encuentra completamente normalizada y aceptada, que forma parte del folklore de la política. Forzados hacia el reino animal, los miembros de pro necesitan devenir hombres en la política (una tarea ardua que puede hacerlos tropezar con un poema de Kipling, como le pasó a Macri). Quizás a razón de esa dificultad tan acendrada, el pro siempre recurre a la zoología para expresarse. Si estamos condenados a ser animales, al menos elijamos cuáles.

En 2016, el Banco Central de Macri dio a conocer una nueva familia de billetes: “Animales autóctonos de Argentina”. Marcos Peña, mano derecha del entonces presidente de la Nación, le dice a Carlos Pagni en una entrevista pública: “Es la primera vez en la historia argentina que hay seres vivos en nuestra moneda nacional. Y que dejamos la

muerte atrás, que la muerte esté tranquila, que descanse en paz". El joven jefe de gabinete cree que ha resuelto el problema de una manera elegante: los animales eran una salida cute a la creencia profunda de que Argentina no podía recibir otro relato que compitiera, o fuera antagonista, de la maestría novelesca de Cristina Kirchner. El animal viene a saciar la búsqueda de inmortalidad que los humanos ya no pueden simbolizar. El peronismo siempre sueña con detener el tiempo y volver a un tiempo pasado, que no existe; Marcos le oponía otro sueño, igualmente delirante: vencer a la muerte.

Eran los vivos contra los muertos, los nuevos contra los rivales de sepia. Aunque fueran animales, en lugar de próceres. Pero si algo no pueden los animales, es escribir la Historia. Sin duda tenían fantasías de cuál era este otro relato nacional conforme a sus valores, pero no quisieron arriesgarse a desentonar. Asumieron la posición filosófica de un animal beta: el que se sabe inferior, y quiere dejarle en claro al animal alfa que no va a competir por eso que le es tan preciado, que se lo deja, porque reconoce íntimamente su superioridad.

La puja de poder dentro de pro tiene, desde hace años, un carácter ornitológico: son halcones o palomas. María Eugenia Vidal, que suele adornar la bandada de palomas, fue durante un tiempo La Leona. Macri se apropió de ser Gato: soy el gato que viene a comerse a las ratas, dijo una vez, en un destello de magia. Javier Milei lo copia, y sube la gradación genética: soy el león que viene a comerse a los corderos. Entre tantos animales, es normal que Macri, que siempre se autopercibió alfa, quiera ser, al fin, un Hombre.

Daniel Scioli, el miembro fantasma

La historia de la vida política de Daniel Scioli comienza con un naufragio. El 4 de diciembre de 1989, un buque pesquero produce una ola que le hace perder el control de su catamarán Gran Argentina. Lo rescatan con una lanchita: todo es sangre, agua y confusión. No se puede quitar el casco, siente el brazo adormecido. Era el hormigueo propio de un miembro fantasma: Scioli había salvado su vida, pero su brazo derecho flotaba río abajo en el Paraná, altura Ramallo.

Ungido por Carlos Menem, Scioli fue el primer outsider de la política argentina. Hasta entonces, Scioli era una especie de playboy porteño, pero al entrar al salón de la política del brazo de Menem se transformó en un Fangio acuático, una figura popular con una narrativa propia que combinaba el drama personal y el éxito deportivo. Menem fue pionero en el arte de coleccionar personalidades vistosas e invitarlas al casting de su justicialismo de la exuberancia. Moria Casán, uno de sus últimos descubrimientos, estuvo a punto de ser electa diputada; veinte años después, retornaría a las cercanías de la política en calidad de suegra de Sergio Massa. Scioli se presenta a la vez como un campeón y como un superviviente, alguien que terminó domado por un deporte de velocidad (off shore) que había empezado domando, un deporte bastante desconocido que un poco inventó él y que otro poco lo inventó a él.

“El Pichichi” interpretó como nadie el aspecto deportivo del peronismo finisecular. Es un as del arte de estar cuando hay que estar, lo que lo vuelve un candidato recurrente de los vacíos de representación. Fue ministro de Menem, vicepresidente de Néstor y luego gobernador de la provincia: sus gestiones conservan la discreción sosegada de un fantasma. Como candidato presidencial del oficialismo, perdió por poco ante Macri en 2015, después de soportar estoico una campaña que Cristina protagonizó como si tuviera en su poder la mano perdida de Scioli, a la que trató como una suerte de muñeco vudú, empeñada en quebrarle los dedos uno por uno.

Esta solidaridad de Scioli, esta disponibilidad de “estar cuando hay

que estar", es también una forma de templanza. Su ambición es tenaz, pero mantiene un talante impasible, como quien corre un triatlón haciendo paradas entre cócteles diplomáticos. En su estilo, es un hombre capaz de tomar trabajos estratégicos y sostenerlos. A diferencia de Martín Lousteau, que renunció intempestivamente a la embajada en Estados Unidos apenas un mes antes del arribo de Macri a su primer encuentro con Donald Trump, Daniel Scioli sabe ser peronista y ser leal a sus superiores. Como buen peronista, sobre él pendía también el fantasma de la venganza: que, de conquistar el poder, se concentraría en enterrar a Cristina. Pero, mientras mantiene ese misterio, Daniel sabe cultivar su don de gentes. Goza, incluso, de encantos masculinos inesperados que le permitieron entablar un bromance, un romance de machos con el turbulento Jair Bolsonaro cuando fue embajador en Brasil. Su manejo cordial se ha convertido en un raro capital entre la dirigencia pankirchnerista.

A su manera, Scioli es el último exponente de la meritocracia peronista. Aunque no sea una mente particularmente brillante ni se destaque por su formación (unas semanas antes de las elecciones, en 2015, obtuvo el título de licenciado en Comercialización en la uade), Scioli supo conquistar sus roles sin heredarlos. Su fuerza es el mérito de estar, de figurar sin sobresalir demasiado, de no llegar a hacerse querer ni tampoco hacerse odiar. Un árbol que es parte del paisaje, cuya presencia pacífica no está hecha para despertar pasiones pero tampoco odios desatados. Este equilibrio no significa que no sepa de la importancia de los afectos.

Es conocida la afición de Scioli por los muñecos. En su residencia de Villa La Ñata, guardaba una colección de sus figuras históricas favoritas, realizadas en tamaño real y esparcidas por distintas zonas de la casa. Los muñecos de Perón, Evita y Raúl Alfonsín se ubican en el palco central, el mejor enclave para verlo disputar sus partidos de futsal. En el quincho también hay deidades menores, como el cantante Ricardo Montaner. En su escala y posibilidad, Scioli compuso su propia corte menemista: muñecos con sonrisas dibujadas. No eran tan distintos a él: después de todo, él también tiene una parte hecha de pintura y material, algo que le permite empatizar con las presencias inmóviles e inertes, en apariencia, como él.

Cuando Scioli se presentó en 2015, el kirchnerismo todavía no conocía la derrota: manejaba un nivel de soberbia épico, que tenía a Cristina

hablando durante horas en televisión, relatando con brío la magia de su gestión. Pero en campaña Cristina no podía ni nombrarlo. Su verba frondosa se detenía al sentir el flatus vocis "Scioli" cerrándole los labios, como si la quemara de asco. En un acto en el Polo Científico, Cristina se mostró flanqueada por dos baluartes del modelo, Lino Barañao y Axel Kicillof. Había radares, Abuelas emocionadas, Nietos recuperados, pero el candidato Scioli se mantuvo en silencio y al margen, como una parte del cotillón. En efecto, Cristina no hacía campaña por su sucesión, sino precisamente por la colocación oportuna de un maniquí. "No van a tener que elegir entre San Martín y Belgrano, porque no están. Tampoco entre santos, que están en el cielo", declaró, y fue lo más cerca que estuvo de su delfín. Ahí estaba Scioli sentado cabizbajo a un costado, con las medias bajas, en un traje que le daba un look fracasado, de sapo de otro pozo que busca amor ahí donde se lo niegan. Cristina estaba en el pico de sus capacidades oratorias, cuando hacía del desprecio un arte.

Hasta que una tarde el vocero del sciolismo, Alberto Pérez, dijo que con Scioli se terminaba el kirchnerismo. La venganza prometida que hacía del muñeco una daga escondida, un Judas cordial. Cristina se exasperó. El Modelo eran ella y Néstor, que en esa época estaba estacionado junto al Arsat-2, y la magia no tiene (ni desea tener) sucesor real. Horacio González, jeque gauche caviar de Carta Abierta, compartió su malestar por tener que votarlo. Siempre está la gente "bien", la que está lo más a la izquierda posible, y luego la gente que "viene a hacer lo que hay que hacer", donde recaen Scioli, Massa y Alberto. En ese esquema, Cristina y Carta Abierta son la aristocracia, y Scioli, apenas un bufón de corte, un autómata con algo de prensa propia.

No se la hacían fácil, pero Scioli seguía contra viento y marea. Era evidente que detestaba estar en campaña. Circulaban fotos de él recorriendo el país: cuando la gente se acerca a besarlo, les ofrece un rugoso mentón; a veces sólo una mueca de desagrado. Le cuesta disimular la fobia que le produce el contacto con aquellos seres carenciados a los que se propone beneficiar. ¿Y si debajo del estoicismo de Daniel corría una aversión profunda al contacto humano? El día del debate contra Macri, cuando terminaron, Scioli le corrió la boca a su encantadora esposa Karina Rabolini cuando ella se acercó sonriente a abrazarlo. Scioli estaba agotado, pero no se podía refugiar en ese beso. La imagen se viralizó y provocó muchas

reacciones, entre ellas la de Sandra Mendoza, inefable diputada y kinesióloga chaqueña, que tuiteó: “Voto peronismo, @danielscioli sugiero hagan el amor o sexo tántrico”.

En el programa de Mirtha Legrand, Karina Rabolini dijo en un hilo de voz que la verdadera campaña de miedo era Lila Carrió vaticinando el asesinato de Daniel si llegaba a ser presidente. Karina tenía razón en no dejar pasar semejante declaración en un contexto de campaña, pero el tema pasó de largo entre las trincheras. Aunque Cristina torciera los labios de espanto, el aparato oficial acompañaba a Scioli. Lo tenía montado sobre el eximio caballito de batalla kirchnerista: la amenaza especulativa lanzada como un rumor tóxico. Ojo que, si ganan los otros, lo que tenés te lo quitarán. Daniel Gollán, ministro de Salud de la nación, aseguró que sólo una presidencia de Scioli garantizaría la continuidad de tratamientos contra el cáncer. Silvina Batakis, a cargo de la economía sciolista, tuiteó que miles de profesionales perderían su trabajo si ganaba Vidal. Lo primero fue desautorizado por José Pampuro, que con total sobriedad estipuló que si Perón resucitara los mataría a todos; Batakis fue luego refutada por el mismo Scioli.

En el mundo de la cultura, Scioli era el único candidato posible: entre los selectos miembros de la intelligentsia circulaba una carta titulada “La cultura vota a Scioli”; al pie, se apelmazaban las firmas de miles de autores y luminarias. No firmar esa carta era estar fuera de la cultura. ¿Qué persona en su sano juicio querría estar fuera de la cultura? La violencia de la campaña recrudecía del lado de Cambiemos. En el debate con Macri, existió una bala finamente construida por la coalición Cambiemos (que Scioli insistía en llamar “la Alianza”). Fue la frase que profirió Macri: “Daniel, ¿en qué te han convertido?”. Con sólo una pregunta, lo había desmontado; mostraba a Scioli como el ser maleable que es: su cuerpo y su mente eran un mapa de la degradación moral del kirchnerismo. Una víctima más del látigo de “la Jefa”.

La misma maleabilidad había sido una garantía ad intra del kirchnerismo, fue la flecha que impactó su talón de Aquiles. La aptitud de atravesar impávido la humillación era el atributo que lo había vuelto una opción; ahora, ese talento para la obsecuencia quedaba expuesto y se le volvía en contra. Cuando Scioli habla de las olas de dos metros que tuvo que enfrentar, de las difíciles decisiones que tuvo

que tomar en su vida deportiva, su cuerpo incompleto busca ser el testigo o el garante de un estilo de juego que no es el de un animal alfa de la política. “Conmigo pueden estar tranquilos, no los voy a violentar”, era el discurso subliminal de Scioli. Scioli, el primer outsider, jugaba a ser un outsider de la violencia alfa del kirchnerismo; la paz y la concordia le venían de suyo, por ser un animal beta. Su brazo amputado es una virtud de acople dentro del tronco peronista, que siempre se soñó como el único cuerpo real de la nación. Para el peronismo, ese cuerpo popular lo conforma una masa que es un poco como esa corte de muñecos grandotes, de sonrisas dibujadas.

María Eugenia Vidal,
mamá de tres soles

El rol de la esposa es una guía simple para rastrear diferencias profundas entre el peronismo y el pro. En el justicialismo, las políticas llegan al poder primero como "mujeres de": Evita, Isabelita, Cristina, "Chiche", y de ahí para abajo, Graciela Camaño (mujer de Barrionuevo), Malena Galmarini de Massa, sin olvidar el encanto quirúrgico de la santiagueña Claudia Abdalá de Zamora, tercera en la cadena de mando, ni a tantas otras más de una lista interminable. En esta fuerza, las mujeres son, en principio, extensiones físicas del poder de sus maridos. Son las terminales de un pacto societario que pueden ponerse botox y extensiones capilares sin violentar los estereotipos de género. Los divorcios no abundan.

En la era Alberto, el ascenso de Victoria Tolosa Paz representó una ligera variante de esta línea; Victoria es la mujer de "Pepe" Albistur, un hombre que no tiene un puesto político, sino negocios con políticos (es, entre otras cosas, el amigo que "le presta" al Presidente el departamento en donde vive). La secretaria legal y técnica, Vilma Ibarra, escapa a esta regla, aunque no del todo, ya que fue novia de Alberto (y quienes la conocen dicen que alguna vez declaró no conocer "una persona más perversa que él"). Alcanzó cierta notoriedad Cecilia Nicolini, la asesora que participó en diversas negociaciones gracias a su distintiva capacidad –insólita en el Gobierno de Científicos– para comunicarse en inglés. Luego Cecilia cayó en desgracia, cuando su calidad de lenguaraz pasó al escrito. Su carta llena de errores a "Dear Arkady", un funcionario ruso, debe haber sonado las alarmas, especialmente entre sus profesoras de inglés. Se refugió en la Secretaría de Cambio Climático, área de conferencistas. Por su parte, las damas camporistas en control de las cajas de ANSES y PAMI han bajado el perfil, evitan los flashes. Aunque circulaba el hashtag "Mujeres gobernando" al pie de fotos de empleadas de la Casa Rosada sonriendo para la cámara, es difícil creer que hubiera "mujeres gobernando" que quisieran arrogarse la

responsabilidad de la debacle albertina.

En el pro, en cambio, la esposa es un vector que suaviza, dulcifica y completa los rasgos morales de los líderes; no es un individuo de la política. En general, las jóvenes políticas profesionales tienen más salida laboral en el pro que en el peronismo, y María Eugenia Vidal es un caso estrella de una construcción política ab nihilo.

Vidal ganó la elección de la Provincia en 2015 con 41 años. Era la primera vez que el gran bastión del justicialismo era conquistado por un partido no peronista; a la novedad, se sumaba la "a" de gobernadora. La Provincia ha sido siempre el territorio nacional popular por excelencia: la zona más densamente poblada de Argentina, que los tambos, el conurbano, las lomadas de San Isidro y las villas convierten en un país aparte. La Provincia es hostil, dura, hecha de "barones" del conurbano, una zona macha. Vidal no ganó la elección confrontando con este perfil dominante, sino presentando un modelo de "mami" para esa provincia masculina. Su rival había sido el dantesco Aníbal Fernández, que por entonces paseaba su lenguaje iracundo y pendenciero de manera constante por los medios: a ella le decían "Heidi", era el bien contra el mal.

"Mariu" estudió en el Misericordia de Flores, un colegio religioso que no forma parte de ninguna élite intelectual ni económica. En esa época, sólo iban mujeres; el contacto con el sexo opuesto se reducía a los hermanos, los primos o los alumnos de los colegios maristas de la zona a la salida de misa. Es un ambiente tradicional de clase media, donde es habitual que las chicas que logran obtener una formación universitaria no persistan en la fuerza de trabajo y regresen al mundo del hogar. Egresada de Ciencia Política, nada indica que hayan sido las conexiones sociales de Vidal las que la volvieron una persona confiable a los ojos de los mandamases del pro. Tenía el perfil de una misionera con vocación, fiel al lema de su escuela: "el corazón a Dios y las manos al trabajo". Empezó como una empleada rasa haciendo informes en la Fundación Sophia, cuando Larreta "la descubrió". Trabajó en anses y atravesó todos los escalafones del pro hasta llegar al Ministerio de Desarrollo Social, y a ser vicejefa del gobierno de la Ciudad. Su perfil de joven política profesional, sin un marido más poderoso que ella, era una absoluta novedad que hacía juego con las ínfulas de renovación política del pro. Mariu estaba casada con un político, Ramiro Tagliaferro, ex intendente de Morón, pero nunca fue

fotografiada con él. De hecho, apenas fue electa gobernadora, se divorció.

María Eugenia es alguien que "puso el cuerpo" en un sentido literal: tuvo que bajar de peso para jugar fuerte en política. Su doctor Cormillot fue Jaime Durán Barba. Había algo de María Eugenia que sobraba, que tenía que limarse para poder servir en el poder. Aquí hay un primer punto donde se puede apreciar la disciplina férrea que el pro de aquellos años ejercía sobre sus agentes: entrenada para el sacrificio, como buena católica –una religión que les enseña a las niñas desde pequeñas a "ofrecerle" cada renuncia a Dios– cada pancho no comido es un escalón que la acerca al cielo. Una ofrenda más ofrecida a Dios.

Mariu se debe haber dejado aconsejar un poco porque su ambición lo demandaba y su falta de coquetería lo exigía. Ajena al arte de la imagen personal, la combinación de colores es un desafío para ella, y la política fue su primera estilista. María Eugenia tuvo que dejar de comer helados no tanto para ganar capital erótico en su vida personal, sino para seducir multitudes en el conurbano. Y para seducir al conurbano, no hay nada como una mujer en jeans.

Mariu empezó a hacer campaña en jeans, y no se los sacó más. El jean marca las curvas pero a la vez acerca, vuelve accesible a quien lo lleva puesto; es la atracción casual de todos los días. Una seducción de mami, de girl next door de la Matanza. Vidal hacía campaña con la V peronista pero sin usar los dedos: sólo la parte delantera del jean. Su estilo Venus de Willendorf puesta a dieta parecía emitir rayos subliminales desde su bajo vientre. Como ninguna otra mujer en política, Vidal no tuvo reparos en explotar su chakra 2, el que va del pubis al ombligo y representa las emociones que se alojan en el centro del plano visual. El top blanco adentro del jean funcionaba como un telón que anunciaba el mirar intenso de su tercer ojo.

Como el diablo, las mujeres estamos en los detalles. Vidal pronto empezó a ser imitada. La peronista Verónica Magario archivó su look de empleada bancaria sucursal Liniers para calzarse un jean insertado con fiereza entre las ingles –exactamente igual que la joven gobernadora. La imagen vulvocéntrica de Vidal, apropiándose de la V peronista pero llevándola a su propia "zona sur", no fue detectada por los órganos feministas. Cuando ganó la provincia, la editora del

suplemento feminista más antiguo, Las 12, se negó públicamente a dedicarle una tapa a la primera gobernadora electa en el bastión macho-peronista. Pero no fue el único caso en el que una mujer de signo político opositor venía a representar una amenaza. Anna Wintour, la legendaria editora de Vogue, se opuso a poner a Melania Trump en la tapa de Vogue USA –cuando Melania, precisamente, era una mujer que venía de la industria de la moda (había sido modelo en su juventud). En los cuatro años que duró la presidencia Trump, Melania fue la mujer mejor vestida en cada lugar en el que estuvo, y Vogue, la revista experta en la profundidad de la superficie, la ignoró deliberadamente. La más prestigiosa publicación de mujeres para mujeres no logró ver a Melania como mujer, por ser "la mujer de".

La joven política profesional del pro se encarnó en las redes sociales como la "mamá de tres soles". Este tipo de cursilería es clave en la arquitectura de la fortaleza de "Mariu". Primero, porque Vidal es la "mami" dulce e indignada: su arte mediático está en modular el nivel de ira, como si pudiera ecualizarla al son de las encuestas. En los enojos televisivos de María Eugenia hay una actitud férrea, pero también una mano que quiere acariciar. Una voz que puede decir "bichi", "mi vida", dar besos con ruido, tomar soda con vino, y pronunciar yo sin haber ido a un foniatra para sacarse la papa de la boca (un activo codiciado en la dirigencia del pro). Hay una autenticidad insólita en esa manera de hablar inclinada hacia adelante, a veces directamente doblada, nunca erguida, casi una pose de preparar la comida.

La promesa cálida de Vidal como milf sólo pareció realizarse una vez, durante su gobernación. Una única foto, donde Mariu parece recostarse levemente sobre Cristian Ritondo, excelso en su rol de chongo subalterno. Ritondo le susurra algo al oído, y ella se sonríe, divertida. Es la primera vez que la vamos a ver sonreír en serio, sin querer convencernos de que es dulce y amorosa. Ritondo es el peronista domesticado, que mantiene intacta la hombría asociada a la "orga", y ella, la chica que a la salida de misa se engancha con un bad boy. Era la postal de la fantasía política más hot: el mando de pro, sintiendo el apoyo del peronismo macho pero cariñoso.

Quizás entonces ya vivía en una base militar de la Fuerza Aérea, con sus tres soles. Habían aparecido cartuchos de escopeta en el jardín de su casa, y se acumulaban las amenazas de muerte. Mariu y el pro lo

atribuyeron al trabajo de la Gobernadora contra las mafias: había dado de baja a cuatro mil policías. La chica del colegio de monjas volvía al claustro. Mariu era fotografiada en cuidadas producciones, con sus botas de caña alta caminando por el barro; confiaban más en el artificio que en el guión vertiginoso de lo real. Aunque era una mamá luchona que convivía con la Fuerza Aérea, a nadie se le ocurrió revisitar Top Gun con la Gobernadora usando Ray Bans.

A través de la carrera de Vidal, puede leerse entrelíneas la disciplina puritana del partido. Vidal es como el personaje de Peggy Olson en el Mad Men del pro. Cuenta Vidal que en 2007 le anunció a Macri que estaba embarazada. "El candidato a jefe porteño la miró como consternado y soltó: ¡Es la peor noticia que recibí este mes!" "Pero escuchame, Mauricio, ¡te estoy diciendo que estoy embarazada! –le insistió, esperando que se alegrase. "Es la peor noticia que recibí este mes, no puedo creer lo que me estás contando." Mariu debe haber vivido con mucha dificultad su maternidad y su carrera. En una entrevista con Jorge Lanata, sorprendió a la audiencia al decir que sus hijos eran cuatro; a uno lo había perdido. Hablaba de una ausencia que se deja típicamente fuera del espectro del discurso social, más aún del político. Para ella ese hijo, detenido en su semilla, seguía existiendo de alguna manera. Era una forma muy íntima de adelantar que estaba en contra del aborto, que creía en la vida desde la concepción. Más tarde contaría que sus hijas están a favor de la despenalización, y que ella lo respetaba. Como Peggy, su arco vital da cuenta de los cambios ideológicos a través de las épocas.

La comunicación del pro tapió toda ventana por donde pispear el universo personal de Vidal. Su maternidad la definía: su fama inmaculada no podía incluir una vida propia. Fue exactamente cuando el pro perdió las elecciones, cuando no fue reelecta y ese link se rompió, que Vidal lanzó una nueva narrativa de su vida. Vidal enamorada, Vidal destapada. Había conocido a su novio, Quique Sacco, en un programa de Mirtha Legrand. A los pocos días, él fue fotografiado cargando una heladerita en la playa, en shorts. Con pericia, Vidal empezó a contar su propia historia: la mami que rearmaba su vida después de su matrimonio con el pro.

Es probable que la complejidad de la mujer profesional no fuera algo que el pro pudiera incluir en su narración. Marcos Peña venía del otro lado de los colegios católicos como el de Mariu: esos colegios de

varones que no conocen el compañerismo de la mujer por fuera de la familia. En un video, ella sonríe con su expresión angelada; pero de pronto la sonrisa se desvanece. Vemos una María Eugenia dura, cansada, seria. Sus músculos no están siendo controlados para agradar; su cara relajada es una resting bitch face. ¿Puede una mujer tener cara de no satisfecha? Existen investigaciones sobre la cara de "mala" que tiene una mujer cuando no está dándole intención a sus músculos: analizando las fotos de celebridades con resting bitch face descubrieron que estas mujeres mostraron altos niveles de emociones subyacentes (algo obvio). Cristina Kirchner ha hecho de su mala cara un instrumento multifacético de presión política, pero en María Eugenia es algo totalmente fuera de esquema. Cristina es la madre con el látigo; Mariu es la mami progre, con valores de antaño. Ella debe pensar, como Giorgia Meloni, que el machismo es también una ventaja para una mujer: no pueden verte venir.

El embrujo nacional

La Argentina (que otros llaman el Universo) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de supersticiones maravillosas. Esta Selección fue un fenómeno psicosomático: una energía que se manifiesta. Estaba en el arquero majestuoso, contándonos sus charlas con el psicólogo, en las brujas argentinas que se unieron para hacer tutoriales de conjuros en tiktok; en el Chiqui Tapia, que contó en un programa que su cábala incluye tatuarse un muñeco Chuky (Chuky, el muñeco maldito: el triunfo todo lo resignifica.). Estaba en la actitud serena de Messi, controlando mentalmente el campo. Por eso la protagonista de este Mundial fue la cabeza, aliada nacional de la magia, y Messi, el tímido que supo imprimirle su mística diamantina a un equipo genial.

Nunca es sólo la pelota, siempre es la pelota y otra cosa. En Argentina, una nación que pierde sistemáticamente contra sí misma, es la única fuente de reivindicación. Messi era un genio incomprendido en Argentina, escondido bajo los tonos menores de su personalidad tranquila: brillante pero benevolente, tímido, al que se castigaba por negarse a encarnar gestualmente los tonos mayores, explícitos, de la superioridad. Como si la superioridad (el poderío) tuviera que actuarse y sobreactuarse fuera de la canchal. Con esta separación entre el trabajo y su persona, entre la casa y el trabajo, Messi puso en escena triunfal a un tipo de argentino esencial: encarnó al trabajador que desea que lo dejen dedicarse a lo que ama, hacer su vida y que lo dejen en paz.

Sin los tonos excesivos de Maradona, cuyo problemas de sobrepeso acarreaban consigo un panteón completo y consistente (el Che, Evita, Perón, y después Fidel, Chávez, y cuanto represor con marketing de izquierda se cruzó), Messi, en cambio, sólo quería jugar al fútbol. Refractario totalmente a la política, Messi es símbolo del argentino que quiere hacer su trabajo y vivir en paz, una especie de posperonismo en forma de Mundial. La selección de Scaloni interpretó con exactitud ese tono menor: el estilo de la Selección cambió, lo que produjo una ola psíquica que aparece en los cantos de la hinchada.

Ya no era “Decime qué se siente”, el canto de guerra contra Brasil en 2014, hecho de desprecio al rival, de tono pendenciero y jactancioso. Todavía entonces, el “aguante” se entendía como un idioma declinado de la mística fricativa del Diego. Ahora, el himno fue “Muchachos”, un tango espontáneo, un hongo mágico que surgió entre las gradas de la hinchada de Racing y voló a Qatar. “Muchachos” es un intervalo en segunda mayor descendente con un glissando futbolero, donde están los motivos tangueros de la Vieja, el Llanto, la Gloria pasada, y el Deseo: la Copa. La gran innovación es la aparición de “los pibes de Malvinas”, los olvidados absolutos del relato nacional y popular. En “Muchachos” hay una concepción de la Nación original: está Diego, Lionel, y los pibes de Malvinas. Los muertos que nos recuerdan que el Mundial también es una guerra.

La Copa es geopolítica destilada: jugamos al fútbol porque no hacemos la guerra, pero el espíritu de aniquilación persiste. Antes del partido, los franceses cantaron su llamado a las armas (aux armes, citoyens/ formez les batallions). Este Mundial tiene lugar mientras se da la última guerra colonial: el imperio ruso que intenta recuperar a la rebelde Ucrania. Mientras escribo esto, Amir Nasr-Azadani, futbolista iraní que jugó hace unas semanas está sentenciado a muerte en Irán por defender los derechos de las mujeres. El escenario que había elegido para su protesta era el Mundial.

La Selección es a la Argentina lo que la Corona Británica a Inglaterra: lo que da sentido de pertenencia nacional y permite tolerar la frustración. Los argentinos no conocemos las virtudes sostenidas de la paz: vivir en Argentina significa adaptarse a un millar de acciones que no tienen sentido. Normalizamos la locura todo el tiempo: ¿cómo puede ser que exista y resista un país hecho de crisis sucesivas y una inflación del 100x anual? ¿Cómo puede existir un dólar para cada objeto de la naturaleza? Pero de pronto, durante el Mundial, cuando juega la Selección, aferrarse a prácticas sin sentido adquiere una pátina mágica. Hacemos cosas absurdas todo el tiempo, pero esta vez como parte de un equipo. No hay, quizás, contradicción entre la locura de la economía y la lógica de la cábala: todo es pensamiento mágico, sólo que una cosa es padecimiento y la otra es pasión. Hacemos tantas cosas desde el sinsentido, que el absurdo es también un sistema de pertenencia.

Tuve el privilegio de ver a Buenos Aires embriagada de victoria, en un

crescendo de oleadas psíquicas. Sin querer, sin buscarla, veníamos de una especie de guerra civil, y nos encontramos con una explosión de felicidad porque de pronto la guerra se terminó. La grieta no se siente. La victoria celebra un fin de guerra, el fin de la guerra civil argentina. El triunfo de Scaloni fue saber controlar ese tono menor: cómo cuidar esa timidez, esa ternura. De darlo todo, de ser magnífico, y que el mundo no se termine, que cada uno pueda volver tranquilo a su casa.

Cristina, escritora

En su célebre ensayo, Ricardo Piglia plantea que Sarmiento escribe cuando la literatura es imposible, porque "la política invade todo".[6] Pero, en Argentina, la literatura invadió todo, incluso la política. Lo que en sitios más prosaicos llaman fake news, en el país post-Kirchner fue el despunte de un género nuevo: el Estado literario.

Aunque el lanzamiento de Sinceramente, el debut de Cristina Kirchner, se vivió como una revelación, poco había de sorpresa: Cristina siempre escribió. Nos cuenta que le hacía los discursos a Néstor y comenta que su capacidad para "hablar sin leer, de corrido, con un vocabulario muy amplio", era "motivo de orgullo nacional" y "admiración en el exterior" (habría que preguntarle al exterior qué siente cuando los argentinos hablan por horas). Cuando fue elegida presidenta, afirmó: "Los argentinos nos merecemos un nuevo relato". Aunque no podíamos saberlo entonces, ungía al electorado como sus lectores.

Como toda autora novel, Cristina buscó pompa y prestigio: se presentó en la Feria del Libro sentada junto a su editor, Juan Boido, a quien el mítico editor Claudio López Lamadrid solía apodar con cariño "Napoleón". Aunque la feria es un evento público, controló personalmente la lista de invitados: de los medios "opositores" sólo avaló a gente de cultura. Al cabo de un año de proceso editorial, el libro se volvía un bestseller.

Si bien la portada lo define como un texto escolar, en la tradición peronista de acercar la propaganda política a las escuelas, Sinceramente es una novela de tesis: la necesidad de suprimir el sistema judicial que la persigue. "Estamos ante una campaña de ataque y demonización a nivel regional", asegura; como Lula en Brasil y Maduro en Venezuela, Cristina es la expresión de los pueblos amenazados por el imperialismo. Su yo literario es una sinécdoque de la patria: tocarla a ella es tocar a la nación. El libreto de los años sesenta sigue intacto; el pasado se repite, nos dice, esta vez en manos del villano máximo, Mauricio Macri, el presidente que derrotó al

peronismo en 2015. El enemigo único y múltiple atraviesa todo el libro; este es, sin duda, su costado más previsible y ramplón.

Pero Cristina descuella en la creación de una voz narradora hecha de sombras transparentes. Se horroriza ante el cirujano que la va a operar: "El tipo tenía una cara que no se podía creer. Yo era la presidenta de la nación y no me sonreía". Llama de inmediato a su secretario: "Wado, andate urgente a Abuelas e Hijos y averiguá si este tipo es hijo de algún militar acusado de lesa". "Lesa" viene a ser crimen de lesa humanidad que Cristina usa a la manera de un diminutivo tierno como "cerve" es cerveza para un borracho. La mirada del otro requiere edición; la falta de adoración se lee como signo de una falta moral o de un complot. A veces, de llana estupidez: "Vi en la televisión un reportaje que le hacían a un hombre de barrio, bien moreno, que decía: 'Yo voté a Macri'. Cuando lo escuché, me pregunté: '¿Qué pensaba este hombre? ¿Que lo iban a invitar al Jockey Club y a Punta del Este por votarlos?'".

El mundo es un entramado de enemigos con agendas conectadas, una matrioshka de Goliats donde Cristina siempre es la víctima. Es una trama revolucionaria a prueba del tiempo y del poder, porque ¿qué humano sensato no se identificaría con David? Esto le da a su yo una unidad militante que no esquiva la comedia. Cuando a su hijo le ponen una mala nota en el colegio por mala conducta, la entonces esposa del gobernador provincial le dice al maestro: "Si usted nos tiene bronca, venga a tirarnos piedras a la Casa de la Gobernación, pero no se la agarre con el chico". Cuando el profesor de Educación Física aplaza a su hijo obeso que no sabe hacer la vertical, Cristina "se pone verde" y renueva el despliegue combativo de su lengua (el primogénito nunca pisó la universidad).

Al leer, pensaba en el profesor Kinbote, de Pálido fuego. En la formidable novela de Vladímir Nabokov, Kinbote es un académico ruso obsesionado con un poeta americano, y la mitad del libro está contada por él: Kinbote persigue a Shade y podemos ver, en velos transparentes, lo que Kinbote cuenta y también aquello que tiene delante y su locura no le permite ver. En teoría literaria, ese narrador se llama "poco fiable". Nos hace sospechar de su sinceridad: o el narrador esconde la verdad, o nos hace dudar de su habilidad para leer la realidad. "Eso del triunfo del neoliberalismo y lo que pasó después con mi caniche mini toy Cleo", reflexiona Cristina en un

recuerdo, le permite colegir que “los animales pueden detectar cosas que nosotros no”. Es que, en una reunión, su perrita le había ladrado sin parar a Magnetto, dueño de Clarín, eje del club del mal.

Mitre, otro expresidente escriba, se dedica a traducir La Commedia en su tienda de campaña, y Sarmiento conquista el francés “en una noche”, como cuenta en Recuerdos de provincia, pero la lengua literaria de Cristina es otra. A diferencia de la propia Eva Perón, la musa principal de Cristina es su tono de voz, que traslada con puntos suspensivos e interjecciones como “¡Mamita!” y “¡qué sé yo!”. El resultado es un manejo magistral del cotorreo de la señora de barrio, sin los manierismos miméticos de un Manuel Puig.

Acaso lo esencial de Cristina escritora es que sienta las bases de un gesto nuevo en su repertorio: la falsa modestia (lo más importante en un escritor, según César Aira). El artilugio de la escritora pasa a primer plano: en su nueva mutación política, Cristina se postula como candidata a la vicepresidencia.

Como Nabokov, Cristina persigue un sueño autoral férreo: tener el control total de lo que se lee, que ese control sea ley. La originalidad de Cristina reside en ser una autora que se realizó primero en el Estado, donde llevó adelante su narrativa con fiereza. Nabokov, que escapó del Ejército Rojo, jamás hubiera soñado con un jefe de gabinete como “Coki” Capitanich rompiendo un diario en tevé, diciendo “mentiras, todas mentiras”. Cristina siempre estuvo en guerra con las palabras, una guerra donde ella sigue buscando el reconocimiento de un talento impar. Su causa es contra los lectores que rompen el pacto de suspensión del descreimiento, los que se resisten al encanto de su voz. Si se postula, es para derrotarlos a ellos —o para salvarlos: porque si descreen, es que han sido manipulados por sus enemigos—.

Santiago Cafiero, galán tóxico de sangre azul

Desde la asunción, arrancó suspiros y memes de faldas recibiendo baldazos para aplacar los fuegos intensos que despertaba. Con su boca jugosa, barbita descuidada y apellido de lord del peronismo bonaerense, "Santi" Cafiero es el primer jefe de gabinete "juvenil" del PJ. Rodeado de caras repetidísimas y acres, Santi era el bombón que coronaba la torta rancia del peronismo triunfal.

Su debut en la escena nacional lo marcó como un anti-Marcos Peña. Santi no era ningún Marquitos: nada de fingida informalidad. Ladero acorde al look "boga gris" de Alberto, el flamante jefe de Gabinete combinó el clásico traje y corbata con pulseritas de cuero, un fulgor de verano en Villa Gesell. Santi era la evolución hot de Marcos: la sonrisa fácil, el pelo en ondas un poquito largo, pinta de winner pero cercano y compañero. Dato: en los actos, siempre le sonríe a alguien afuera de cámara. Esa a quien le sonríe eras vos.

Santi no se quitó las pulseritas nunca más, y si nos abstraemos del traje (si lo desvestimos con la mirada) podemos verlo al sol, tomando cerveza a las risotadas en una pizzería de Palermo. Haciendo un asadito un domingo nublado, extrayendo de la parrilla un vacío tierno, a punto como tu corazón, y lo bastante deconstruido como para picarte la ensalada. Podemos imaginarlo siguiendo el decálogo de la hombría contemporánea argentina y cumpliendo. Si naciste en la Argentina del último siglo, tuviste algo con uno así. Y siempre las pulseritas, como un talismán de autenticidad; sabés que aun desnudo las tiene puestas. No logró enloquecer a la rama femenina al punto de ponerse a vender bombachas con su cara (como sí Kicillof), pero, a diferencia del pequeño gobernador, Santi se proyectó como un novio nuevo para la Argentina populosa, un galán argentino quintaesencial.

Santi Cafiero es el jefe de Gabinete de un exjefe de gabinete: incluso es nieto de un exjefe de Gabinete (Antonio Cafiero, también exgobernador, senador, diputado, ministro de Economía y Comercio Exterior). Este linaje muestra la parte visible del adn en espiral de la aristocracia peronista. El peronismo es un sistema con tracción a

sangre, y Cafiero III es la élite de la élite: como en toda prosapia que se precie, la sangre no será derramada, sino exhibida. Apenas la joven Ofelia es una self made woman: alguien sin sangre, pero con portación de apellido (Fernández, como los Fernández-Fernández). Dentro del sistema de castas del peronismo, lord Santi Cafiero representa una dinastía feudal de la provincia de Buenos Aires.

Después, vino el encierro. Te vimos, Santi, acompañando a Alberto y sus filminas, con sus trajes gris enfisema. La cuarentena seguía, y vos en bambalinas con Ginés García, mientras Carla Vizzotti ponía la cara: para el Día de la Niñez, le pusieron al lado a una payasa. Y un día Alberto dejó de hacer los anuncios. Ante su desgaste, saliste a medirte un poco en los medios. Podrá no gustarte el pj, pero ¿Santi? Ni en los sueños más gorilas podría negarse el factor apetecible del joven Cafiero, acariciando un mate tibio como si fuera una parte tuya.

Todo muy lindo, pero ¿qué pasa cuando Santi abre la boca? Le cuesta organizar su discurso. Si tiene que pronunciarse sobre los derechos humanos en Venezuela, dice: “Nos importan los derechos humanos en ese país, como también nos importan los de la región, y la comunidad afroamericana en Estados Unidos”. Corazón: eso no llega a ser una pirueta retórica. ¿Eras sólo un progre amaestrado, Santi love?

Cafiero sabe ser amigable con los medios amigables y, como todos los políticos, tiene cosas prearmadas para decir. Le pide a la oposición que sea racional y deje la postura antidemocrática, pero no logra pintar a la oposición como antidemocrática (¿lo dice por su insistencia en sesionar, por plegarse a las protestas sucesivas, como haría cualquier peronista?). Su discurso se parece al de los políticos españoles del psoe y Podemos, quizás porque Santi tiene su propio Marcos Peña importado de España. Como Alberto, Santi dejó de hablarle a toda la población: les habla a los convencidos, los politizados que heredaron la grieta y su séquito de odios. Dejó de hablarme a mí. Ahora lo noto: ya no me guiña el ojo.

Y de pronto dice lo que piensa: “Esos que se manifestaron ayer no son ‘la gente’, no son todos, no son ‘el pueblo’, no son la Argentina”, dijo Cafiero después de la protesta masiva en todo el país. Y reconozco esa altivez, esa mezcla imposible de ser superior, clase dirigente y pueblo a la vez. De detentar el poder y hacerte el revolucionario Che Guevara en traje y pulseritas también. De creerte mil porque tu superioridad

viene de cuna, aunque también compraste el pack de que sos pueblo por derecho divino. ¿Cómo no vas a despreciar la meritocracia, si lo tuyo es la aristocracia, el derecho de sangre?

Ahora te veo: Santi Cafiero es ese novio tóxico de “sangre azul”, que nunca cree que estás a su altura. Y como no sos “gente bien” como él, siempre vas a estar en falta: a menos que hagas y seas como él quiere, a menos que tu obediencia a sus posiciones sea total, nunca te va a querer de verdad. Como el prototipo de la rubia tarada, Cafiero funcionaba mejor mientras callaba.

Axel Kicillof, el líder sexy que raptó la educación

Antes de ser ungido gobernador, Axel Kicillof fue bombachas en la exesma. En ese instante, ante esa ristra de pequeñas tangas estampadas con caritas de Axel a la venta (merchandising K), María Eugenia Vidal debió saber que su aventura bonaerense estaba terminada. No tenía chance de repetir la proeza ante el sueño recobrado del peronismo: el líder sexy. Kicillof era un regreso al peronismo gótico, que puebla los cuadros de Daniel Santoro, donde siempre hay fragmentos de algo esotérico, irracional. Una lógica vampírica guiaba esa elección: Axel era el recipiente joven que venía a contener el espíritu (los votos) de la soberana añosa: "Kichi" era el cuerpo rubio y juvenil que Cristina entregaba al pueblo.

Kicillof (que debe acentuarse Kicíllof, a la manera eslava, como si estuviera escrito en cirílico) es el último en la saga de los amores economistas hot de Cristina. Después de fascinarse con Lousteau, Redrado, Boudou (todos centro-liberales, que terminaron en caos y despecho), Cristina cayó deslumbrada, como la Mrs Robinson de El graduado, ante el encanto de su propio Dustin Hoffman marxista: Axel. Todavía no se cansa de él. Axel cuaja en el estilo wannabe intelectual de Cristina, que jugó sus cartas colocando a profesores uba para presidente y gobernador (por profes uba léase: hombres que siempre saben más que vos). La jactancia universitaria de Axel sólo puede compararse con la logorrea iluminada de Alberto, que se dio el gusto de hacer el ridículo diciéndole al premier Pedro Sánchez que los brasileños vienen de la selva y los argentinos descendemos de los barcos, articulando simultáneamente la ira y el desprecio de América Latina con las risas de los españoles.

Experto en el aire beligerante y sobrador de la izquierda contemporánea, Axel Kicillof canaliza un fenotipo aspiracional de la clase media: es el compadrito que fue a la universidad. El estilo pendenciero de Axel es, en rigor, su único link con lo "popular": es lo que liga el carácter altanero del Nacional Buenos Aires con la

provincia. Axel es la cría mimada de la educación de élite porteña: padres psicoanalistas, colegio progre en Palermo, seguido por el Nacional y de ahí a la uba, donde atravesó los escalafones de alumno, activista de centro de estudiantes, profesor y doctor. Pero a diferencia de otro toy-boy de Cristina (Martín Lousteau también fue a "El Colegio", luego estudió en la London School of Economics), Axel permanece intocado por el mundo exterior. Su experiencia y formación fuera del microcosmos de la uba es tan reducida como él mismo. Axel no eligió medirse más allá de la insularidad porteña ni discutir sus ideas fuera de su círculo. De hecho, fuera de algún viaje oficial o una visita de chiquito a Disney World, Axel no conoce Estados Unidos, lo que de todos modos resulta comprensible, porque él ya sabe todo lo que hay que saber sobre el perverso capitalismo (lo leyó en Das Kapital, de Karl Marx, uno de sus muertos favoritos). Caso paradigmático de la élite endogámica nac & pop, Axel permanece desde los 13 años en el mismo exquisito juego de tupperware, de donde nunca salió.

Pero sería un error suponer que la cortedad de miras de Axel se debe a una ambición intelectual pasada por Chiquitolina; se trata de una Weltanschauung, un modo de ver el mundo muy de la uba. La endogamia explica el retraso mental literal, es decir, el retardamiento con el que la mente global llega a la uba. Mientras en el resto del planeta la innovación, la tecnología y la ecología son desafíos que excitan a las mejores mentes contemporáneas, la visión de Axel parece remedar un ideal fósil hecho de la bibliografía ajada de ediciones eudeba. En su modorra provinciana, la uba se autopercibe como la Harvard nacional y popular, a pesar de no renovar los planes de estudio hace treinta años ni habilitar concursos y normalizar el trabajo gratis de docentes. En Argentina, la educación ya no es una vía al progreso económico, sino apenas un rito para ser un poco mejor que los demás; forjada por las crisis sucesivas (la nueva generación no conoce la no-inflación), la clase media argentina ya no aspira a acopiar dinero, sino apenas argumentos para justificar su superioridad.

La época esperó a Kicillof. Cuando Axel era ministro de Economía de Cristina, empezaron a decirle "Excel". Se decía que los soviéticos no habían logrado implementar el control centralizado de la economía porque les faltaba Excel: un cálculo que permitiera controlar todas las entradas y salidas de cada eslabón de la cadena de producción. Sin

embargo, Axel/Excel (el genio kicilloviano en componenda con la herramienta soñada) podrían realizar la utopía soviética. Para Axel, el valor no se crea: toda la riqueza argentina proviene de la pampa húmeda (el equivalente al petróleo en Venezuela). Para Axel, la innovación no existe: todo se liga a esa fuente terrosa riqueza, y por lo tanto debe ser controlada por el Estado, es decir, por él.

"Kichi" tiene algo inescrutable: un hambre de poder a juego con su volumen napoleónico, que lo lleva a compararse con Juan Manuel de Rosas, que lo mira de costado en su despacho. Es fácil jugar a las siete semejanzas con Axel: ambos se encaramaron al poder bonaerense para soñar con el control del territorio completo, usan patillas, Rosas fue un jinete legendario ("Kichi" está subido a un pony), ninguno escondió nunca su atracción por las pasiones autoritarias. Pero Rosas fue un empresario exitosísimo, que conocía el negocio del campo como nadie, y forjó su fortuna administrando sus campos y los de sus primos; en cuanto a Axel, extendamos aquí un manto de piedad sobre el bar que fundó y fundió con amigos, Espero Infinito, pero recordemos el pésimo deal (aún impago) que contrajo con el Club de París y el déficit exorbitante de Aerolíneas bajo su tutela. No tiene importancia: los "malditos cerdos unitarios" de antes son los "gorilas odiadores" de ahora; alrededor de estos anacronismos se organiza la Historia argentina que repite la escuela del resentimiento universitario.

En esa vorágine, Buenos Aires es siempre el centro del mundo. Lo que se venera como pensamiento nac & pop, que permite a Cristina decir que Trump es peronista, que Biden es peronista, es el espejo de un remolino que nivela siempre hacia abajo, donde todas las imágenes acarrean al pasado, a una gloria que ya era pretérita incluso para los trasnochados guerrilleros de los años setenta.

Por ahora, la grandeza de Axel se concentra en las pequeñas cosas. Descuella en la sección subterránea del kirchnerismo: la multiplicación de la burocracia estatal y extensión de la red de poder colocando peones militantes. Crea minigobernaciones (de un urbanismo inspirado en la Rusia de los sesenta) y consolida su estilo camorrista: su jefe de Gabinete, Carlos Bianco, se viste y habla exactamente igual a él, imitando sus inflexiones. Si Axel se permite la primera persona "yo vacuné a la Ciudad", Bianco usa el plural: "Nosotros inoculamos amor". Bianco es el dueño del Clío con el que se paseó haciendo campaña por la provincia, inmortalizado en un spot al

costado de la ruta donde Axel confunde naranjas con mandarinas.

Pero lo más notorio de su gestión ha sido el cierre de escuelas como programa, en una provincia donde más del 70% de los niños son pobres. Aunque Axel pague a sus asesores uba para que elaboren informes que dicen que la escuela multiplica los contagios, la evidencia mundial de lo contrario es abrumadora, e incluso en la Ciudad, con las escuelas abiertas, los contagios han bajado a la mitad. La mentira tiene patas cortas, aunque las patas de esa mentira hayan sido eternas para los niños, que no merecían este desprecio del Estado. El kirchnerismo tiene esto en común con el neoliberalismo: detrás del discurso, siempre hay una razón económica que supera la empatía social. El brío con el que Axel hizo campaña organizando mateadas al aire libre, para bailar al ritmo de "Amor sí, Macri no", tampoco logró inspirar una escuela alternativa en los espacios públicos para los niños de primaria y jardín la provincia, abandonados sin escuelas durante un año y medio por el Estado (aunque los progres pagos insistan en que tienen clases online, aun cuando no tienen computadoras ni conectividad).

Detrás del discurso, deben mirarse los números reales que maneja la provincia. El cierre de las escuelas bonaerenses ha intentado tapar el ajuste salarial: Kicillof pactó con los gremios un aumento inferior a la inflación, una baja de salarios que toleran si no van a trabajar. No se anima a que le hagan una huelga: no fue capaz de plantárseles a los sindicatos, como tampoco supo plantársele al Club de París. Su fuerza es una pose, y su estilo bravucón es sólo un juego de seducción: a diferencia de Rosas, Axel aún no ha demostrado su coraje. No hay duda de que Axel elige con cuidado sus batallas: para esta, se ha metido con gente de su tamaño, los niños. El verdadero virus (para el que Cristina no está vacunada) es su incompetencia, pero el covid-19 no debería disimularla.

Lady Flor en el balcón

Shakespeare nacía y moría hace cinco siglos habiendo pasado algunas cuarentenas en la escritura de King Lear y Macbeth. El confinamiento puede ser un descanso de los demás, con o sin peste. Pienso en Julian of Norwich, una inglesa que se autoconfinó (junto a su sirvienta) para dedicarse a escribir, y en Margery Kempe, otra mística que se emparedó para evitar tener que servir a un marido: el confinamiento era su libertad. Las ermitañas como ellas tenían una razón social: rezaban por el pueblo y distribuían chismes, porque muchas veces sus casillas daban a la calle. Tenían una ventanita por donde les pasaban comida, y ellas asomaban la cabeza y daban consejos. El encierro era una forma de obtener una voz, cierto prestigio social.

Nada mejor en esta época que leer novelones espléndidos, como La montaña mágica, Anna Karenina, y si se lee Rojo y negro aprovechar para aplaudir a Stendhal en el balcón. Pero si no se tienen a mano estos lujos, siempre queda el Instagram de Florencia Kirchner. La joven Kirchner hace un despliegue de princesa torturada, escribiendo poesías en el tono intenso y vago de una adolescente de 30 años. Emparedada en su Instagram (no se puede dejar comentarios), narra su encierro de privilegio.

Cada libro que menciona es un capítulo de su aventura personal. Los libros la explican, y ella se explica en los libros, armando un yo que se identifica con dos suicidas, Plath y Pizarnik. A veces, es más lacónica y le queda mejor: dice que vio a un vendedor de armas para matarse. Con fotos de anorexia sexy, Florencia juega a ser la “pequeña sonámbula” de Pizarnik, la madwoman in the attic: la internación como vía rápida para ser escritora suicida y sobreviviente.

Deplora que ya no puede viajar (“¡con lo que me gustan los aviones!”). Flor puede ser millonaria y reconvertirse en poeta aplaudida por el peso de su status de heredera. El Insta de Flor invita a un juego de percepción: muestra el dinero, pero nadie lo ve. Con el kirchnerismo, el dinero siempre está, pero no se ve: sólo se intuye por la obsecuencia de sus aduladores, esa es su marca. La ideología de moda se entreteje

en su verborragia: habla contra el patriarcado y lo culpa de su enfermedad, aunque el patriarcado salvó a su hija (el padre tomó el cuidado). Flor K es una Kardashian deflacionada: la marca es exhibir el privilegio, el narcisismo como sistema cognitivo. En el caso de Flor, envolverlo en cultura para hacerlo invisible.

La romantización de la locura y el encierro es el tópico literario de Flor, donde la cultura libresca encuentra su función social. La cultura es como aplaudir a los médicos en el balcón, celebrar el gesto noble, elevado que esconde lo real: los sanitarios como caídos de guerra sacrificiales, porque carecen de protección y mueren en el frente. El Estado se ausenta: debe estar ocupado leyendo.

Horacio Rodríguez Larreta:
el cyborg y el teorema de la rubia

De todos los gestos, circunloquios y amagues de Horacio Rodríguez Larreta en los últimos años, su movimiento más evidentemente quirúrgico hacia la presidencia ha sido la presentación de su nueva novia, Milagros Maylin. Como todo en Horacio, el cálculo es rey: lo que aparenta ser un asunto superfluo, digno de los cotilleos rosas, esconde una estrategia de guerra. Todavía no mueve la dama, pero la muestra. Se trata menos del corazón de Horacio que de las relaciones tormentosas que sacuden el corazón del pro. Debe leerse, en efecto, como parte de la pulseada por el liderazgo con Macri, pero es una guerra fluida en varios frentes; fluida, porque sólo lo líquido puede rebasar la grieta.

En el principio fue el chisme: que una joven funcionaria, experta en Tercera Edad, habría conquistado el corazón del alcalde, que le lleva un par de décadas; luego, los posteos furibundos de la ex Primera Dama de la Ciudad, pidiéndole fuerza a Dios vía Instagram, fomentaron esos rumores. Hace unos días, en una entrevista, Horacio se declaró enamorado: “Ella me ablanda, me descontractura”. Escapada de una fábrica de Barbies, la bella Milagros se habría encontrado con la dura coraza del líder, dispuesta a amasarlo, y Horacio, que nunca antes había conseguido emitir signos de capital erótico alguno, devino el eje de una tórrida especulación sexual.

El aporte de Milagros (cuya voz aún no conocemos) es providencial en la narrativa de Horacio, justamente porque Horacio carece de narrativa propia. El actual alcalde se construyó como un hacedor, la encarnación mitad humana mitad cyborg de la gestión, ese talismán de la centroderecha que prescribe “hechos, no palabras”. En este sentido, Horacio es el equivalente al cemento del pro, ese puro “hecho” que no necesita discurso, ya que el Cemento, así como la Cloaca, deberían hablar por sí solos según la metafísica de los objetos del pro (verbigracia, ni el Cemento ni la Cloaca hablaron, y perdieron las elecciones). Milagros viene a darle forma humana a ese cemento.

Su belleza altisonante parece diseñada para destacar las deficiencias estéticas del novio, dueño de un look androide donde la pelada es el muñón visible de una inteligencia algorítmica. La parte invisible son las antenitas que le indican qué baldosa romper, porque "la transformación no para", maníaca en su hacer y deshacer la costra de la ciudad.

Basta observarlo en Tik-Tok, donde Horacio semeja un turista de los asuntos humanos, un mundo al que no pertenece del todo, como si la gestión auténtica (ese despertarse tempranísimo, esa dedicación absoluta al bienestar de los vecinos) no pudiera ser la tarea de un simple humano. Lo robótico es operativo en la marca Horacio, porque su estilo maquínico niega el hedonismo en él (el rasgo que lo desmiente cada vez que se dice peronista), y por eso, con la puesta en juego de la dama Milagros, eso que Horacio es (y que es incapaz de seducir a nadie por sí solo) de pronto se vuelve dinámico. Son teoremas que conocemos desde La bella y la bestia: si la bella lo ama, es que tan bestia no es, y basta con que la bella lo ame para que la bestia deje de ser bestia. A partir de este juego de opuestos, Horacio construirá su discurso de opuestos que se atraen y complementan, de grietas que no lo son tanto, de distintos que se completan, donde cada cursilería amorosa será un mensaje electoral, y viceversa. Milagros es el clickbait soñado de ese cóctel de cursilería y messaging político que, por morbo y encontrará siempre una audiencia para diseminarse.

Rápido como un pantera, Mauricio dio una entrevista a Jony Viale: de todo lo que dijo, Jony consideró que el titular era que Juliana, su esposa, no quiere que sea candidato. Es una afirmación que las acciones de ambos desmienten: Juliana está por presentar un libro en tándem con el expresidente. El libro de Macri (Para qué) tiene un error en la elección de título: con sólo ver la tapa, la pregunta que se forma en la mente del lector es: "Macri, ¿para qué?". El libro de Juliana es la oeuvre de una influencer que vive la simple life de las ricas: fotos de ella espléndida en su huerta, recetas de jugos antioxidantes, planos de gallinas distraídas. En ningún aspecto fue más de derecha antigua el gobierno de Macri que en el rol de la primera dama. La divina Juliana nunca demostró interés en una causa que no fuera el manejo excelso de su imagen, y esto la aleja del resto de las primeras damas del mundo: hasta Melania Trump, Everest glam de las primeras damas, tenía una causa (el bullying en las escuelas). Pero ¿cuántos jugos detox podemos probar? ¿Para qué? Por ahora, Juliana

se niega a explorar otro potencial que rebase el chic elevado del ama de casa ecofriendly.

Exquisita y sonriente, Juliana será la versión sabor avellana del duelo de damas, porque es en sus mujeres donde se juega la emocionalidad del pro, uno de los significantes vacíos claves del partido. En el pro, la emocionalidad es un grial y un desafío, porque sienten que tienen que crearla racionalmente, ab nihilo, porque las emociones y el orgullo reales que transitan (el orgullo de clase) les resultan obscenos, de mal gusto, algo que no se puede exhibir. El uso del cotillón (los globos, ya vintage) intentaba llenar el vacío que dejaba esa culpa de clase. Pero, en la dinámica argentina, las damas bellas son mucho más que un extra: son un arma neutrónica electoral. “Si la economía estaba más o menos ok, con esa tapa de Juliana en Caras ganábamos la elección”, comentaba un asesor cercano a Macri. ¿Quién podría parar a Horacio, súbito dueño de una bomba que parece salida de una tapa de Sports Illustrated? ¿Y quién podría ser más típicamente horacista que una mujer que parece autogenerada por una encuesta hegemónica de en qué consiste ser la más linda?

En este juego de damas, Javier Milei ni compite. El perro Conan, su cónyuge, carece de la espectacularidad de las rivales humanas. Milei consideró que, de ser presidente, la indicada para ocupar el rol de primera dama sería su hermana: “A veces, creo que busco ser presidente para que ella sea primera dama”, reflexionó con su candidez habitual. Una curiosa fantasía incestuosa que necesita la conquista de la patria para concretarse, entre Freud y la Casa Targaryen de Game of Thrones. Es curioso que, enfrascado en sus batallas trumpistas, Milei no note que su propuesta es la más antipatriarcal, pero el discurso de la reacción es más fuerte, a pesar de que Milei, cuando le preguntan por su vida personal, es el único que hace campaña en torno a que prefiere no eyacular.

Por otro lado, adosarse una beldad rubia es lo más peronista que Horacio podía hacer. Para el peronismo, el partido de los morochos, la rubia es el lenguaje del trofeo esencial: es Perón con Eva (y luego Isabel), Scioli con Karina de rodete alto, Luli con Redrado, incluso el malogrado Alberto con Fabiola. (Por eso, precisamente, el “Avanti Morocha” de Cristina: el líder es siempre oscuro, tiene un estatuto diferente a la mera mujer, la que acompaña.)

Las turbulencias amatorias de Horacio desviven a los comentadores tuiteros (que habría engañado a su esposa, que la novia es amiga de su hija). ¿Está bien, está mal lo que hizo? Pero incluso esa desprolijidad implica una audacia que acerca a Horacio a un ideal de choma argentino, hecho de impulsos bajos que lo alejan de la máquina y lo acercan al animal. Horacio es, curiosamente, uno de los pocos referentes políticos que hemos visto en cueros: una foto famosa de juventud lo muestra cubierto de un pelaje oscuro, macacoide, y este episodio amoroso confirma que ese joven mono interior aún vive, íntimo y secreto, dentro de Horacio.

Horacio nunca se depiló ese mono peronista que lo habita, pero a la vez se plantea hacia el otro lado de la grieta como el domador, el civilizador del mono. Una forma elevada del mono sería, acaso, un gorila liberado de su lealtad a la reacción. Incluso si no llega a ser percibido como winner (la genética impone sus límites), el episodio le confiere un misterio del que carecía: la promesa de que debajo del cemento se esconde el amor, la calidez, el dulce monito peroncho, el dogma que el pro intenta comunicar desde hace veinte años como programa de seducción electoral. Horacio sería el eslabón perdido de la política argentina, donde el mono peronista y el gorila conviven en un cuerpo súbitamente deseable por una mujer bonita. Y si ella lo ve hermoso, ¿por qué no podría la Argentina?

Javier Milei, un bulleado para el desierto argentino

“Yo grito”: con esas dos palabras se presentó al público el economista Javier Milei en el debate de candidatos por Buenos Aires. El chillido desencajado y los insultos ya son parte de su marca personal, así como su pelo batido linyera style. Milei admite que grita, porque espera que su conducta sea leída como los exabruptos de un apasionado, un freak, una víctima del sistema. Sus accesos de furia representarían el universo mental de los argentinos: su despliegue neurótico sería el reflejo de lo que le pasa a la Argentina que no tiene voz (y por eso grita).

El estilo bizarro de Milei terminó por cuajar en la escena argentina, que tiende a pensarse como una familia. En una sociedad donde hay Abuelas que son actores políticos, donde las oficinas del Estado se empapelan con duplas matrimoniales (Perón y Eva, Néstor y Cristina), y se celebran las apariciones de nietos, Milei ascendió rápidamente al rol del hijo disfuncional. En las paso , sacó un fulgurante 14%, y las probabilidades de que se consolide como tercera fuerza en las elecciones del 14 de noviembre de 2021 están a su favor. Como un Pity Álvarez de la política, Milei es desprolijo y entrañable: un rockstar desmesurado con un lado tierno, que cae bien.

Milei sueña con ser el Charlie Manson de la casta política: el líder de un movimiento subterráneo sin piedad, con un abanico de utopías audaces listas para detonar el statu quo. Propone destruir el Banco Central, “aplastar” políticos, echarlos a patadas: se declara anarcocapitalista, lo que justificaría su retórica categórica y agresiva. Oscila entre los extremos: pasa de ser la víctima del sistema a victimario del sistema. Su aire nervioso y explosivo se presenta como el caparazón traumado de un corazón bueno y justiciero: Milei quiere ser el síntoma que combate la enfermedad general.

El show de Milei es irresistible, porque tiene un brillo patológico auténtico: es el bulleado que hace bullying. Su despliegue de chico

maltratado y maltratador repite su historia familiar. Milei contó que su padre empleaba la fuerza física contra él, además de violencia psicológica: le pegaba y lo hacía sentir mal, un fracasado, y su madre era cómplice: ella contemplaba las escenas de violencia, pero no hacía nada, no lo defendía. En términos similares describe su relación con el Estado, y es lo que vuelve su performance hipnótica: es la voz del abusado por la autoridad, por el Estado, que estalla en escena.

Ahí radica su diferencia esencial con los políticos tradicionales: Milei parece vivir intensamente su relación de abuso con el Estado. Milei es tan cándido en su dramatismo que todas sus peleas supuestamente ideológicas terminan en psicodramas. Dice que su pésima relación con su padre le dio resiliencia: "Sé que bajo la máxima presión, yo rindo, porque ya lo viví". En efecto, rinde muchísimo en televisión: cualquier pregunta (en general de mujeres) puede transformarlo en un sapo rojo hinchado que agrede a los gritos (donde los que miran son cómplices mudos). Su expertise en economía le da contenido a su rol de maltratador que goza repitiendo estas escenas de autoridad-que-castiga hasta el hartazgo. A una periodista tucumana, le chilla que es una burra y una estúpida ante un auditorio lleno, o le aúlla a un Larreta ausente: "Te voy a aplastar, zurdo de m…", entre otros sinónimos fecales. Caca, aplastar: este léxico del abusado infantil convive con una jerga técnica que Milei arroja orondo y jactancioso como si fueran misiles de precisión (el teorema de Arrow, "falacia" cuando quiere decir error, etc.).

Por eso fue interesante el acercamiento entre Milei y Mauricio Macri. Milei había denostado al gobierno de Cambiemos, pero pronto declaró que Macri "no es casta política": planteó que Macri mismo no habría sido el problema de su gobierno, sino el entorno. Una explicación maradoniana. Milei está tan desesperado por agradar, tan preso de su psicodrama, que no puede resistirse a un halago (especialmente, uno que viene de una figura paterna). Y Macri, cuya correcta clasificación zoológica corresponde al zorro, más que al gato, vio esta debilidad en él: bastaba con elogiarlo para tenerlo ronroneando suavemente junto a él y así robarle la escena. Naturalmente, Milei cree que es su propia genialidad la que lo acerca a Macri, porque su fantasía acaricia un proyecto presidencial. Su 14% que se pliega sobre el 41%, como un boleto capicúa de su padre colectivero.

¿Cómo podrá digerirlo la maquinaria del pro? Milei consiguió lo que

el pro nunca se animó: dar la batalla cultural de las ideas liberales. Él carece de la programática mediocridad del marketing cultural del pro como partido de globos y paz. Como un radioaficionado, Milei sintonizó con el pitch sonoro que iba más allá de la grieta kirchnerista: encontró un tono de la bronca, a la que dotó de su aire de profesor loco. Su reivindicación de la derecha es más bien el hartazgo con la izquierda como sentido común, donde un empresario tiene que pedir perdón y ganar dinero está mal visto. Con su economía punk, "no dejes que los zurditos te roben" caló profundo en esas zonas donde el zurdito es el acomodado del Estado y donde los hombres se tienen que hacer fuertes. Por ese motivo, el gran servicio que Milei le hace a Cambiemos no es económico, sino cultural. Mostró al kirchnerismo como lo que es: el ideario de un progresismo hipócrita de señoras acomodadas cuya gran innovación es suponerle poderes mágicos a la letra "e". Mientras el peronismo se muestra obsesionado con vestirse de feminista (mientras hombres voluminosos gobiernan), y Cambiemos cuida su discurso para "no ofender" como quien sigue una dieta estricta sin calorías, Milei y sus libertarios dieron rienda suelta a una lengua recia y machizada, entre otras ideas más cercanas a la vida cotidiana de los jóvenes.

Milei y la troupe libertaria conformaron una pequeña legión de capocómicos (con el talento tenaz de tuiteros hiperkinéticos como @Ziberial, Dannan y DAN, entre otros); juntos fogonearon un guion que Durán Barba jamás hubiera soñado para rockear los barrios carenciados. Ruidosos y entretenidos, sus exponentes intentan responder a la pregunta: ¿cómo ser hombres? Es un espacio poblado de muchachos y señores intensos donde no hay figuras paternas, como una especie de Neverland de Peter Pan hecha de fans del bitcoin. Sus popes combinan la ostentación con tips sobre cómo enjabonarse correctamente y por qué se debe siempre pagar las salidas a las señoritas (hits de Carlos Maslatón); José Luis Espert parece nacido para animar las mesas extintas de Polémica en el bar; la palabra "trolo" se popularia para señalar la debilidad. Su zona de éxito ya no es ser emprendedores, sino apostar a la timba financiera de las criptomonedas, el deporte nacional de un país que te entrena hace generaciones para transformar los pesos en cualquier cosa que no sea pesos. Triunfa la libertad.

Los actos políticos de Milei tienen el formato de clases, lo que marca la ansiedad de los jóvenes de clase media y clase media baja por

aprender. Se equivocaba Florencia de la V., vocera del desdén del gobierno, cuando se preguntaba en Página 12: "¿Desde cuándo los chicos quieren ir a la escuela? Parece que Sarmiento pasó a ser tendencia". El gobierno tuvo que perder en las paso para darse cuenta de que sí, los chicos querían ir a la escuela. Y Sarmiento tuvo su comeback glorioso, junto a Alberdi y Roca. Con la simplicidad de su historia argentina de escuela secundaria, Milei reivindica a la tríada liberal —algo que, dentro de Cambiemos, sólo osaba hacer a viva voz la historiadora y candidata a diputada Sabrina Ajmechet—.

La pandemia creó las condiciones para pensar el Estado. Alberto puso en escena un Estado activamente perverso: el Estado que quita, que cercena. Bajo el signo de la pandemia, el Estado peronista canceló la escuela, persiguió a los que querían salir a correr diciéndoles asesinos y liberó a los presos (por razones humanitarias). La bancarrota ideológica del peronismo quedó expuesta: su única premisa ("el Estado te da") demostró su mentira. Los que sostenían "el Estado te da" eran los primeros en violar la norma: el Estado que no sólo castra, sino también viola. Al final, "ese Estado opresor" que es "un macho violador", el hit musical que cantaban las feministas a finales del gobierno de Macri, se parecía al peronismo pandémico. Pero fue Milei el que encontró el tono dramático para esa acusación de abuso estatal, de violación y de opresión. En este contexto, donde la justicia no existe, gritar con Milei es aullar: "Mi ley", la ley soy yo. No reconozco la autoridad que me viola, la ley soy yo.

Las dotes de Milei como influencer tienen límites. Lo suyo es el monotema económico: si se sale de eso, Milei puede sostener que el cambio climático es "un invento de la izquierda", lo que delata que se autopercibe como un republicano de Texas. Hasta ahora, Milei no ha debutado en la ironía y la elegancia. Un buen diagnóstico del profundo problema político de Argentina es que sea una persona tan evidentemente desequilibrada como Milei la que hable en favor del sentido común, en contra de la presión fiscal y de la malversación del Estado. El kirchnerismo, dedicado a invertir millones en la adquisición de referentes culturales y medios, perdió la hegemonía cultural ante el golpazo de realidad: tenía a todos los influencers comprados, pero nadie estaba escuchando.

Los dedos troskos de Juliana Awada

Somos súbitamente un país tan feminista que incluso la pluma rigurosa de Martín Caparrós dejó testimonio en Twitter de que, por estos días, no tenía nada que decir.

Experta en la constelación Sur, Victoria Liendo me comenta la polémica en torno a la censura de Lolita, de Nabokov, en 1959. Borges (que no la había leído) recuerda que para Wilde no existen los libros inmorales, sino las lecturas inmorales; la sugestión es el alma de la literatura, y la imaginación del lector, la única capaz de llevarla lejos. La obscenidad, como la belleza, está en el ojo de quien mira, es un valor inestable. ¿Acaso el feminismo también?

Conozco ecofeministas para quienes los desórdenes alimentarios de hoy se deben a que la mujer dejó la cocina, de donde no debió salir jamás. Creen que su misión como mujeres es alimentar: adoran ser reinas en sus matriarcados orgánicos de Chacalermo y Colegiales y apoyan el aborto. Conozco chicas trans que sueñan con desfilar como Ángela Ponce, Miss España 2018, y son un emblema del "modelo de mujer" que otras desprecian. Estas cultivan con primor su vello corporal y no salen sin pañuelo verde, el chic du jour de una ética valiente. Todas me fascinan: son todas feministas.

Otras critican a Juliana Awada, la consorte presidencial, porque les gustaría "otro modelo de primera dama". No observaron el trotskismo de los dedos del pie de Juliana, emergiendo en cada situación fuera de protocolo como un estandarte de libertad y autodeterminación. Como si Awada no fuera artífice de sí misma, creándose con tanto esmero como lo haría una trans. (La huerta es un trabajo, pero ella lo presenta como una extensión más de su savoir faire, el esfuerzo de que parezca sin esfuerzo.) La militante no es más feminista que la que cultiva el arte íntimo de ser humana en el mundo y hacer de sus elecciones una política. Todas son feministas.

Victoria arremete: que la bombacha sea como la pelota, se ensucia pero no se mancha. ¿Puede la categoría de feminismo ampliarse para

una Leviatán mujer?

Victoria Donda, el hada del feminismo estatal

Desde el punto de vista político, era fundamental que se sancionara la ley del aborto no tanto para "empoderar" a las mujeres, sino para empoderar a Alberto. Aunque haga lo posible por disimularlo, Alberto Fernández se encuentra prácticamente abortado de su propia presidencia; al cabo de un año, su gobierno se revela como esencialmente nonato, gracias al poder de decisión de una mujer. "Tu gobierno, mi decisión", parece decir Cristina en cada una de sus epístolas, como si sus cartas fueran plazas llenas y ella estuviera en el centro de todo, arengándolo sin corpiño con el pañuelo verde atado en la cabeza. Por eso, si en 2020 Alberto no había logrado dar forma a su modelo productivo, al menos dejaría su marca en el aspecto reproductivo.

Sin embargo, las demandas feministas no se agotan en una ley: se trata de honrar los derechos de las mujeres que pueblan el suelo argentino. Por este motivo, causó especial revuelo el caso que involucra a Victoria Donda, titular del inadi, y las acusaciones que la enfrentan a su empleada doméstica, que devino en una denuncia por malversación de fondos públicos. El peronismo, que goza jactándose de ser el Hernán Cortés de los derechos, el Gran Conquistador de la justicia social, de pronto tenía a una feminista en funciones captada in fraganti despreciando los códigos primordiales que son emblema de Evita y Perón.

Según los chats y audios de WhatsApp, Donda le ofrece un puesto en el inadi a su empleada doméstica, para ella y su hermana. La empleada trabajaba en la casa de Donda desde 2007, unos catorce años, pero sólo fue puesta en blanco hace cuatro; en esos cuatro años, Donda le pagó 5.000 pesos por mes, sin ningún aumento. Es decir que, en la Maison Donda, durante el gobierno felino de Mauricio Macri no existió la inflación. La trama se afea a medida que Donda intenta embellecerla; dice que no le aumentó "porque cada vez trabajaba menos"; también que le ofreció trabajo en el Estado "como a muchos

otros". Donda tampoco le habría pagado en 2020, cuando las trabajadoras domésticas tenían prohibido trabajar por la pandemia, pero los empleadores estaban obligados a pagarles igual. Como suele ocurrir en los casos de violencia, lo que no se escucha es la voz de la mujer víctima: tenemos que inferirla de las respuestas de Donda y los abogados. En un comunicado, Donda declara esto una fake news y nos invita a mirar sus proyectos e ideas. Veamos.

Aunque es una declarada feminista, Donda votó en contra de la prisión efectiva a los violadores en 2017; no sabemos si llegó a ofrecerles también un plan o un carguito en el inadi, al verlos tan necesitados de amor y empatía. Donda avala el impuesto a la riqueza que impulsa Máximo, el muchacho que no puede explicar el origen de la suya. Como funcionaria, Donda no pareció interesarse por los casos de derechos humanos violados durante la cuarentena, que incluyen muertos a manos de la policía y mujeres como Florencia Morales, que fue encontrada ahorcada en una comisaría de San Luis a la que había sido llevada por violar la cuarentena. Tampoco conocimos su posición ante los derechos vulnerados de Solange y Abigail, dos casos que sacudieron a la opinión pública: Solange Musse, la joven enferma de cáncer que no pudo despedirse de su padre por las restricciones policiales, y Abigail Jiménez, la niña que tuvo que ser cargada a pie por su padre para ir a su tratamiento médico, porque no le permitían entrar en Santiago del Estero. Podemos inferir que Donda apoya trivialmente las causas cercanas a la izquierda y calla en las que pueden complicar al gobierno. La pregunta aflora: ¿para qué sirve tener funcionarias que velan por los derechos humanos siempre y cuando no compliquen al poder de turno, es decir, al propio partido?

Donda es activa en Zooms "contra el odio", hasta ahora el concepto más complejo promovido por la intelectualidad que circunda a Alberto. A veces, Donda interviene por escrito en medios, donde plantea: "No es lo mismo la discriminación que sufre una mujer de sectores medios que vive en una ciudad que la violencia sufrida por una mujer migrante trabajadora doméstica". Su artículo se titula "Un llamado a ennegrecer las políticas públicas", y en esto no puede negarse la consistencia de la funcionaria: como deja en claro la denuncia de su propia empleada boliviana, Donda parece fuertemente comprometida con el ennegrecimiento en su práctica privada.

Hay que establecer algunas diferencias: Vicki Donda no es Pampita.

No se trata de una empleada despechada contra una estrella escotada. La telenovela de Donda la explotadora es un espejo de la saga Triaca, y ambos parecen diseños malévolos de un sádico dios estatal: el ministro de Trabajo que mantenía en negro a su empleada, la feminista a cargo del inadi, que negrea a una mujer boliviana, "no blanca", en edad de jubilarse. Macri no despidió a Triaca en el acto, esperó un par de meses para sustituirlo. En su momento, decían de Macri lo mismo que de Alberto ahora: "El presidente no te mata cuando estás herido".

Pero Alberto ya salió a decir que, para él, Donda no obró mal y sólo "quiso darle una mano a alguien". Esto se explica quizás porque Alberto es un novato en el feminismo y, por eso, no repara en algo más denso: la cultura de servidumbre de la mujer latinoamericana y su problemática relación con el feminismo local. El feminismo vernáculo parece más interesado en importar el concepto de raza de Estados Unidos ("ennegrecer", interseccionalidad, "identidad marrón") que en pensar concretamente que si hay pibas manifestando en las plazas es porque hay otras, invisibles, ocupándose de la casa y la familia. La sirvienta latinoamericana es un problema que el feminismo latinoamericano burgués debe trabajar como prioridad, porque es una práctica que conecta a todas las clases sociales, y la precarización de estas mujeres es prevalente en los sectores medios, como al que pertenece Donda. Aunque se fogoneen la deconstrucción y los micromachismos, el caso Donda pone en liza el problema real del feminismo y ese update de la esclavitud que es la sirvienta latinoamericana. Esa persona amorosa que "te cuida, te quiere" y, por lo tanto, lo que hace no se considera realmente trabajo. Tal vez por eso Donda le ofrece un plan: piensa que, en rigor, ella no trabaja y con un plan puede seguir no trabajando. Si Donda no tuvo mala intención, entonces parece desconocer las condiciones de trabajo de las mujeres "no blancas" apenas blanqueadas, lo que parece conflictivo con su trabajo en el inadi.

Lejos quedaron los suaves días de verano cuando Vicki se paseaba por las playas bonaerenses junto a Alfonso Prat-Gay, el economista más hot que supo acariciar la centroizquierda (en esa época, en el espacio unen, de Lila Carrió). En short y bikini, Donda dejó en claro que tenía un buen par de cualidades para la política: un estilo suelto para conectar con los votantes y cierto perfil rebelde que podía resultar atractivo para la juventud de clase media. Donda no apunta al

segmento de, digamos, una Magario: su target son los sectores medios. De hecho, hace poco estrenó una agrupación, En Común, destinada a seducir a los porteños junto a Víctor Santa María (el citizen Kane de los medios kirchneristas) y el actual ministro de Educación Trotta. Trotta ha dado muestras contundentes de su compromiso con la ignorancia a nivel nacional, dejando fuera del sistema educativo a millones de chicos con su política de un año de escuelas cerradas, y si uno sólo se informara leyendo Página 12, nunca se enteraría del caso de Donda y su empleada. Hay equipo.

Donda parece operar bajo la fantasía de que es un hada del bien, que reparte cargos y planes como sortilegios a quienes tienen la suerte de conocerla y caerle bien. Un hada que irrumpe como la feérica Fabiola bajando del helicóptero vestida de Frozen en el Chaco de tu vida. Sus defensores no la ayudan. Según ellos, haber sido víctima del Estado de la dictadura convierte a Donda en una víctima absoluta; cualquiera que ose cuestionarla estaría automáticamente del lado de los genocidas. Como un hada estatal, Donda estaría siempre un poco más allá de la justicia de los hombres. Sin embargo, podría plantearse justamente lo contrario. Precisamente porque Donda ha sido una víctima del Estado de la dictadura, es que el restablecimiento del Estado democrático debería contarla como una aliada en la transparencia de las instituciones. Pero Donda llega a la gestión pública en un momento del peronismo en que, como en el menemismo, ya no parece necesario fingir demasiada decencia en el manejo del Estado. Sólo queda encomendarse a que los dioses del relato hagan su magia.

Juan Grabois, “Rebelde Way” de la clase ociosa

Si durante los años ochenta y noventa el lugar de donde surgían las jóvenes promesas políticas (de Alfonsín a Chacho Álvarez) era la clase media profesional, la era de Alberto Fernández continúa la demografía cultivada por Mauricio Macri y tiene en las pitucas lomadas de zona norte su semillero de estrellas juveniles. Nacido y criado en San Isidro, exalumno del selecto colegio bilingüe Godspell, Juan Grabois ha tenido un crecimiento meteórico como alter Moyano de los humildes y vocero de las fantasías más extremas del kirchnerismo. A diferencia del expresidente, Grabois consiguió suprimir su “papa en la boca”, lo que le permitió ejercer un lenguaje combativo y proyectarse como un nuevo predicador del caos.

Durante un tiempo, Grabois transitó una clandestinidad ruidosa en los medios, pero hace poco pasó a la acción: se volvió la postal de la usurpación. En un reality show ranchero que duró catorce días, Grabois estrenó su propia Sierra Maestra bajando sobre la estancia de una familia tradicional de Entre Ríos, en compañía de la supuesta heredera despojada. Juntos, heredera y luchador social, fundaron el Proyecto Artigas; Dolores Etchevehere afirma que lo que la atrajo de Grabois es que “es cristiano”. Esa combinación, de ser cristiano y mirar desafiante a cámara con campera de cuero cuando cae la policía, es la salsa donde Grabois se relame: una cuidada puesta en escena guevarista donde él encarna la amenaza al orden social.

Armados de documentalistas y militantes, la toma de Casa Nueva le permitió a cada uno representar el papel al que aspira. Dolores pudo ser la terrateniente sensible, poniendo caras heroicas y envolviéndose en un discurso de victimización y dignidad como quien luce un vestido costoso e indiscutible. Hay que reconocer los méritos de Grabois como productor audiovisual: el casting de su reality ranchero contó con cameos de funcionarias nacionales top como Victoria Donda y Luana Volnovich, e incluso otras más modestas que dormían en el predio. Como en las buenas tiras, hubo drama y humor: las fotos de un

carnero y una oveja muertos por malos cuidados se viralizaron, y fue inolvidable ver a la policía provincial traerle el delivery a los ecoocupas. ¿Quién puede juntar a la policía, a funcionarios del gobierno y la prensa oficial? (La respuesta, más abajo, lo sorprenderá.)

Casa Nueva fue el reality show de Argentina como familia partida: hermanos enfrentados por el control de la tierra, sin poder entenderse. ¿Qué símbolos ponía en escena ese reality? En su rol de bad boy con conciencia ecológica y amor por los pobres, Grabois se proyecta como el corchito erótico del kirchnerismo. Su bullying es percibido como testosterona, un faltante del gobierno de Alberto Fernández, siempre eclipsado por la sombra de la Señora. El peronismo necesita ser el partido de la fuerza y goza agitando el miedo de la clase media de perder lo que le queda, porque cree (erróneamente) que ahí está su fuerza simbólica. Grabois no es un raro ni un místico, sino un sistémico: revigoriza el relato kirchnerista con la épica de la intimidación. En su talante agresivo, flamea el culto del joven guerrero, el ideal viril de la hombría premoderna (que sale en defensa del honor de la princesa rentista ultrajada). Como una nueva adaptación de Rebelde Way, el hit de Cris Morena, pasado por la teología de la liberación.

El conflicto no podía ser más argentino: no se disputan empresas ni fábricas, sólo tierra. El destino del país es, desde Alberdi, agropecuario: no hay década ganada que haya cambiado esto (en efecto, la “década ganada” es el sueño alberdiano amplificado por el megamercado chino). Para el kirchnerismo, la Argentina es una estancia donde el gobierno (bueno) redistribuye la riqueza del agro (malo). Aquí entra Grabois: los perejiles que plantó en Casa Nueva vienen a condimentar ese guiso.

Dice Guillermo Moreno, portavoz sutil del ello peronista, que hacerse el marxista es una buena táctica “para levantarse minas”. Es sin duda parte del arsenal esencial de Juan Grabois, pero la suya es una utopía tan regresiva que hasta la Argentina perdida de los años cincuenta parece futuro (su idea de que el campo capitalista devenga parcelas familiares es medieval). Como abogado, Grabois es más atrevido y original: cree que la ley es algo que se intuye. Le propone a una periodista un “ejercicio mental de empatía”: si estuvieras desesperada, ¿tomarías lo que no es tuyo? Si tu respuesta es sí, entonces la ley debe ser revisada. Grabois tiende a autopercibirse apropiándose de lo ajeno.

Puede revestir estas ideas con agroecología y género y lo hace muy bien, pero lo evidente es que no se le pasa por la cabeza la creación de valor, sólo la repartija de lo que ya existe. Esta chatura es una característica basal de la clase ociosa, que ve en la renta del campo y sus derivados la única fuente de riqueza posible. Aunque su familia tiene campos y él es un "chico bien", las pretensiones agrarias de Juan no están fundadas en el conocimiento del agro, sino en el terreno donde tiene más experiencia: arriar pobres como ganado, para cortar calles y hacer presión política.

El reality cesó, no hubo temporada 2. Pero una vez que la jueza ordenó el desalojo del Proyecto Artigas, y que la policía bonaerense de Axel Kicillof reprimió la toma de Guernica, Grabois fue validado por el presidente de la nación. Como si nada hubiera pasado, el profesor de Derecho Fernández ponderó una propuesta que le acercó Grabois: un "plan Marshall" de cesión de tierras fiscales. Como en las tiras de Cris Morena, Grabois a veces hace de su propio "mellizo bueno": en este caso, el Grabois planificador, sin que importe cómo su reciente aventura de sembrar aromáticas junto a los eucaliptos se llevó con la realidad. Aunque grabó un video admitiendo la derrota, Grabois logró imponer su agenda. El Estado es tan ineficiente administrando la riqueza que produce el campo que sólo le queda llevar a la gente a vivir del campo directamente.

Como la modelo Calu Rivero, Grabois es un joven movilizado por la espiritualidad, en tiempos donde los goces del materialismo son puestos en cuestión. Pero, si Calu abraza el discurso neohippie de la "vida simple" en las afueras de la ciudad, Grabois se aventura al campo con la exigencia de un patroncito prepotente que esconde un ejército oscuro: los trabajadores en negro, el drama de la Argentina sin registro ni representación. Y, detrás de él, vienen los otros: el interés de un populismo ocioso, sin dinero y sin ideas, en busca de una épica. En Twitter, Grabois sólo sigue a Francisco I, el amigo de su padre, que legó la consigna "hay que hacer lío". Y Grabois obedece, a su manera.

Alberto: el telonero a escena

La fórmula presidencial del Frente de Todos contiene dos proyectos artísticos. El de Cristina, la artista del relato que consagró su paso de la política a la literatura en su libro debut Sinceramente, y el de Alberto, que en cambio encarna al artista que quiso ser y no fue —hasta ahora—.

Siempre operador, siempre en bambalinas, Fernández miró de cerca cómo otros eran los grandes, los ovacionados, los talentosos, los que arrastraban votos. Fue jefe de Gabinete de Néstor Kirchner y luego continuó en ese rol con Cristina. Renunció en 2008, durante el conflicto con el campo, la crisis que le dio identidad y dramatismo a la visión de Cristina: un gobierno combativo embanderado en la izquierda calentada por las novedades latinoamericanas de Lula y Chávez (Alberto había desfilado por todos los colores políticos, pero jamás rozó la izquierda).

Camaleón de la trastienda política, no es casual que Alberto haya pasado por (casi) todos los partidos políticos de su tiempo. La historia de Alberto está escrita, en parte, por sus correligionarios traicionados: el diputado del Frente para la Victoria Carlos Kunkel lo acusó de ser apoderado del "partido nazi" durante la dictadura. Al principio Alberto, lo negó, pero luego apareció su carnet del Partido Constitucionalista Nacional (pcn) comandado por el derechista Alberto Assef. Cuenta la leyenda que Assef lo vio en un acto juvenil en Temperley y se quedó prendado del compromiso nacionalista del enérgico y bigotudo Alberto, que pronto escaló y devino presidente de la Juventud de su partido. Según Alberto, el frente de Assef en esa época "era parte de la lista de Luder"; sin embargo, en 1983 el pcn llamó a votar en blanco, y podemos imaginar, según la lógica institucional, al presidente juvenil Alberto empapelando la ciudad llamando a votar en blanco. Era el regreso de la democracia: Alfonsín derrotó a Luder en 1983, pero en 1985 Fernández se las ingenia, gracias a un tío fotógrafo, para entrar en las huestes radicales, en el Ministerio de Economía de Sourrouille, impulsor del Plan Austral.

Otra pasión lo consume: por las noches, Alberto prueba suerte con la guitarra en los bares. Si en política sabía tejer sus relaciones con los hombres fuertes de los partidos que frecuenta, el mundo del arte le era más esquivo. Toca la guitarra desde los 11 años y compone desde los 13; toma clases durante un año y medio con Litto Nebbia, su ídolo. Pero no formó parte de la bohemia cool porteña ni se interesó por la vanguardia de su tiempo. Su inspiración siempre estuvo en el pasado: Los Gatos (la banda de Litto) y Bob Dylan, el cantautor esencial de los años sesenta (que da nombre a su perro Collie). A diferencia de Néstor y Cristina, setentistas consumados, a Alberto lo tira la década de 1960. Su primer spot era un tema de Los Beatles, elegido por él, que tuvo que bajar por infringir las leyes de copyright.

Quizás por aquellos años conoció a Eduardo Varela Cid, que según Página 12 había compilado los discursos de Emilio Massera y dirigía la Fundación para la Democracia en Argentina, el primer trabajo en política de Alberto, según Wikipedia. Cuando termina la presidencia de Alfonsín y asume Menem, Alberto pasa a trabajar en Seguros de la Nación bajo la égida de Domingo Cavallo. Su primera campaña había sido como tesorero de la fallida expedición presidencial de Duhalde, que pierde contra Fernando de la Rúa en 1999. Alberto retorna a la fuerza porteña de Domingo Cavallo: en el 2000, es electo legislador de la Ciudad, donde se desempeña como un operador menor del cavallismo. Da clases en Derecho y teje sus lazos con el Grupo Calafate, hasta que deja la Legislatura para sumarse a las aspiraciones presidenciales de Néstor Kirchner. Su salida fue polémica: el lugar vacante de Alberto lo ocupó Elena Cruz, famosa por declaraciones como “pongo las manos en el fuego por Videla” y “los desaparecidos fueron 254”. El peronismo se escandalizó.

Durante los años de Néstor, Alberto estrenó los primeros conflictos con los medios y periodistas del kirchnerismo, que luego Cristina entronizó en el centro de la conversación argentina. La idea peronista-paranoica de que existen corporaciones malignas que buscan destruir los intereses del pueblo se trasladaba rápidamente al señalamiento de cualquiera que fuera disonante con el relato oficial. Del conflicto del campo surgió la grieta, y con ella la nueva carrera de Alberto. Hasta entonces, Fernández se reconvertía en lo oscuridad, y su deriva política mutaba en relativo secreto, pero a partir de la grieta Alberto ganó notoriedad intentando reorganizar el peronismo para superar a Cristina. En su rol de renegado del kirchnerismo, Alberto empezó a

cincelar su perfil de Judas racional ante “los excesos” de Cristina. No logró vencerla: la fórmula del Frente de Todos es la derrota de su proyecto personal: la Liga de ex jefes de Gabinete del kirchnerismo que armó con Sergio Massa en el Frente Renovador, cuando abrazaron la corta utopía de que el peronismo podría renovarse por fuera de Cristina. Alberto deviene armador de Massa y jefe de campaña de Florencio Randazzo, otro muchacho K con ínfulas que no prosperaron. Cristina es la antimadre: su presencia y su persistencia no crean delfines ni herederos, sino sólo operadores menores que le disputan su liderazgo. Hasta, quizás, la llegada de Alberto.

Fogueado por la grieta, Alberto se sumerge en un género literario plebeyo. Comienza su vida de troll desde el llano, donde afloran sus dotes de poeta marginal: “Pajero estalinista”, “nena mejor aprendé a cocinar”, “sos un boludo con vista al mar” (una ocurrencia de David Viñas para denostar al poeta Pablo Neruda, que vivía en Valparaíso). Las redes sociales son el magma del insulto: lo raro es que los políticos contesten. Pero Alberto no puede resistirse. Enfrenta años duros, prueba su propia medicina: los kirchneristas lo acusan de traidor. Alberto se defiende, a veces a los golpes, como en el video famoso donde empuja a un señor al ritmo de “I’m Coming Out”, de Diana Ross.

Sus exabruptos con la prensa llaman la atención, a la vez que encantan a los votantes kirchneristas. ¿Es un hombre común o se sentirá, como ciertos artistas, investido de un estatus singular que lo vuelve alérgico al cuestionamiento? Un político de carrera como él debería estar acostumbrado a lidiar con preguntas problemáticas: su trabajo es elevarlas como una pompa en el aire, dejarlas flotar y desvanecerse (especialmente si tiene, como dice Alberto, feeling con las palabras). Pero Alberto no puede evitar actuar como un fusible: algo que salta fácil (por sus exabruptos) o que actúa como una figura reemplazable, que preserva a quien sí importa. Como un telonero que acompaña al artista mayor.

Cansados de dar vueltas en el desierto de la fragmentación peronista, Alberto, Massa y también Randazzo vuelven como hijos pródigos al redil de Cristina. Por esa magia única de la política argentina, Alberto declara que cuando vio corrupción se fue del gobierno, pero nunca logra explicar por qué volvió. Alberto no sólo surgió con la grieta, sino que además la encarna: es su mayor capital político. A las palabras se

las lleva el viento, o no: el plan es que sus palabras contradictorias queden y que sus diferencias funcionen como bloques que se apilan, según lo que quiera creer cada uno. Una fantasía hegeliana: Cristina sería el primer momento, Alberto su negación, y la fórmula de Alberto-Cristina sería la negación de la negación (una vuelta al origen recargada).

En la campaña, Alberto jugó a ser el hombre capaz de moderar a la indomable Cristina. Es un tropo patriarcal de un alter marido: ser la racionalidad que aplaca, corrige y endereza la pulsión de la Señora. Como expresa en Sinceramente, ella no se arrepiente de nada, y para los que creen que debería arrepentirse de algo, ahí lo tienen a Alberto, el que quiso ser Bruto y clavarle el cuchillo cuando ella era César. La promesa es dual y contradictoria, y el plan es un misterio. Alberto visita a Lula en la cárcel, mantiene que en Argentina hay presos políticos, descree de que Venezuela sea una dictadura, se muestra fiel a la doctrina del Foro de Sao Paulo, del que Cristina es devota.

“Andá a trabajar de periodista”, le espeta un Alberto mañanero y despectivo al periodista que le pregunta por Cristina. Corren los rumores de que Alberto y Cristina no se hablan desde el último debate, y Alberto no puede ni disimular. Alberto y Cristina hicieron campaña, mayormente, por separado. Como los avisos en la vía pública del Frente de Todos: dos retratos pegados, que no comparten un espacio. Apenas pudimos ver su química: sólo tenemos videos de Alberto hablando (mal) de Cristina, o de Alberto siendo un colaborador cercano de Cristina. Dicen que, en el cierre de campaña en Mar del Plata, Alberto le dejó la suite presidencial a la Señora. Un caballero.

El kirchnerismo de Alberto ofrece un libro y un contralibro: para acceder a ellos, hay que poner en el buscador de Twitter los vocativos con los que intercambia pareceres con sus lectores. Algunos de sus temas musicales están online: canciones de rima limitada que escribió en 1982-1983 cuando militaba con Assef, que Alberto grabó hace poco. Se las mostró a Litto, capo de Los Gatos, que le dio un feedback que Alberto atesora:

las canciones que están buenas, las que no. Copia el sonido de Los Gatos, con parches de Los Beatles; sin capacidad de autocrítica, apenas logra imitar los rudimentos de sus ídolos.

Ella tiene una historia penosa con sus vices: Amado terminó tras las rejas con menos causas abiertas que ella, y Cobos fue su otro Alberto Fernández: el que la traicionó desde adentro, cuando su estilo de gobierno se definía con fiereza. Los rumores indican que fue el mismísimo papa Francisco I, capitán de la Iglesia peronista auténtica, el artífice del acercamiento. ¿Será Cristina la Cobos de Alberto? ¿Se engalanará en sus votos, en su historia de la César argentina que exhibe orgullosa, en su control férreo de La Cámpora en el Parlamento y la provincia? ¿Podrá compartir su pasión por el mando? ¿O será Alberto uno de esos candidatos que eligen un vice faldero, la viuda cansada, sólo interesada en el poder para protegerse a ella y a su familia de la persecución de lo que llama el Partido Judicial? Es el tema fundamental de Sinceramente.

Como Boudou, Alberto quiso construir un mito de autenticidad en ser un poco un muchacho y una guitarra, otro poco un abogado dúctil al servicio del poder. Su perro Dylan es un talismán en son de paz, el símbolo de la lealtad en un partido donde todos parecen haberse traicionado entre sí. Moviéndose entre operadores y empresarios, colegios y universidades, la voz de Alberto aún no enfrentó a las masas; la campaña comenzó en torno a un centro móvil, el tour literario de Cristina, el núcleo donde se juega su estelaridad anhelada. Alberto es como el manager que de pronto se ve empujado al borde del escenario. Las luces lo encandilan, la multitud bulle debajo. Y Alberto sonríe bajo el bigote, los dientes demasiado blancos. Tiene un centenar de canciones inéditas.

Alberto “Golosa Paz” o la decadencia del goce peronista

En agosto de 2021 se volvió evidente que ningún argentino en democracia gozó tanto de la libertad palaciega mientras en el país se violaban los derechos constitucionales como lo hizo Alberto Fernández. “La vida que queremos”, el eslogan oficialista, es la contracara de “la vida que no pudimos tener”: la cuarentena ad nauseam de Alberto I. Por eso, es interesante el estilo “destape” que tomó la campaña peronista, donde diversos candidatos, desde Leandro Santoro a Victoria Tolosa Paz, buscan interpelar las ideas del goce y la “buena vida” y, en el caso de la señora de Albistur, el “garche” de la Argentina como un activo del partido.

¿Cuántos dirigentes recibían a actrices y farándula mientras se violaban los derechos humanos de los argentinos, con el argumento de protegerlos de un mal mayor? En una historia del goce peronista, Alberto sería un caso opuesto al de Menem. La diferencia fundamental estriba en el nivel de libertad que gozaba el pueblo. Menem se convirtió en epítome de la fiesta, porque, más allá de sus apetitos, la fiesta menemista representó algo que excedía su disfrute personal: era la puesta en escena del “1 a 1”. Uno a uno: la distancia entre el soberano y los ciudadanos se acortaba, igualándose, y la clase media tenía la fantasía de vivir su propia fiesta molecular dentro de la gran fiesta nacional del “Turco”: la jarana del presidente era también la suya.

La fiesta de Alberto, en cambio, se volvió un símbolo, porque capta la distancia abismal entre la oligarquía peronista y los ciudadanos. Por eso, la fiesta excede la foto, el cumpleaños de la primera dama celebrado mientras la gente no podía salir de su casa. La Foto mostró la intimidad de un Versailles mediocre: una cena de trece (contando al perro Dylan), donde la monarquía argentina pavea en compañía de sus mayordomos esenciales, en una mesa bien regada y servida. Violar la norma parece tan habitual que Alberto no goza, se aburre mientras contraviene la norma: es la fiesta (para pocos) del poder sin poder

real.

Los invitados de La Foto son el entourage de una diva, una reina contemporánea. Así como los aristócratas tienen ayudas de cámara, doncellas y valets, la corte de Fabiola cuenta con profesionales especializados en las parcelas de su apariencia: la cara, la ropa, el pelo. Se ha minimizado la importancia del peluquero, pero sería injusto no remarcarla. La cabeza de Fabiola tiene varios objetivos: a veces, debe imitar la foto de Eva Perón en San Vicente, la Eva montonera/abortera; otras veces, su meta es encarnar a la Evita princesa que desciende vestida de Frozen al Chaco. En cada uno de estos looks, es muy importante balancear el rubio con las raíces oscuras: porque sólo en el pelo de Fabiola se corrobora la fábula del ascenso social peronista, que va de la morocha a la rubia. En un kirchnerismo que sólo parece capaz de administrar iconografía y símbolos, se trata de asuntos de Estado.

Según una antigua leyenda peronista, los "gorilas" están celosos y quieren castigar el exceso gozador peronista: en esta fantasía, los gorilas son rubios arios que desprecian (y envidian) la felicidad morocha. Por eso, es interesante que Victoria Tolosa Paz, una rubia residente de Puerto Madero, sea quien llame la atención sobre la idea de goce (de fiesta) arrimándolo para su lujoso rincón. Tolosa Paz no desentonaría en un desfile menemista, como una especie de Liz Fassi Lavalle con el léxico del kirchnerismo triste. En efecto, el "teorema del garche" de la candidata "Golosa" Paz (que establece que "en el peronismo siempre se cogió") debe entenderse como un intento esmerado de reasociar el peronismo con una mística de la potencia sexual, que curiosamente Alberto logró arañar justo al comienzo del escándalo: cuando el presidente era sospechado de ser el amo y señor de la cuarentena orgiástica.

Cuando se conoció el registro de visitas a Olivos, llamó la atención que bellas actrices, modelos, periodistas y farándula fueran invitadas a encontrarse con el presidente cuando el mandato acérrimo era #QuedateEnCasa. Al grito de "¡misoginia!", las feministas señalaron que era sexista preguntarse por qué tantas actrices y periodistas mujeres visitaban al presidente durante la cuarentena estricta: esto ponía en duda la virtud de ciertas vedettes. Lamentablemente, las feministas no midieron la fuerza de su embestida. En el fondo, Alberto quedaba mejor parado en la misteriosa fantasía sexual del principio,

cuando parecía el macho insaciable de Olivos, el Calígula peroncho, que lo que vendría después; al menos cuajaba dentro de la economía simbólica que adora el peronismo. Con su habitual sentido de la oportunidad, Alberto esperó al bicentenario de la Universidad de Buenos Aires (uba) para descollar en otro clímax, el de la anomia: ser un profesor uba que viola sus propios decretos, ser el acusado que propone su propia pena. Nunca la anomia tuvo un abanderado como Alberto.

La curva de la caída de la hombría de Alberto se precipitó: pasó de ser el varón plenipotenciario que recibe ardoroso a las chichis públicas a violar la ley para embolarse entre los cortesanos de su mujer. Mientras intentaba recomponer su rol de semental gobernante, Alberto no debió esperar a que el ostensible desdén de Cristina se pusiera en escena. En un acto de campaña, visiblemente molesta, Cristina llegó a darle indicaciones de cómo comportarse en público: "No tomes de ahí. Queda feo". Las cámaras captaron a Máximo, el hijo verdadero, riéndose del adoptivo maltratado. "Alberto no sabe comportarse", dice Cristina: no está a la altura de la construcción simbólica del kirchnerismo. No le pedían que tuviera un plan económico ni un proyecto de gobierno: tan sólo que fuera un acting presidente, que se manejara con cierta dignidad. Por eso Cristina suma su taco selecto al placer de patear a Alberto en el suelo. Incapaz de gestos de empatía reales (como bajar el gasto de la política), Cristina muestra empatía con la gente al sumarse a la ola de desprecio: lo humilla para conectar. Lo cierto es que no podemos imaginar el suplicio privado que atraviesa Cristina: tener que fumarse a su propio Nicolás Maduro en vida. Chávez tuvo la delicadeza de volar antes al más allá.

Atrapados en su falta de imaginación, el teorema del garche de Tolosa Paz es un paseo más por la devaluación conceptual del kirchnerismo. Todo lo que el kirchnerismo creció en solemnidad, en su pose de superioridad, lo dilapidó sin crear recuerdos de algo parecido a la felicidad: sin plata ni ideas, con un discurso remanido y desconectado, el kirchnerismo hace rato se quedó sin maneras de gozar. La saga de la Foto y la Fiesta imaginaria es una panorámica de cómo Alberto sobresale en el arte de la decepción. Si en un primer momento la opinión pública proyectó en Alberto un lujurioso del poder, un pecador que tenía al menos el encanto del crimen viril, ¿qué goce sexual podría prometer el peronismo cuando su presidente llegó al poder sin otra propuesta más que "cerrar la grieta"? Como si hubiera

querido advertirnos de su calidad de eunuco, incapaz de hacer reaccionar a grieta alguna, Alberto Fernández es el alumno que se humilla sistemáticamente mientras intenta agradar a la profesora Radetich que lo reta en público.

El último closet de Horacio Rodríguez Larreta

Después de la explosión de los jacarandás y los tilos, la última Marcha del Orgullo lgtbq inundó Buenos Aires de locas en flor. Sin embargo, la sociedad tiene pendientes fuertes debates de inclusión; al punto que una figura clave de la dirigencia debe salir del closet.

Desde que nuestro alcalde Horacio Rodríguez Larreta está en política, su aspecto robótico ha sido objeto de burla y escarnio. Muchos veían algo extraño en Horacio, un perfil androide que no sabía decir su nombre; algunos llegaron a compararlo al líder reptil de Invasión Extraterrestre. La maldad de los que no respetan al diferente no tiene color político.

Horacio, no hay nada que temer. Sos la primera Inteligencia Artificial en obtener un cargo político de jerarquía en el mundo entero, algo que, si no viviéramos sumidos en la pacatería, debería ser un orgullo nacional.

Los porteños somos expertos en detectar el vaso medio vacío, cachado y de un cristal que claramente no es Baccarat; así, nos perdemos maravillas del tamaño de jacarandás. Argentina es una potencia en tecnología biométrica y a veces estamos tan a la vanguardia que nos cuesta apreciarnos. ¿Cómo explicar que un algoritmo ha decidido romper simultáneamente todas las calles de la ciudad? Y sin embargo, ésta crece y se transforma; el otro día crucé Av. Córdoba, donde Horacio podó el puente verde militar, y el cielo de Palermo se me descubrió infinito.

Sumemos las siglas IAR a lgbtq, para representar a las Inteligencias Artificiales y Robots. Nos lo debemos como sociedad.

Orgullo mal

(al año siguiente)

El Día del Orgullo pasado escribí sobre el closet de Horacio Rodríguez Larreta, del colectivo lgtbqr de Robots. Horacio pertenece a la minoría cyborg con escasa representación en espacios de gobierno; nuestro alcalde le suma un color nuevo a la bandera multicolor, el gris mutante. Basta observar cómo Horacio se asimila al más fuerte. Cuando calla, Horacio le habla a los tapados: los está recolectando. De a poco crea su minoría silenciosa, los que no se animan a hablar contra el Gobierno por temor a represalias.

No hay que temer al diferente. Yo misma crecí en una familia, Filosofía y Letras, donde estaba mal visto amar lo que no es mayoritario. El peronismo es una familia conservadora, que castiga al que ama distinto. Como le pasa a tantas lesbianas: creen que si no te gustan ellos es porque no te la dieron bien dada.

Horacio sacrifica el aire libre, aunque los estudios científicos indican que son raros los contagios al exterior con distancia. Ginés admitió que lo prohibían por “imagen”; al Gobierno de Científicos le preocupan más los símbolos que la ciencia. Mrs Manguel se preguntó si todos los que salen tienen el mismo derecho a un respirador. ¿Tienen los mismos derechos los desviados? ¿Merecen los pecadores igual cuidado que los justos, los que temen a Dios? Esos son los símbolos que se protegen: la vida y la muerte asociadas a la obediencia al Estado, el Dios que decide.

Aprovecho para mandarle un besito a la colega que me dijo (con cariño) que me convenía dejar de publicar estas cosas porque arruinaba mi carrera. ¡Feliz día del orgullo!

Héroes de la cuarentena

El talentoso Sr. Trotta, trabajador esencial de la ignorancia

Sería un error creer que Nicolás Trotta, el ministro de Educación, es un "funcionario que no funciona", la definición misteriosa que Cristina Kirchner sembró como ántrax en su Epístola a los Albertos. Por el contrario: Trotta tiene talentos ocultos que no resultan fáciles de discernir para el ciudadano común. A simple vista, Trotta podría parecer pasivo, ausente, pero su función, que ejerce con maestría en el gobierno, es impedir. La administración de Alberto Fernández se apoya en pilares encargados de frenar: la vuelta de los niños a las aulas (Trotta), las sesiones presenciales en el Congreso (Massa) o la libre circulación dentro del país (Wado). Ese grupo forja una tenaza que impide el movimiento y la libertad, generando una stasis que confunde y desmoraliza, mientras otros son los jugadores libres que avanzan: sobre la Justicia (Cristina), sobre la separación de poderes o sobre la propiedad. En este esquema de tenazas y embestidas debe comprenderse el arte estático de Trotta, que se revela como un trabajador esencial de la ignorancia en la Argentina.

La catástrofe educativa está a la vista: según flacso, un millón y medio de niños han perdido todo contacto con la escuela, muchos de ellos para siempre. Después de pasar a Brasil y Chile en muertos por millón con la cuarentena más larga del mundo, los casos se estabilizaron y reabrieron los casinos, gimnasios, cines y teatros, pero las escuelas siguen cerradas, y aquí puede observarse la pericia de Trotta en obstaculizar el derecho esencial de los niños a educarse. En Europa, la segunda ola trajo restricciones, pero las escuelas se mantienen abiertas para todas las edades: los estudios coinciden en que cerrar las aulas tiene un impacto negativo duradero en los chicos que no se justifica, además, porque la tasa de contagio es muy baja: por este motivo, "las aulas deben ser lo último en cerrarse" (Angela Merkel). Sólo Bélgica y Alemania cerraron las escuelas en la segunda ola, con el plan de

reabrirlas inmediatamente. En mayo, Nicolás Trotta declaró que no habría clases hasta que llegara la vacuna; en noviembre, con lo que se sabe del virus y de las estrategias educativas de otros países, mantiene impávido la misma postura. No sólo eso: pasaron ocho meses y Trotta no previó que las escuelas debían prepararse para la vuelta de las clases cuando la curva bajara; de hecho, el tema ni siquiera estaba en la agenda. Ante esta situación, la oposición ha pedido declarar la emergencia educativa y declarar la educación una actividad esencial, pero el oficialismo no da quórum en el Congreso.

Sin la pandemia, Trotta hubiera pasado más o menos desapercibido en la meseta masculina del gabinete; después de todo, lo suyo no es la pedagogía ni la educación (la viceministra Adriana Puiggrós, que renunció entre rumores de su mala relación con Trotta, tenía una amplia formación). Abogado, Trotta nunca ejerció la docencia, y por lo que puede observarse en Wikipedia acerca de su carrera, su visión de vida era pasársela disfrazado de árbol entre asesorías y consejos. Intenta, sin éxito, ingresar en la Legislatura y queda como asesor de Cavallo-Béliz; pasa unos años como asesor del gobierno de Salta, vuelve a intentar ingresar como legislador, sin lograrlo, hasta que en 2014 pega el salto y es designado rector de la Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo (umet), la alta casa de estudios del Sindicato de Porteros. Allí, Trotta suma algunos cargos más (director de la editorial, de la fundación y del centro de investigación) en una especie de conicet paralelo de los porteros: la Harvard del prohombre multimedial del kirchnerismo, Víctor Santa María.

¿Tiene el gobierno de científicos interés en los estudios científicos que muestran los síntomas de depresión, regresión y retroceso cognitivo en niños con aulas cerradas? Según la bbc, los niños han perdido habilidades como usar el cuchillo y tenedor; en Argentina, donde muchos niños van a comer a la escuela, la situación es naturalmente peor: la escuela es un factor clave para las comunidades vulnerables. (Asimismo, los estudios europeos indican que las escuelas funcionan como un lugar de detección temprana del virus, y no de contagio, colaborando con su control.) Aunque Trotta domina con fluidez el lenguaje revolucionario kirchnerista, sus comienzos con Domingo Cavallo dejaron huella, porque su destreza para obstaculizar lo revela como “funcional a la derecha”: es la cara de un Estado que les da la espalda a los niños y que, en lugar de garantizar el acceso a la

educación, reparte subsidios (Ingreso Familiar de Emergencia —ife—, Asistencia al Trabajo y la Producción —atp—). Un poco de dinero y a otra cosa; después de todo, como dijo Kicillof, organizar la vuelta a las aulas sería “un despelote”.

Aunque parece desconectado de la realidad de muchos padres, la semana pasada Trotta tuvo un momento de empatía. Fue en el programa de Mirtha Legrand: Trotta repitió el mantra oficial de instar a la población a ahorrar en pesos y luego, ante la pregunta de la conductora, admitió que ahorra en dólares y que no piensa cambiarlos a pesos. Le tembló levemente la boca, como si sus propias palabras lo hubieran atravesado en un anzuelo (trotta, en italiano, significa trucha). Trotta prefiere el dólar blue, como muchísimas familias que han tenido que optar por los “jardines blue”: la paraeducación inicial “en negro”, donde una maestra da clases ilegales a grupos de niños pequeños. Además de seguir pagando el colegio cerrado, una amiga me contaba que este año pagó la versión blue del jardín de infantes, fútbol e inglés. Cuando intenté contactar con maestras del interior, era tal el clima de miedo que las maestras blue se negaban a hablar por temor a que les hicieran una denuncia. Ya perdieron mucho como para arriesgarse.

Durante el Proceso, las universidades fueron intervenidas; para evitar el control policial, los profesores (Josefina Ludmer y Beatriz Sarlo, entre otros) organizaban encuentros secretos en casas particulares en lo que se llamó “la universidad de las catacumbas”. Ahora son los jardines de infantes y la escuela primaria los que entraron en la clandestinidad, y esta situación extrema ha llevado a padres, maestros y niños a organizarse en todo el país reclamando el regreso de las aulas (@padresorg, entre otras). Aunque los maestros siguen trabajando a destajo por Zoom, Trotta ha conseguido que su esfuerzo y cansancio sean en vano. Según el Ministerio de Educación, el 78% de los niños de bajos recursos no tienen una computadora propia y hacen los deberes vía WhatsApp: el maestro manda archivos, la madre tiene que imprimirlos en un locutorio, el nene los hace, luego tienen que sacar una foto y mandarlos, pero muchas veces no les alcanza la memoria en el teléfono y no pueden enviarlo. La desigualdad ha implicado una carga extra para las mujeres. A pesar de los múltiples ministerios, agencias y comisiones de género del gobierno, no existe un estudio sobre esta incidencia, y menos una política para paliarlo. Así como los niños dejan la escuela, las mujeres también dejan los

trabajos o los pierden.

Nabokov decía que las formas del lenguaje pueden dar origen a seres vivos; a su vez, el Estado es una forma que cobra vida a través de seres como Trotta, que parece hecho de la materia misma del intestino estatal, engendrado en los laberintos interminables de secretarías, comisiones y consejos. Quizás el mayor legado de Trotta sea resultar él mismo un ejemplo modélico del ciudadano futuro educado por el Estado: un repetidor incansable de consignas, criado para la obsolescencia. “El virus es el mismo; la enfermedad asume el rostro de quienes la padecen”, escribe Claudia Romero, investigadora de Universidad Torcuato Di Tella, en “La mesa” de discusión sobre derechos humanos (lamesa.org). La víctima unánime son los niños.

Ginés González García: chamán de la Cuarentena Más Larga del Mundo

Quizás, debido al apuro de la pandemia, el análisis político dejó de lado uno de los aspectos formativos fundamentales del presidente: la trayectoria de Alberto Fernández en los pubs porteños de los años ochenta, acompañado de su guitarra. Cual Copani precursor, Alberto probaba suerte en la noche porteña “para conseguir chicas”, y el espíritu vintage está intacto: el gobierno de Alberto es como esas bandas tributo que viven de gira repitiendo los mismos hits gastados. Como frontman de una banda de rockeros ancianos, Alberto siempre grita un poco sobre el micrófono para transmitir fuerza y decisión, fatigando con ahínco la energía del desgaste. Basta verlos con su ministro Ginés González García: cansados, ni ellos parecen creer realmente los versos que entonan, pero se deben a un público de nicho que los sigue, y a su propia falta de talento para renovar el repertorio.

Alberto cambió el micrófono por el megáfono; intentaba contener a la turba que aullaba para entrar a la Casa Rosada, al evento que él mismo había convocado. ¿Podía organizarse un velorio en el estilo café concert del gobierno, es decir: Alberto de saco entreabierto y voz hepática frente al mic, y un coro de chicas pagas tirando rimas con perspectiva de género, detrás? Dicen los cronistas que, en el principio

del caos, fue la llegada de Cristina que interrumpió el flujo de gente, buscando una foto regia. A solas con el ataúd, sin llevar luto, vemos que Cristina toca el cajón pero mira la Copa del Mundo, en una composición tan descuidada que parecería del equipo de estilistas de Fabiola (no lo es). Cristina tiende a la Copa porque la merece: Argentina ganó el Mundial de la Cuarentena más Larga del Mundo, Peor Manejo de Pandemia (junto a México, según Bloomberg), y rankea top en Cantidad de Muertos por Millón. El velorio de Maradona fracasó igual que la gestión de la pandemia: con el gobierno culpando a la población civil, a la familia, al enemigo político, eludiendo toda responsabilidad del Estado. Con la muerte de Maradona, desapareció el último argentino que estuvo alguna vez a la altura de su idea de sí mismo. Queda Cristina, que aprovechó el duelo para darle media sanción a la Procuración; jugadora de toda la cancha, la Justicia es su pelota favorita.

Ginés, en cambio, se quedó en casa; lo suyo no es el deporte, sino la ciencia. Sumo pontífice del gobierno de científicos, Ginés cultiva un estilo bonachón y campechano: su figura solar irradia el principio médico que organiza el orden social y policíaco en épocas de peste. Aunque al principio descartó que el virus llegara a la Argentina, apenas España declaró la cuarentena el país se cerró. Dos semanas después, Ginés aseguraba que el mundo ponderaba el "modelo argentino", pero nadie imaginaba que el método Ginés consistía en encerrar a la población durante ocho meses, instaurando un estado de excepción que violaría la Constitución impidiendo la circulación de los ciudadanos dentro del país, cerrando el Congreso y las escuelas durante todo un año. El "modelo Ginés" era, en rigor, un evangelio premoderno y precientífico: a espaldas de las frenéticas investigaciones sobre el virus en el mundo, la cuarentena eterna se limitaba a exigir obediencia de la sociedad al gobierno y la policía.

Si el sentido común de los países fue acotar lo más posible el período de cuarentena, mediante testeos, mediciones y aperturas, el cacique sanitario del gobierno de científicos tenía otras cosas en mente. Se empezaba a dar un nuevo modelo decisional que incorporaba el ingrediente chamánico. Para estudiar la actuación de Ginés, debemos observar sus apariciones montaraces en su hábitat, donde es recibido por grupos tribales vociferando el cántico primitivo: "¡Ministerioooo, tenemos ministerio!", donde "ministerio" es al parecer una palabra mágica que dota de propiedades curativas al chamán jefe.

Un episodio emblemático de la gestión chamánica de Ginés fue el protagonizado por Gobierno Nacional vs. los Runners. Después de meses de encierro, mucha gente reclamaba su derecho a hacer ejercicio: desde mayo de 2020, el consenso científico indicaba que el virus casi no se contagia al aire libre. Pero el chamán Ginés mantuvo la prohibición, fomentando episodios de psicosis colectiva donde los medios del Estado demonizaban las actividades deportivas y, mimética, la gente denunciaba y perseguía al grito de "asesinos" a los que salían a correr en joggineta. La palabra del Estado se colaba en la psiquis panicosa de los argentinos, que se sintieron convocados a emular el bullying que irradiaba el gobierno, buscando sentir, ellos también, los goces de vigilar y castigar. Luego, Ginés explicó que mantuvo la prohibición de no correr "no por motivos científicos, sino por lo gestual". Signos, gestos: la pandemia no se combatía con testeo y rastreo científico, sino con signos y gestualidades. La ciencia era sólo una petición de principio para ejercer la coacción.

Con más gestos que ciencia, el chamán Ginés creó un teatro existencial del absurdo que encerró a millones de argentinos a la espera del pico de la pandemia, el Dios de Esperando a Godot que nunca llegaría. Con sus poderes de brujo tribal, Ginés logró que personas formadas (doctorados, profesores) prefiriesen disolver la responsabilidad del Estado en moralinas flojas como "el odio", la crueldad y "el egoísmo" de quienes salen a correr o a tomar cerveza, para explicar la falla de la estrategia sanitaria. El Estado es la deidad máxima que venera la tribu del chamán Ginés, y es infalible; si una política pública falla, la culpa será siempre de un comportamiento individual o de la maldad intrínseca de ciertos grupos. Para el gobierno de científicos, las conductas humanas no son un dato en torno al cual se trabaja. Otro superpoder chamánico de Ginés: disolver todo recuerdo del lema "El Estado es responsable" y que de pronto se redescubriera al individuo, el culpable fundamental. "La situación se descontroló, pero lo que lo provocó fue el comportamiento social", continúa Ginés, secundado por un coro de muchachos sin luces que, desde la superioridad que da un puesto mal pago del conicet —sus sueldos, como protestaron esta semana, apenas superan la línea de pobreza—, acompañaban la campaña de desinformación del gobierno.

¿Cómo sostener el encierro como táctica única cuando los negocios quiebran y las familias pasan meses sin verse —ni poder despedirse antes de morir—, mientras los políticos se pasean y codean con ricos y

famosos por tevé? Las apariciones de Ginés se volvieron esporádicas (Carla Vizzotti devino el rostro estoico del gobierno), porque cada vez que hablaba transmitía una confusión carente de empatía. La única conexión aparente de Ginés con lo que vivían los argentinos parecía alojarse en el botón de su saco a punto de explotar, donde el traje era la cuarentena de su cuerpo. Es natural, porque la vida auténtica de Ginés se revela en las túnicas chamánicas o quizás, con la llegada del verano ("le tengo mucho miedo al verano", confesó), en un poco de pintura corporal y chiripá. No es raro que Fernán Quirós, en la Ciudad, parezca James Bond a su lado. Como chamán, Ginés no escatima el arsenal de encantamientos de su clan: por ejemplo, que "la pandemia vino después de otra pandemia" (equiparando al virus con el símbolo de la tribu enemiga, el felino maligno Macri).

Mientras la gente aplaudía en los balcones, Ginés jamás propuso aumentar los sueldos de los médicos exhaustos o mejorar su situación económica ni tampoco reducir el suyo. Su ministerio tribal no ha rendido cuentas de los efectos en la salud mental ni de las enfermedades no tratadas cuando los hospitales se cerraron a todo lo que no fuera covid-19. La estrategia sanitaria instauró un estado de excepción donde volvieron a desaparecer jóvenes en el país, como el caso terrible de Facundo Astudillo Castro y las muertes inexplicables de chicas y chicos encontrados asfixiados y golpeados en comisarías, detenidos por violar la cuarentena. Es el Estado haciendo de policía bueno (te cuida) y policía malo (te apalea) a la vez, donde ambos se combinan para violar los derechos humanos. Cuando la misión de Jimmy Carter vino a Argentina a investigar las denuncias por violaciones a los derechos humanos, la Junta Militar lanzó una campaña publicitaria famosa: "Los argentinos somos derechos y humanos". ¿Cómo podríamos violar los derechos humanos, si los derechos humanos somos nosotros?, comunicaban los militares de la dictadura. Se parece lamentablemente a la actuación del gobierno pandémico: desoír los reclamos, las muertes y los derechos humanos violados, amparados en su propia identificación con los derechos humanos.

Volvamos al pub. En el escenario, Alberto canta "La balsa", mientras los Benjamin Button de La Cámpora aplauden extasiados en primera fila. Afuera del pub, las violaciones a los derechos humanos se suceden, pero a nadie parece importarle mucho. La triple A vuelve en forma de Triple G, el pasado y el presente se superponen: Alberto y su

ministro brujo resuenan en el club nocturno como alguna vez brilló Isabelita, la primera presidenta mujer de la Argentina, que supo engalanar los cabarets del Paraguay y enamorar al anciano Perón con su figura y canción.

Correr y coger

La vida en pandemia precipitó un detour del destino sudamericano: antes de convertirse en Venezuela, Buenos Aires está en vías de volverse Etiopía, la capital-estado del running. Los runners inundan las calles y la noche se transforma: así como los animales reclamaban las zonas urbanas, dejándose fotografiar correteando en avenidas, los porteños se lanzan a reconquistar los espacios cedidos a la máquina. Hay que decirlo: Horacio Rodríguez Larreta (conocido referente de la comunidad cyborg) ha preferido privilegiar la biología humana antes que la de sus hermanos aparatos. Grandes avenidas se vuelven peatonales, autopistas del trote nocturno: siempre regida por el espíritu literario, la de Buenos Aires es la única cuarentena que emula un poco la literatura de la peste, que prevé que el día sea noche, que los cuerpos se confundan y que las ataduras puritanas se dejen de lado. Antiguas tradiciones porteñas resucitan: porque correr y coger se confunden, y el amor se hace al aire libre en Villa Cariño, como solía llamarse a los bosques de Palermo cuando los amantes hacían de las suyas bajo los árboles.

“Se acabó la solidaridad con la Ciudad”, dijo al ver a los runners el fofo Sergio Berni, que debería disfrazarse de superhéroe a ver si así se pone una máscara alguna vez. Se filma armado de noche con una ametralladora, pero siempre a cara descubierta para que no perdamos ni un ápice de su fealdad. Una nueva grieta, sedentarios versus corredores, comedores de harinas vs. ketos y paleos, marca la sociedad argentina. Quien corre (y coge) es señalado como un desobediente, alguien que desdice con su cuerpo el miedo instituido desde el gobierno nacional.

Mientras, la vocación policíaca de los sedentarios crece. Es normal: en un país donde la justicia no existe, mucha gente sueña con ser la yuta.

No salgan si no quieren y traten de no infartarse: la precaución extrema que congeló la atención médica está derivando en una mala praxis sanitaria masiva.

“Alberto Mamita” o la doble destrucción de la educación

A propósito de No esenciales, de María Victoria Baratta

En mayo de 2020, la Jefatura de Gabinete publicó El futuro después del covid-19, donde la antropóloga Rita Segato ponderaba el “Estado maternal” de Alberto Fernández, que había dictado la cuarentena temprana en marzo y puesto el cuidado de las familias como prioridad. Aunque buscaba oponer maternal a patriarcal, elevándolo a un nuevo orden feminista, sin advertirlo Segato propuso un esquema psicológico que explicaría muchas acciones y perversiones posteriores del gobierno.

No era la primera vez que la novedad de Alberto aparecía asociada a una primacía femenina. El coqueteo con una feminización presidencial ya estaba presente en el “volveremos mujeres” (el cuidado lapsus con el que Alberto festejó el triunfo, indicando a su vez que no volverían mejores), y también en otra lectura, abundante en el análisis político, donde Alberto es caracterizado como el receptor pasivo, femenino, del fecundo vigor electoral de la vicepresidenta. En su faceta presidencial, Alberto siempre jugó a “atender los dos teléfonos”: en esa cualidad bi radicaba su fuerza para unir a los argentinos. Según Rita Segato: “Alberto nos pide aunarnos […] dice que nos va a proteger y que va considerar las necesidades materiales en su desigualdad. Es por eso que he dicho que parece encarnar un Estado maternal”.

Lo interesante de esta idea del Estado Maternal, de un “Alberto Mamita” que te quiere y te cuida, es que se verificó, en efecto, en la infantilización de la sociedad propulsada desde el Poder Ejecutivo y sus voceros, con un manejo del biopoder que a la vez borró de su consideración a los niños verdaderos. Con el dictado de la cuarentena inicial, se cerraron las escuelas; un año después, cientos de miles de

niños argentinos aún siguen sin clases, con escuelas y jardines de infantes cerrados, y mientras otros asisten con protocolos absurdos. Este es el núcleo del libro No esenciales, de María Victoria Baratta, el análisis de un año desquiciado donde ese Estado Maternal arrasó con los derechos de la infancia.

No esenciales toma forma por capas: es la voz de una intelectual disidente y una crónica de guerra en las trincheras contemporáneas (Twitter) por la educación, el bastión último del progresismo. Otra capa del libro es la desesperación que lo recorre: las madres reales que, bajo "Alberto Mamita", debieron hacerse cargo de la educación de sus hijos, y el surgimiento de una comunidad civil que interpela al poder político, Padres Org. No esenciales es, también, un retrato de familia del campo intelectual argentino y dos estilos de supervivencia en el Estado Maternal: los que viven entre extasiados y temerosos del castigo de esa Mami Estatal ante la cual sólo se puede obedecer o callar, y las hijas e hijos pródigos, rebeldes, que buscaron defender sus derechos y los de sus hijos.

María Victoria Baratta es una rebelde con causa: aunque forma parte del conicet, su libro exhibe cómo tener discusión racional en torno a evidencia científica se ha convertido en una tarea imposible incluso dentro del sistema científico. La aventura de perseguir una idea hasta su conclusión lógica por medio de argumentos y evidencia se encuentra vedada a menos que se profese la misma ideología. Es decir, según qué relación se establezca con el Estado Maternal, que sólo tolera la obediencia o el murmullo bajo, disciplinado y discreto, a puertas cerradas, si es que llegan a surgir diferencias entre lo que piensa el individuo y lo que el Estado desea que se piense.

*

¿Qué clase de madre desplegó el Estado Maternal? ¿Cómo es la relación de "Alberto Mamita" con sus hijos? Los high society peronista y los militantes teens son sin duda los más mimados, los vacunados. Al anunciar las nuevas restricciones, Alberto se ocupa de marcar que, si bien "algunos lo escucharon" (y las reservas de viajes cayeron), otros siguieron sin cuidarse y, bueno, si hay que tomar medidas, es por

culpa de ellos. Atar los contagios a la obediencia (o no) a su palabra es un clásico de la pandemia albertiana, aunque esta vez era el covid presidencial que se diseminaba sobre el micrófono: Alberto es un enfermo contagiado hablándoles a los sanos, un "cuidadano" fallido que circula sin barbijo y no logra reconocerse como uno de los réprobos de su propio discurso.

Viajemos unos meses hacia atrás: corre agosto 2020, o repta. Es la sexta o séptima prolongación de la cuarentena, el Día de las Infancias. El parte de muertos por covid-19 va por cadena nacional: Carla Vizzotti se sienta junto a una payasa profesional. El reporte del Ministerio es el preludio para la payasa Filomena: canta una canción que los dos funcionarios imitan. La payasa no les habla a los niños, les habla a los adultos como si fueran niños. Los hijos de "Alberto Mamita", en cuya figura venía a converger el poder del Estado y la ciencia.

¿Qué pasa cuando los civiles no cumplen las reglas? Las conductas que escapan del espectro de silencio y obediencia son penadas, multadas u objeto de bullying por parte de los "hijos buenos" del Estado Maternal, devenidos en policías vocacionales y empleados de vigilancia. El gobierno desplegó una cartera de militantes científicos que asumían el rol de hermanos mayores, iluminados por su pertenencia a la Ciencia Argentina, entendida como espejo de las medidas del Poder Ejecutivo Nacional.

Recuerdo que me llamó la atención que no se hablara mucho de los efectos del encierro en los niños y del cierre de las escuelas. En España, donde pasé 2020, los medios bullían de artículos indignados de pediatras, psicólogos infantiles, médicos e incluso filósofos que encontraban que dos meses de cuarentena habían sido una crueldad extrema para los niños, especialmente cuando ya había evidencia de que tenían muy escasa carga viral y el virus no era mortal para ellos. En el artículo "La asombrosa desaparición de 7 millones de niños españoles", un filósofo marcaba cómo incluso los perros habían recibido más respeto a sus derechos que los niños. Daba en la tecla: ¿qué viene a ser un niño para el Estado? ¿Qué viene a ser un niño visto a través de sus normativas? "Personal no esencial", como marca el título de este libro de María Victoria Baratta.

Pero en Argentina, que ostenta —junto al dulce de leche y la birome

Bic— el formidable récord de ser el país con más psicoanalistas por cabeza del planeta, fueron los discípulos de Freud los que desaparecieron. La jerga lacaniana se utiliza habitualmente para analizar geopolítica, medidas económicas, feminismo y literatura; sin embargo, se había vuelto muda. La salud mental de la infancia no llegó a inspirar comunicados, reportes ni juntadas de firmas (grandes aptitudes del mundo psi y de la intelectualidad argentina en general). ¿Era la influencia de Lacan sólo una pasión de la progresía argentina por escribir mal? Una psicoanalista de la Asociación Psicoanalítica Argentina me comentó, off the record, que si nadie hablaba era, fundamentalmente, por miedo. Miedo a ser señalados como contrarios al gobierno, hijos malos del Estado.

No esenciales echa luz sobre un problema más amplio: la doble destrucción de la educación en Argentina. La tragedia educativa que hizo que millones de niños se cayeran del sistema escolar puso en evidencia asimismo el estado decrépito de la educación superior. Muchos becarios, investigadores y demás miembros del sistema científico se han visto reducidos, junto con sus paupérrimos salarios, al estatus de una corporación de planeros chic con doctorados, en tanto su voz sólo puede funcionar como médium de las medidas del gobierno. En efecto, el sueldo de investigador es prácticamente un plan de asistencia social, y mientras "el pancho y la coca" es el símbolo del rebaño subordinado a los punteros para sus demostraciones de fuerza, los investigadores también son vigilados por superiores y colegas a quienes no deben irritar y que exigen, velada o abiertamente, un esprit de corps de obediencia gremial al partido. (¿Se puede investigar realmente en estas condiciones? ¿Se puede pensar así?)

Muchos entienden que su misión es callar todo lo que puede llegar a incomodar al gobierno, o a cierto universo de ideas supuestamente progresistas sobre las que el gobierno se apoya, que en apariencia constituyen su estructura sentimental, pero que tienen más que ver con maneras de posicionarse ante temas de actualidad (las demostraciones de fuerza en la arena pública). Al parecer, para hacer ciencia en Argentina primero hay que leer el diario: ponerse al tanto de lo que el gobierno quiere que se diga, lo que quiere que se tome como sentido común, porque cualquier posición diferente 1. Me puede traer problemas en el trabajo (mi superior es un "hijo bueno" del Estado Maternal, la universidad donde trabajo vive de plata del Estado Maternal) y, 2. Implicaría posicionarme como un "hijo malo" pasible de castigo, aislamiento y cancelación. Creer que los miembros del

sistema de universidades públicas tienen como rol sumo ser los cheerleaders del gobierno es haber perdido totalmente el rumbo de la educación como formación de espíritu crítico, además de una devaluación ruin del rol de investigador.

Con el fracaso de la política sanitaria, el gran logro de Alberto ha sido la devaluación total del progresismo, divorciado de su rol tradicional de guardián de la educación. A un año de ese "Estado maternal" imaginado por Segato, "Alberto Mamita" se revela como ese tipo de madre que proyecta en sus hijos e hijas sus propios defectos, que prefiere asustar y meter miedo; que, con cada aparente gesto protector, en realidad te está diciendo: vos no sos capaz. Alberto es una milf poco convincente; no es raro que genere una reacción popular del tipo "minga" o "¡tu vieja!".

*

Giorgio Agamben escribió que los Estados habían encontrado, vía covid, la excusa para acelerar un estado de excepción: donde el biopoder avanzara como nunca sobre los seres. Estas democracias aparentes son, según Agamben, Estados totalitarios disfrazados de democracias, porque tu derecho te puede ser quitado, y podés ser reducido al estatus de "pura vida", torturado o muerto. El homo sacer (hombre sagrado) es un emblema del poder soberano: el poder de decidir qué vidas se salvan (y se vacunan) y cuáles no. Qué vidas son esenciales y cuáles no. En Argentina, el homo sacer fueron los niños: puer sacer, niño sagrado. Pura vida despojada de derechos, declarada "no esencial". La pura vida en nombre de la cual se labra una nación y la pura vida que queda rehén de esa nación por ser considerada no esencial. Y esto es lo que el libro de María Victoria Baratta se anima a decir y pensar con evidencia. Ella rompió el pacto de silencio.

Alberto conducción

Cuando escucho el eslogan peronista de “Alberto conducción”, no puedo dejar de imaginarme que el Estado es una gran remisería, donde Alberto es el remisero en jefe. Los trajes grises que se pone ayudan. En el logos remisero argentino, dentro de su cápsula, el conductor es el rey del corso y siempre está conquistando el mundo, aunque la mala fe ajena, los contreras, oscurezcan el parabrisas. Enumera las destrezas que resplandecen en las filminas de su mente, parando de vez en cuando para decir “¿se entiende?”. La curva de infumabilidad asciende y te ponés auriculares, te abrochás el cinturón.

Afuera pasan cosas graves. Los violadores están sufriendo trastornos de sobrepeso y bulimia en la cárcel, por lo que el juez Violín atendió su reclamo facilitando la liberación de 2.700 presos, incluyendo femicidas, violadores y asesinos. Sólo en Argentina el Poder Judicial tiene decretada feria extraordinaria, pero se habilita trabajar sobre los intereses de los presos mientras el resto de la sociedad continúa bloqueada. ¿Puede haber algo más patriarcal que atender a los asesinos antes que a sus víctimas?

Violencia es que vos estés encerrada y los femicidas, sueltos, pero las feministas feroces de antaño se disciplinan ante el mansplainer en jefe. La coreo desde casa tiene libretos: Mengolini exhibe su prejuicio al decir que la protesta por la liberación en bloque de presos “esconde el odio que sienten por los pobres”; otras están más preocupadas por la baja de Mad Men en Netflix. Dramas del funcionariado burgués. Alberto avisa: hay una línea “única a nivel global” para las que sufran violencia y es… ¡un teléfono de WhatsApp!

Leemos los crímenes de violadores con nombre y apellido, pero son conspiraciones mediáticas, dice el conductor. La pandemia es un teatro de la verdad: expone lo que está roto. Una revelación que haría las delicias de Cristina: “¿Viste que hay que reformar la Justicia?”. Alberto conduce, pero el auto es de la patrona.

Los payasos y la muerte

Alberto encaró la pandemia como una mezcla de padre y profesor. Con sus filminas y su tono cansino, el presidente repitió hasta el

hartazgo que su prioridad era cuidarnos y que, bajo su comando, Argentina era un ejemplo en el mundo. De vez en cuando, sacaba a relucir un cachetazo a los medios, como para que quedara claro quién mandaba. De a poco, su autoridad perdió lustre: no sólo daba datos erróneos de otros países, que lo refutaban, sino que sus anuncios —su política— consistía en puras renovaciones de la cuarentena, el método utilizado en la Edad Media cuando no había ciencia.

Por eso el Día del Niño fue tan especial. A la izquierda de Vizzotti, en el lugar reservado para el invitado de color (una feminista potus, el hiji de un ministro estrenando carguito estatal), había una payasa profesional acompañando el parte de muertos de covid-19. La payasa y los funcionarios hicieron una coreografía, pero sería un error creer que el mensaje estaba dirigido a los niños (ningún niño vería eso). Por el contrario, el target eran los adultos infantilizados por la cuarentena eterna. Los hijos del discurso paternalista de Alberto, que deben aceptar su palabra sin protestar ni compararla con los datos de la ciencia o el resto del mundo. Eso sí, Alberto es un padre buena onda: te deja hablar como quieras, con la e y con la i, hacer cosplay. Ni aborto ni aumento a los sanitarios, pero sí lenguaje inclusivo en comisiones de género y, por supuesto, gabinetes para la transversalización de las comisiones de género. El Estado como una mamushka constipada incapaz de abortar.

En esta gran familia argentina, donde siempre hay una Abuela alzando la voz, Cristina es la madre que trabaja, la que lleva los pantalones en la casa. Ocupada full time en su business (asegurar su impunidad y la de los suyos), no tiene tiempo para ver en qué andan los chicos. La política es el juego de los adultos reales, los que hacen y deshacen mientras el resto sigue en penitencia. Rebeldes, las gentes tomaron las calles: querían marcar como fuera que no estaban “en casa”. El cuco ya no funcionaba.

Ahora el peronismo necesita una buena hortaliza que cuelgue delante y organice un poco el movimiento. Cristina, la madre que lleva los pantalones, es un elemento que emascula a Alberto: el poder lo tiene ella, y eso marca lo evidente: no puede tener el pene ella. Esto explica el ascenso del esforzado regordete Sergio Berni. Como ministro de Seguridad de la provincia donde desapareció a manos de la policía el joven Facundo Astudillo Castro, Berni no tiene logros que mostrar: se filma entrenando, con fierros, a ver si puede convocar la fantasía del

macho argentino. Recio, dispuesto a todo, el fantasma de un milico cariñoso con las armas largas.

Quizás si sigue entrenando, Berni consiga ponerse en forma. Mientras, Santi Cafiero podría ponerse a la altura y filmarse haciendo fierros sin camisa, dejar las medialunas y ensayar la coreo con Pedro Cahn y el Capitán Topa.

Tapate la boca

En España, las autopistas despliegan el lema “Quédate en casa”; en Estados Unidos, “stay home stay safe”; en Catalunya, “Quedat a casa”; pero en Argentina, los carteles rezan “Tapate la boca”. Tapate es mucho más que un eslogan.

La ministra de Seguridad Frederic hace ciberpatrullaje en las redes para chequear el “humor social”; un chico hace un chiste en Twitter porque no le dieron un subsidio, escribe la palabra “saqueo”, y va preso. ¿Qué clase de cientista social pretende medir el humor si no puede entender un chiste? El despliegue estúpido de la fuerza policial sienta un precedente gravísimo, que marca el humor social. Ojo con lo que tuiteás: el gobierno de científicos puede no comprender el lenguaje natural. Tapate la boca o vas preso.

Pequeño cuerpo lácteo disidente, retuitea el presidente, en alusión a un periodista que analizaba la actuación del gobierno. Traduzco el tuit al lenguaje del respeto y la inclusión: el tuit original era peor. Luego Alberto cae en que desde su cuenta se insultó al periodista, pero igual “sostiene” la crítica: más vale taparse la boca. La mascarilla que promueve el gobierno está hecha con el material de la censura.

Lo extraordinario de “Tapate la boca” es que los funcionarios ¡no se la tapan! Alberto acude con el conde Kicillof a ver a los barones de La Matanza: ninguno usa barbijo. Kicillof visita un hospital sin barbijo; Alberto da mensajes a centímetros de sus ministros. Jamás vimos a Alberto, que estuvo internado hace poco por una afección pulmonar, con barbijo. Es notable: hasta el payaso de Bolsonaro circula con barbijo.

Estoy por evocar la sombra terrible de Facundo para que me explique, cuando me entra una llamada de mi amiga historiadora Sabrina Ajmechet. No es Sarmiento, sino Marc Bloch, me apunta Sabrina. En Los reyes taumaturgos, Bloch muestra cómo en el Medioevo dos reyes se convirtieron en curanderos milagrosos. La enfermedad no los tocaba, porque estaban imbuidos de Dios, lo que les daba poderes curativos; un rey te tocaba y te salvaba de la peste. Los gobernantes argentinos se ponen por encima de su población: por eso lo que la gente necesita para salvarse no se aplica a ellos. No son personas con puestos importantes: actúan como seres diferentes, por la magia del voto popular. Se entiende por qué les resulta delirante pensar siquiera en bajarse los sueldos, como hizo la clase política en otros países. Hay que avisar a la oms: el peronismo es la vacuna para el coronavirus.

Alberto cosplay y Cristina dentata

El año 2020 sigue su tránsito implacable y los velos se descorren. En pocos días, el último velo que quedaba sobre Alberto cayó, y vimos su bigote libre de barbijo junto a los Moyano y esposas, reunido y sin distancia en Olivos: el profesor de Derecho que viola su propio dnu. El viento de la desnudez llegó hasta la tele, y la genitalia patricia de Esmeralda Mitre dijo hola en el Cantando 2020, asomando al mundo desde su minifalda. (Hasta Moria pareció estremecerse y debutó en el pudor.) La ola no se detuvo y llegó hasta Duhalde, el antiguo capitán de tormentas: después de reunirse con Alberto, el "Cabezón" circuló por programas de tele tirando que temía un golpe de Estado.

El oficialismo agota su repertorio de épicas fallidas: sólo faltaba agitar un golpe para intentar "unir a los argentinos", como luego explicó Duhalde reculando (Alberto también explicó Vicentin como su intento de "unir argentinos"). El gobierno desplegó a sus combatientes: un conductor de c5n llamó cobardes a los veteranos de Malvinas, pero olvidó un detalle: ¡era agosto! En Argentina, nadie piensa en Malvinas a menos que sea abril o junio; intentaba provocar a algún carapintada trasnochado para pasearlo en los medios y alimentar la fantasía. Una tuitera mustia compartió capturas de chats de supuestos jefes malignos "que le llegaron" planeando oscuridades. Olvidaban que los militares

argentinos apenas pueden comprarse zapatillas.

Alberto comenzó su pandémica presidencia con un discurso de unión, que devino en un turbio estado de excepción atravesado por gravísimas violaciones a los derechos humanos a manos de la policía: una cuarentena que nadie cumple, pero que despoja a los ciudadanos de sus derechos y garantías constitucionales, como el acceso al trabajo y la educación. Ninguno de los intentos "ideológicos" levantó vuelo. No funcionó Vicentin, ni reavivar el conflicto con Clarín: sólo se volvió evidente que Alberto sólo es capaz de retomar la agenda de Cristina 2011-2015.

Desnudo Alberto, el emperador no tiene más ropa: pero el esperable atuendo de bolas y próstata dio paso a algo más siniestro. Alberto no es más que Cristina trans. El albertismo carece de imaginación propia: su potencia se invaginó. Alberto es Cristina, pero asediado por la Cristina real, la Cristina dentata, el monstruo mitológico que agita las aguas del Senado. Queda Alberto como una travesti sin carteras, sin glamour. No alcanzó la pandemia, no alcanza "el rol de los medios" como zares del mal para organizar a un gobierno que sólo piensa en asegurar su impunidad y el enriquecimiento de su clase dirigente.

El problema es que hacer de Cristina y no serlo cuesta caro. Puede llevar adelante la agenda de ella, cumplir sus fantasías, pero siempre podrá ser acusado de ser Alberto. Cualquier persona trans sabe que lo esencial no son las hormonas ni la operación que construye una vagina, sino haberse percibido interiormente como mujer. Ese es el problema: Alberto no parece haberse autopercibido nunca nada: su condición de hombre sin atributos, pura apariencia, tan esencial para el rosquero profesional, le impedirá siempre acceder a una sustancia real. Caen los velos, y se abre el telón.

Falopa libre

Un lector se queja de que menciono el cliché de Cristina y sus carteras Louis Vuitton y tiene razón, la marroquinería de Cristina no se agota ahí: sólo en Comodoro Pi desfiló sus Chanel, Dior, Stella McCartney y Gucci, entre otras. Sin duda, ser perseguida por la Justicia requiere

elegancia, y es lo que más me gusta de Cristina, la puesta en escena de su yo novelesco. El feminismo sesudo considera la apariencia y el estilo como un tabú, algo que no debe ser mencionado entre gente seria, pero, como dijo Oscar Wilde, "sólo la gente superficial no juzga las apariencias". Es de "buen tono" mirar el discurso, pero Cristina siempre se expresa en lo que no dice: jamás le hemos escuchado una sola palabra sobre la cuarentena o al menos un homenaje a las víctimas.

Nuestras preferencias dicen mucho de nosotros: son el inconsciente en escena. Así, la intendenta de Quilmes saca inglés de las escuelas públicas, pero manda a sus hijos a un colegio inglés de élite, y Luis D'Elía se atiende en una clínica privada en Recoleta igual que la "puta oligarquía" que ama denostar. A través de los objetos, se hermanan con quienes desprecian. No son las contradicciones que nos hacen humanos: es el discurso rancio lo que los vuelve robots.

El peronismo reciente es un software mal hecho: cualquier operación da siempre el mismo resultado. Los "gorilas de siempre" contra el pueblo. No hace mucho, dos sociólogos se planteaban en la Revista Crisis: ¿qué hacemos con Mercado Libre? El texto era olvidable: peronismo de poltrona que juega al guerrillero en Facebook, pero cerraba con una cita llamativa. "Nacionalizar una empresa no es una gesta patriótica, es tomar el control público de algo demasiado importante para la sociedad como para que siga en manos privadas"; eso que no puede seguir en "manos privadas" sería justamente lo que habría creado Galperín y su equipo en veinte años.

"Pensé que saldrían a festejar", musitó Alberto, el dt de la cuarentena más larga del mundo, cuando quiso expropiar Vicentin. Trató de vestirlo de gesta patriótica, y no salió. Moyano bloquea las operaciones de meli, porque quiere obligar a que inscriban a sus trabajadores como choferes, aunque no lo son. La clásica falopa extorsiva de la oligarquía peronista que hunde a los trabajadores reales. Como esos sociólogos, Moyano hace lo que puede: es incapaz de crear valor y entender un problema estadístico simple.

En Argentina, de 42 millones de personas surge un Galperín, como debe haber uno en Nigeria o Albania. El Estado no tiene chances de hacer 42 millones de experimentos, porque hay sólo un Estado y las probabilidades están en su contra. Se conocen cero cosas que el Estado

administre bien; Kicillof sacó una app Cuidar: podés subir una selfie en culo y la lee como un recibo de sueldo. Si el capitalismo puede soñar el futuro, es porque siempre hay alguien al que le da la cabeza.

Alberto y el pen-e

Cristina y la oposición están alineados: los dos contemplan con agrado el deterioro progresivo de Alberto. Alberto le pone egg, le da su pulmón descosido al covid: va a todos los programas, quizás confiado en que volverán los días en que su imagen repunte. Su abnegación en la tarea comunicacional podría contar con otros fusibles, pero Alberto es el fusible por excelencia, sometido al desgaste permanente. Sus lazos con la empatía y el sentido común se erosionan: su tendencia a culpar a la población por el aumento de casos, y frases como "querían salir a correr, salgan; ahí están las consecuencias", lo colocan en el rol de un padre imposible de respetar. Es empujar el paternalismo donde ni el paternalismo quiere ir. Aunque a las feministas K les encante que un papi autoritario les dé cátedra, la población no es tan sumisa.

Alberto crea involuntarios shows feministas. Manda a la periodista Cristina Pérez a leer la Constitución porque no le agrada cómo plantea una pregunta; un conflicto donde la mujer se luce y el Presidente hace gala de su escasez retórica. Como muchos peronistas senior, Alberto tiene un uso muy limitado de la ironía, siempre está hablándole a la hinchada para que entienda. Alberto no maneja el arte borgeano de la injuria; hay tantas maneras de mandar a alguien a estudiar sin decírselo, pero su respuesta lo humilla a él. No es un evento particularmente misógino: hay que entenderlo a Alberto como un pollerudo de Cristina, al que se le volvió irresistible hacerse el fortachón con otra Cristina.

Alberto le habló como una igual, porque ahora son lo mismo: los políticos y gente de la tv forman parte de la clase libre que puede circular y abrazarse por los sets sin ser llamada irresponsable, mientras el resto (los encerrados y retados) miran. Es formidable que la televisión sea una tarea esencial, y no la Justicia ni el Congreso, como en el resto de los estados de derecho. Quizás Alberto nos pueda

mandar a estudiar este absurdo del derecho del pen-e (el Poder Ejecutivo nacional en inclusivo).

Giorgio tenía razón

Giorgio Agamben escribió que, vía covid-19, los Estados habían encontrado la excusa para acelerar un estado de excepción. Giorgio lo escribió en Italia, durante la obertura dramática de la ópera pandémica en Occidente, en marzo y abril. La crisis sanitaria italiana contrastaba con el escepticismo rabioso de Giorgio, que se volvió la risa de los entendidos; yo misma escribí aquí que Giorgio parecía un filósofo enamorado de su teoría, que no puede resistirse a verla volverse realidad. Ahora veo que me equivoqué, que lo que Giorgio describía espantado tenía un universo de aplicación real y específico: Argentina.

El estado de excepción: un orden militarizado y policíaco en el que el gobierno adquiere poderes inusuales sobre los ciudadanos y sus libertades cívicas. En nombre de la "salud", las autoridades estatales restringen las libertades en nombre de una "seguridad" que sólo ellos podrían garantizar. "La plaga es el momento en el que el relevamiento de la población se lleva al extremo, donde las comunicaciones extrañas, las comunidades desordenadas y los contactos prohibidos no pueden existir", escribe Foucault, anticipando las bandadas dionisíacas de runners, atacados por todos los órganos del gobierno.

La cuarentena se renueva: el gobierno la plantea como un estilo de vida. Argentina se cerró apenas días después que Italia; cien días después, luego de cuatro alargamientos, se la endurece. En esos meses, el gobierno nacional y su comitiva recorrieron las provincias llevando la enfermedad a parajes sin virus (#Albertoquedateencasa). El Estado se jacta de su libertad por sobre la ley, jugando incluso a apropiarse de empresas quebradas, como Vicentin. La policía activa en las calles, y los planeros y empleados del Estado, tranquilos, porque cobran igual.

¿Qué significa el estado de excepción cuando el poder del gobierno es inseparable de los intereses de la corporación que lo constituye? El

Estado argentino funciona como una casta acomodada, como lo demuestran los beneficios extraordinarios a Boudou y que ningún funcionario nacional haya amagado con bajarse el sueldo, mientras la gente quiebra en masa. Un gobierno de científicos que ignoran los estudios internacionales que indican que el virus no se contagia al aire libre y que los niños pueden sufrir secuelas psicológicas graves de continuar encerrados. En el país con más psicólogos per cápita del mundo, parece increíble el desinterés por los efectos mentales de la cuarentena. Lo que Agamben no previó es que la justicia no funcionaría, que el Congreso no sesionaría, que cuando lo hiciera se acallarían los micrófonos de la oposición. O sí: es su definición de estado de excepción.

En El futuro después del covid-19, una colección de ensayos de Jefatura de Gabinete, sorprende la ausencia de la tecnología. Aunque hay algunos textos más interesantes, la mayoría de los autores comparten una fantasía: el covid es el ángel exterminador que viene a confirmar lo que ellos ya sabían, que el capitalismo terminó. Y el pueblo argentino, al elegir a Alberto, se confirma como visionario de esa caída inevitable. Más que pensar el futuro, algunos parecen celebrar que sólo el Estado quede en pie. El Estado como el que te da y te quita, un dios tribal que ruge y sólo parece ser desoído por runners paganos.

Giorgio no describía Europa: el elemento antiliberal y antidemocrático de la agenda kirchnerista vuelve literal el análisis agambeniano en Argentina. La diputada Vallejos flotó que el Estado podría quedarse con una parte accionaria de las empresas que asista: todo lo contrario del rescate europeo al sector privado. Cafiero aclaró: no vamos a pedir parte de “todas” las empresas. Estas expresiones dibujan el Estado como un buitre, esperando a verte tirado para lanzarse a morder su parte. En el estado de excepción, el Estado decide a quién se le permite vivir. Con su cuarentena infinita, el gobierno ha prohijado la muerte de los trabajadores autónomos y los privados. ¿Puede haber mayor desprecio a la actividad humana que elegir quienes viven o mueren según su cercanía al Dios Estado?

Agradecimientos

Gracias por siempre a mi cercle rouge, EK, Victoria Liendo, Gonzalo Garcés, Carlitos Sturla, Ariel Schettini, Gastón Terrones Dimant, Alcira y Martha Gandhi. Gracias especialísimas a mi editor Leopoldo Kulesz, que me incitó a publicar estos escritos, a mis padres, a Ana y Alfredo Kargieman, a Valeria Poey, Eloísa, Amalia y Lucrecia, y muy cariñosamente a la inmensa Eurasia. A José del Río, que me invitó a escribir en La Nación, a Alejandro Belloti, que me invitó a Perfil, a Matilde Sánchez y a Daniel Bilotta. Con una rúbrica dorada en augusta caligrafía, a Carlos Pagni. Agradezco también a mis camaradas, trolls y enemigos de Twitter Argentina, que son mis musas, e in memoriam a Jorge E. Dotti.

[1] Männerphantasien, 2 Vols. Verlag Roter Stern/Stroemfeld, Frankfurt am Main/Basel 1977–1978. Male Fantasies. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987.

[2] Recomiendo la lectura de Le sec et l'humide, de Jonathan Littell, que utiliza la teoría de Theweleit para analizar el discurso del fascista belga León Degrelle.

[3] La política española tiene mayor rotación: cuando alguien comete un error –Albert Rivera, Pablo Casado, Inés Arrimadas– sale del juego, lo que mejora la calidad institucional.

[4] Ver el capítulo "Cristina escritora".

[5] Take up the White Man's burden—

Send forth the best ye breed—

Go bind your sons to exile

To serve your captives' need;

To wait in heavy harness

On fluttered folk and wild—

Your new-caught, sullen peoples,

Half devil and half child.

[6] Ricardo Piglia, "Sarmiento, escritor", en Filología, año XXXI, núm. 1-2, 1998, pp. 19-34.